

Notas del mes

Condenado por un algoritmo

Por José A. Estévez Araujo

Crispación y complejidad

Por Albert Recio Andreu

Las fuerzas armadas y la democracia

Por Pere Ortega

La gran incertidumbre

Por Albert Recio Andreu

Recuerdo de urgencia de Agustí Roig

Por Albert Recio—Redacción

Ensayo

Las mujeres en la posguerra española

Soledad Bengoechea

El individuo y lo común

Antonio Antón

Marshall y su refundación de la economía

Roman Ceano

El extremista discreto

¿Te acuerdas?

El Lobito

De otras fuentes

Afganistán, dos retiradas

Rafael Poch de Feliu

Afganistán, dos retiradas (y II)

Rafael Poch de Feliu

Entrevista a Silvia Federici

Tania Contreras

La FP y el techo de cristal de los chicos de la clase obrera

Agustín Moreno

De Afganistán a Australia

Rafael Poch de Feliu

La crisis del gas

Antonio Turiel

La Biblioteca de Babel

Agujeros en el silencio

Emilio Silva Barrera

Crisis económica-08, COVID-19 y salud

Enrique Regidor

... Y la lírica

Hora de la ceniza

Roque Dalton

Campañas

Iniciativa Sevilla #21oct21

Fundación Iniciativa Social

Informaciones

Más allá del Convenio 189 de la OIT

Antonio Giménez Merino

Condenado por un algoritmo

José A. Estévez Araujo

El pasado mes de agosto fue liberado **Michael Williams**, un sexagenario que había permanecido durante un año en prisión preventiva en una cárcel estadounidense. Se le había acusado de asesinar a un joven al que recogió en su coche para acompañarle a casa durante las protestas de mayo del año pasado. La única “prueba” que había contra él era producto de un cálculo algorítmico. Un sistema de sensores especialmente diseñados para detectar y localizar disparos “registró” una detonación aquella noche y el algoritmo del sistema situó el disparo donde se encontraba Mr. Williams en ese momento. El acusado llevó al chico a un hospital y explicó que le habían disparado desde otro coche. La policía no encontró el arma del crimen ni pudo descubrir ningún motivo plausible para explicar que Mr. Williams hubiese matado al muchacho. No había testigos oculares ni prueba forense alguna.

Al cabo de unos meses, en agosto de 2020, unos policías fueron a buscar a su casa al Sr. Williams y, después de interrogarle, le pusieron a disposición del juez. La fiscalía solicitó que ingresara preventivamente en prisión y el magistrado le envió a la cárcel.

El sistema inteligente de detección de disparos de armas de fuego que se había instalado en la ciudad era gestionado por la empresa ShotSpotter. La compañía opera en 119 localidades de Estados Unidos, el Caribe y Sudáfrica. Es de destacar que la información proporcionada por los sensores no se envía directamente a la policía, sino que se remite al centro de datos de la compañía donde es analizada. Sólo después se da la alerta a la comisaría correspondiente. ShotSpotter no es la única empresa que ofrece este tipo de servicios.

Los sistemas automáticos de detección de disparos son objeto de fuertes críticas debido a los falsos positivos que generan. Parece, por ejemplo, que les resulta muy difícil distinguir las detonaciones de las armas de fuego de los fuegos artificiales. Pero el problema más grave que plantean estos sistemas es que la compañía mantiene en secreto los algoritmos que utiliza aduciendo que esa medida es necesaria para evitar que las empresas competidoras los copien.

El ocultamiento del programa fuente conduce a una restricción de los derechos de los acusados cuando los cálculos de ShotSpotter son utilizados

como prueba inculpatoria en un proceso penal. Los actores en el juicio desconocen qué tipo de datos se han registrado y cómo han sido analizados: el acusado, el juez, el jurado y los letrados no saben qué pasos se han seguido para generar la información que se presenta como prueba. Es algo parecido a lo que ocurrió durante la “caza de brujas” impulsada por McCarty: quienes comparecían ante la comisión de depuración desconocían las pruebas que existían contra ellos.

Los algoritmos se utilizan profusamente en el sistema sancionatorio estadounidense: sirven, entre otras cosas, para determinar si se concede o no la libertad condicional, si se suspende la ejecución de la pena o, incluso, se utiliza como criterio para fijar su duración. Todos estos algoritmos “calculan” la peligrosidad del acusado: el riesgo de reincidencia o de violar la condicional. Hay muchos abogados, activistas y organizaciones que luchan para que se desvelen los algoritmos que se utilizan en el proceso punitivo y se han conseguido bastantes victorias. Pero el desvelamiento del código fuente y de los modelos matemáticos que utilizan los algoritmos no constituye una garantía suficiente.

Algoritmos deductivos e inductivos

La opacidad de los algoritmos fue vivamente denunciada por Cathy O’Neil en un libro titulado *Armas de destrucción matemática*, reseñado por Ramón Campderrich [en esta misma revista](#). Los peligros de la gobernanza algorítmica desvelados por la autora son muy serios y ya se están haciendo esfuerzos para intentar combatirlos.

Pero hay otros riesgos que no son contemplados por Cathy O’Neil, porque en su libro no distingue adecuadamente dos tipos de algoritmos muy diferentes, que podríamos denominar “deductivos” e “inductivos”. Los primeros son series lógicas de instrucciones construidas sobre un modelo matemático de base que selecciona las características y las variables que van a ser tenidas en cuenta. Están compuestos de reglas en forma de sentencias condicionales: si se da la situación A, entonces haz B.

El funcionamiento de los segundos es analizado por Louise Amoore en un libro titulado *Cloud Ethics*, título que tiene el doble sentido de “ética en la nube” y “ética nublada”. Esta autora se centra en la trascendencia ético-política de las decisiones que adoptan los algoritmos utilizados en un tipo de máquinas virtuales dotadas de inteligencia artificial: las redes neuronales. Estos mecanismos se diferencian de los algoritmos “deductivos” por dos características: a) son capaces de aprender y de reprogramarse autónomamente; b) los resultados a los que llegan son imprevisibles incluso

para sus propios programadores.

Amoore recalca repetidamente la diferencia entre ambos tipos de algoritmos:

"La representación de los algoritmos como una cadena lógica pasa por alto el grado en que los algoritmos se modifican a sí mismos en y a través de sus relaciones iterativas no lineales con los datos de entrada" (p. 11).

"Entiendo que la escritura del algoritmo excede sustancialmente la escritura del código fuente y se extiende a la escritura iterativa, la edición y la reescritura de compuestos de datos, humanos y otros algoritmos" (p. 103).

Redes neuronales

Las llamadas "redes neuronales" son máquinas virtuales compuestas de "neuronas artificiales" conectadas entre sí. Las neuronas que integran la red tienen unas características funcionales similares a las que se encuentran en el cerebro humano. Pueden captar y emitir señales eléctricas. También tienen la capacidad de calibrar la importancia relativa de una señal atribuyéndole un determinado "peso". Tienen asimismo un "umbral de activación" que determina cuándo emitirán una señal como reacción a un impulso concreto.

Las neuronas están distribuidas en diversas capas, dos de las cuales son "externas" y el resto se caracterizan como "ocultas". La primera capa externa es la de "entrada". Las neuronas que la integran reciben los estímulos de "fuera": de los bancos de datos, de los sensores... La otra capa externa es la de "salida". El output que proporciona esa capa consiste en la solución óptima al problema planteado y su probabilidad de éxito. Cada neurona de una capa está conectada con todas las de la siguiente. Las diferentes capas actúan como una especie de filtros. La red parte de una gran cantidad inicial de información, de variables y de posibilidades. Cada una de las capas ocultas va descartando unas soluciones y optando por otras. La de salida está diseñada para ofrecer una solución única. Como dice Amoore, la red neuronal lleva a cabo una "condensación" desde la multiplicidad hasta la unidad.

En el proceso de condensación, los algoritmos realizan innumerables decisiones entre posibles alternativas, en base a parámetros que ellos mismos establecen a partir de su capacidad de aprendizaje autónomo. Pueden modificar por sí mismos el "peso" que las neuronas dan a una determinada señal. ⁴

Una red neuronal puede tener numerosas capas ocultas. En cada una puede haber una gran cantidad de neuronas. Hay redes que contienen millones de ellas. A mayor cantidad de capas y neuronas más complejos serán los

problemas que podrá analizar la red. ⁴

Relevancia ético-política de las decisiones algorítmicas

Amoore reflexiona en cada capítulo del libro sobre el funcionamiento de tipos diferentes de máquinas inteligentes: coches autónomos, robots médicos, sistemas de vigilancia policial que predicen disturbios, armas letales autónomas... Cada una de ellas le sirve para ilustrar distintos problemas ético-políticos que plantea su utilización.

Los algoritmos que Amoore analiza en cada uno de los capítulos del libro proporcionan respuestas “inmediatamente accionables”. Dicen cosas como “hay una probabilidad muy alta de que este condenado reincida”. Eso se puede traducir inmediatamente en imponerle una condena de cárcel en lugar de la obligación de realizar trabajos comunitarios, en alargar la duración de la pena de prisión o en negarle la libertad condicional. Lo mismo ocurre con los algoritmos que dicen “es altamente probable que esta persona incumpla los términos de su visado”. La traducción en una acción consiste en negarle la entrada al país. Las decisiones de los algoritmos afectan a personas muy concretas. Pueden restringir sus derechos o incluso determinar si deben morir.

Las dos principales conclusiones del libro de Amoore acerca del funcionamiento y uso de los algoritmos que hemos llamado “inductivos” podrían formularse del siguiente modo: a) los algoritmos toman decisiones arbitrarias b) los algoritmos tratan a las personas como cosas.

Los algoritmos toman decisiones arbitrarias

Los algoritmos llevan a cabo ponderaciones al igual que hacen los jueces. En caso de conflicto, los órganos judiciales determinan qué derecho, principio o bien jurídico debe prevalecer. Las premisas y criterios utilizados para la ponderación pueden tener carácter no sólo jurídico, sino también ético o político. Los argumentos esgrimidos en las sentencias de los tribunales constitucionales para establecer que un derecho fundamental prevalece sobre otro lo ponen claramente de manifiesto.

La propia Amoore utiliza el término “ponderación” (*weighting*) al referirse al modo como los algoritmos inductivos razonan:

“La disposición de las proposiciones hace que un resultado aparentemente óptimo surja de la *Ponderación* diferencial de los caminos alternativos a través de las capas de un algoritmo” (p.13)⁴

“Empezar por aquí es partir de la idea de que todos los algoritmos de aprendizaje automático

siempre incorporan suposiciones, errores, sesgos y *ponderaciones* que son totalmente ético-políticas” (p. 75).

La diferencia entre los algoritmos y los jueces es que éstos últimos tienen que fundamentar sus sentencias. El juez tiene que determinar qué hechos se consideran probados y mediante qué pruebas. Ha de exponer los fundamentos normativos que le han llevado a dictar su fallo en relación con los hechos juzgados. El algoritmo nos da una solución y una probabilidad de éxito que sería equivalente al “fallo”. Pero el usuario del algoritmo o el destinatario de sus decisiones desconocen cómo ha llegado el algoritmo a esa conclusión. Abrir la “caja negra” y “visualizar” el modelo matemático o el programa fuente no proporciona un conocimiento suficiente de los factores que se han tenido en cuenta ni de las valoraciones que se han llevado a cabo en el caso de los algoritmos que hemos denominado “inductivos”. No nos dirá qué pesos y umbrales de activación han utilizado las neuronas. Desconoceremos de dónde han extraído la información y por qué han seleccionado unos rasgos de los datos y no otros.

El algoritmo nos proporciona la solución a un problema y su probabilidad de éxito (p. ej. un 90%). En su proceso de razonamiento, el algoritmo se encuentra con innumerables bifurcaciones. En diversos momentos puede haber escogido uno u otro camino basándose en una probabilidad menor (p. ej. del 60%). La probabilidad que da a su propuesta final oculta el grado de incertidumbre al que se ha enfrentado a la hora de realizar las opciones previas que finalmente le han conducido a proponer esa solución. Las decisiones de los algoritmos no están, por consiguiente, fundamentadas. No se exponen las premisas, valoraciones y opciones que han conducido a su output. Las decisiones de los jueces son recurribles por los afectados. Las de los algoritmos son inapelables.

Los algoritmos tratan a las personas como cosas

Los algoritmos tratan a las personas como meros conjuntos de atributos. Las consideran como elementos pertenecientes a diversas clases que, en ocasiones, el propio algoritmo ha creado. Estos conjuntos están definidos en forma intensiva, es decir, en base a las características que permiten determinar si un elemento forma o no parte del mismo. Facebook tiene clasificados a cada uno de sus usuarios en cientos de categorías diferentes. Hay plataformas que crean “gemelos digitales” generando archivos que contienen todos los datos sobre una persona. Pero en otros casos, no es necesario siquiera que todos los atributos de una persona sean asignados a un ente único. La persona como singularidad única e irrepetible no existe para el algoritmo. Cuando éste comete un error que perjudica a alguien, eso

constituye para él únicamente una ocasión para aprender.

Los algoritmos se utilizan profusamente en el sistema sancionatorio estadounidense como ya hemos visto. Algunos de ellos “calculan” la peligrosidad del acusado: el riesgo de que reincida o de que viole la condicional.

La determinación estadística de la peligrosidad es un método que castiga a determinadas personas, no por sus actos, sino por lo que pueden llegar a hacer en el futuro. Es lo que se ha caracterizado como una deriva “actuarialista” del derecho penal.

Pero, además de esto, hay otro aspecto importante. La peligrosidad de las personas se determina no en función de su trayectoria personal, sino en base a lo que han hecho otras personas en el pasado. Se les castiga no por su conducta, sino por la de otros.

Los bancos de datos proporcionan a los algoritmos información acerca de un enorme número de casos acaecidos en el pasado. En base a ellos se establecen correlaciones estadísticas entre determinados atributos (o combinaciones de atributos) y el peligro de reincidencia o de violación de la condicional. Por ejemplo, el algoritmo puede descubrir una correlación estadística significativa entre habitar en una determinada zona o formar parte de una familia monoparental y ser reincidente. Pero el sujeto acerca del cual se decide no debería ser hecho responsable de hechos pasados en los que la persona evaluada no ha tenido intervención alguna.

La necesidad de una reflexión “inteligente”

Existen multitud de trabajos que reflexionan acerca de la moral de los algoritmos y también propuestas institucionales acerca de cómo deben ser utilizados. Pero, desde mi punto de vista, muchas veces resultan insatisfactorias para resolver los problemas generados por los algoritmos que aprenden y se reprograman.

Los sistemas de inteligencia artificial plantean cuestiones de vida o muerte. Es el caso de los sistemas autónomos de armas letales. Pero las situaciones trágicas no se dan únicamente en el combate. Los coches autónomos también deben (o deberán) tomar decisiones que afectan a la vida y la integridad física de las personas ante la inminencia de un accidente.

Los algoritmos regulan cada vez más aspectos de nuestras vidas. Son utilizados por las empresas privadas y por los entes públicos. Interfieren con

muchos de nuestros derechos fundamentales aparte del derecho a la vida. El derecho a la libertad en todas sus manifestaciones (de movimiento, de expresión, de reunión y manifestación...), el derecho a la intimidad y la protección de datos, el derecho a la igualdad (concesión de ayudas estatales, autorización de un crédito...). Los algoritmos inteligentes son capaces de manipular nuestras emociones y condicionar nuestra conducta. La “expropiación de nuestro futuro” ha sido muy bien analizada por Shoshana Zuboff en su libro *La era del capitalismo de la vigilancia*.

La expansión de la gobernanza algorítmica puede ser comparada con la extensión de la burocracia a todos los ámbitos institucionales tanto públicos como privados. Weber resaltó la eficiencia, inigualable en su tiempo, de la organización burocrática. La burocracia podía utilizarse tanto para organizar un ejército como un hospital o una empresa de automóviles. Parecía un simple medio técnico para alcanzar un fin. La utilización ética de la organización burocrática dependería del objetivo al que sirviera. No obstante, poco a poco, se fueron manifestando las consecuencias estructurales de la burocratización del mundo. La organización burocrática carecía de mecanismos adecuados de retroalimentación. Su rigidez no le permitía adaptarse a las circunstancias cambiantes. La forma burocrática de tratar a las personas fue representada extraordinariamente bien por Kafka en sus novelas.

Ahora estamos viviendo un proceso de “algoritmización del mundo”. Los algoritmos parecen ser la solución para todo. Es tal el entusiasmo que ya hay algoritmos que *se han presentado a las elecciones como candidatos*, prometiendo una gestión rigurosa e imparcial. Es necesario detectar las consecuencias estructurales negativas de ese proceso para prevenir o corregir los excesos perversos que tuvo la burocratización del mundo (y que el propio Weber ya previó).

El libro de Amoore es un paso en esa dirección. Forma parte de un corpus creciente de estudios críticos relacionados con la gobernanza algorítmica. Pero es un texto muy enrevesado y de difícil comprensión.

La autora utiliza de manera dogmática conceptos y planteamientos de Foucault y otros filósofos postestructuralistas. Intenta encuadrar sus planteamientos en el marco conceptual de estos autores. Sin embargo, resulta innecesario en su caso llegar a un plano tan abstracto. Desde mi punto de vista, hay un salto entre el grado de abstracción al que Amoore llega en el tratamiento de los problemas y el de las ideas y planteamientos de Foucault o Derrida que utiliza la autora. El proceso de abstracción y el proceso de concretización no llegan a ensamblarse. Existe un espacio vacío entre ambos.

En mi opinión, estos marcos conceptuales no hacen sino oscurecer innecesariamente la exposición. Con ello no cuestiono la fecundidad del pensamiento de estos autores. En el caso de otro libro relacionado con estos temas, escrito por Orit Halpern⁴ y titulado *Beautiful Data*. En él, la utilización del método genealógico de Foucault se muestra muy fecunda. La autora desvela el proceso, iniciado tras la segunda guerra mundial, que ha transformado la manera de percibir y comprender el mundo “datificado” de nuestros días por parte de las diversas disciplinas que se ocupan del comportamiento humano, desde la neurociencia hasta la sociología.

Pero en el caso de Amore, insisto, me parece innecesario y cuestionable intentar encuadrar los problemas ético-políticos que plantean las decisiones algorítmicas en planteamientos foucaultianos. Por ejemplo, la autora pretende “solucionar” el enrevesado problema de la responsabilidad de los algoritmos negando la existencia misma del autor. Se trata de una forma de “echar balones fuera”: como no podemos determinar con claridad quién es el autor de las decisiones algorítmicas, cuestionemos el propio concepto de “autor”. Amore incurre en una hilarante incongruencia cuando escribe: “Como señala Michel Foucault, la crítica y la filosofía tomaron nota de la desaparición —o muerte— del autor ya hace tiempo” (p. 91). Utiliza la “autoridad” de Foucault para cuestionar la existencia de autores propiamente dichos.

Es preciso profundizar el análisis crítico de la algoritmización del mundo, pero también es necesario hacer accesibles sus resultados a la ciudadanía. Contamos ya con la experiencia histórica de la toma de conciencia de los problemas ecológicos, con todas sus luces y sombras. El proceso de toma de conciencia de los problemas de la algoritmización en particular y de la digitalización en general debería ser mucho más rápido. Es necesario conseguir a tiempo que el debate público sobre la inteligencia artificial sea también “inteligente”.

29/9/2021

I

Hace años, hacer políticas de izquierdas era relativamente sencillo. Bastaba situar reivindicaciones básicas, muchas de ellas fáciles de entender por una amplia mayoría de personas, y organizar movilizaciones en defensa de las mismas. No es que fuera fácil; teníamos que hacer frente a muchos impedimentos. La represión, a menudo brutal, fue una constante a lo largo del tardofranquismo y la transición. Pero también la modestia de nuestros medios, la falta de activistas (aunque hubo un momento a mitad de los setenta que esta cuestión parecía solventada), nuestras rencillas internas y nuestro sectarismo. Pero, al menos, la definición de las políticas era relativamente simple y facilitaba la organización. Así se hicieron fuerte los dos grandes movimientos de la transición, el movimiento obrero y el vecinal (con muchas conexiones entre sí, pues las mayores luchas vecinales se desarrollaban en los barrios obreros, y la conexión entre activistas de ambos lados era sólida)

Hoy la situación es mucho más complicada, y se ha ido enrareciendo por muchos elementos. La derecha ha conseguido imponer unos modelos de actuación que vacían toda posibilidad de debate democrático. Han aprendido las técnicas de los medios de comunicación. Lo más parecido a un debate parlamentario son los pseudo-programas-polémica que emiten las televisiones, sea en su versión vidas de famosos (Telecinco), en su versión política (la Sexta), o las tertulias futbolísticas. Lo importante no es el debate, sino el eslogan y la contundencia. Y sus expertos en comunicación han aprendido a usar con eficacia los nuevos sistemas de comunicación digital, donde Twitter es el rey. La propaganda, los bulos y las denuncias invaden el ágora e impiden cualquier posibilidad de democracia deliberativa seria. En algunos casos hay un deliberado ataque de demolición *ad personam* que obliga a sus víctimas a perder tiempo en cuestiones triviales, y puede llegar a generar más de una paranoia. Por ejemplo, Pablo Iglesias y Ada Colau pueden escribir un libro con todas las intervenciones en su contra.

Esta práctica política no es nueva, ni tampoco exclusiva de la derecha. Despreciar al oponente, situarlo en un terreno de ilegitimidad, acosarle sin tregua, ha formado parte del arsenal de instrumentos que se han usado desde siempre en la lucha política. Lo de que la guerra es la política por otros medios refleja bien esta realidad. El nacionalismo, por ejemplo, es un espacio favorable a tratar al oponente de extranjero, de antipatriota. Este fue el

mecanismo que utilizó el macartismo para destrozar los avances progresistas del periodo anterior: el sindicalismo militante y la izquierda cultural. Es lo que practican en nuestro país la gente de Vox, del PP o de Junts per Catalunya, y que llevó a un extremo el entorno etarra. O es lo que llevó a cabo el estalinismo con sus opositores. Lo nuevo es ahora la existencia de nuevas tecnologías y conocimientos que permiten una penetración mucho mayor de estas políticas de acoso y derribo, de pura fuerza y amedrentamiento.

II

El uso de estas estrategias y mecanismos siempre ha sido deleznable y maligno. Pero en la situación actual es aún peor porque muchos de los problemas a los que tiene que hacer frente la política son enormemente complejos, y exigen soluciones que incluyen una enorme variedad de instrumentos y aproximaciones. Ello, de forma especial, en aquellos ámbitos que tienen que ver con las respuestas a la crisis ecológica, y que suelen afectar directamente a la vida cotidiana de mucha gente. Se simplifica la política al tiempo que los problemas y las soluciones se vuelven más complicados.

Lo hemos visto en el caso de la pandemia, y lo constatamos en muchas otras situaciones. Expongo ejemplos de mi experiencia vital. Hace cincuenta años, la lucha vecinal se centraba en la conquista de unas demandas básicas: escuelas, ambulatorios, zonas verdes, urbanización de espacios degradados, etc. La única oposición que uno se encontraba era la de los automovilistas, que veían con recelo que un solar que usaban para aparcar pasara a tener otro uso. Pero era una resistencia poco consistente, porque era fácil mostrar que el beneficio colectivo era muy superior al coste privado. Aún hay muchos campos donde las cosas son así de sencillas: las exigencias de mejora en la sanidad pública, la reducción de la ratio entre profesores y alumnos, etc. Pero, junto a estas cuestiones “tradicionales”, surgen otras cuya solución es mucho menos sencilla, donde el campo para conflictos entre el vecindario está abonado, y donde las propuestas de izquierdas reciben mucho menos apoyo.

El campo educativo es un buen ejemplo de ello. Reivindicar escuelas no es lo mismo que discutir sobre el modelo educativo. Para quien ve la educación una mera palanca para el ascenso social de su prole, la existencia de discriminaciones en el acceso cobra un valor positivo (lo que explica la persistencia de muchas escuelas concertadas o los sofisticados mecanismos de selección que se advierten entre escuelas públicas de un mismo barrio). Más difícil aún es saber qué modelo educativo es mejor. La primera vez que tomé conciencia de que el tiempo de la reivindicación fácil tocaba a su fin fue el día que un airado grupo de vecinos y vecinas tomó por asalto el local de la Asociación de Vecinos para afearnos que reivindicáramos un centro de

Formación Profesional en un solar próximo a sus casas. Lo consideraban un equipamiento conflictivo donde se concentraría la escoria social del barrio. Esto en un barrio donde solo una minoría de jóvenes cursaba bachillerato.

Hoy los problemas complejos proliferan. En la convivencia y uso del espacio público, en las nuevas formas de movilidad, en el conflicto con determinadas formas de ocio juvenil... Ninguno tiene soluciones sencillas, y la que suele obtener más apoyo —el palo y tente tieso— es la que peor funciona. Y esta misma complejidad favorece la demagogia de los que siempre tienen a mano un mecanismo automático para resolverlos.

Los ajustes a los que obliga la crisis ecológica son un nuevo espacio para que crezcan este tipo de conflictos. Lo estamos viendo ya con las propuestas de restricción al automóvil, así como en la implantación de nuevos modelos de recogida de basuras con el objetivo de incrementar el reciclaje. La experiencia de Barcelona es significativa: allí donde se implanta una nueva política de este tipo surge un conflicto. La derecha local (en Barcelona ciudad, Junts per Catalunya es el agente más activo en este campo, pero no el único) está especializada en provocar broncas. A veces generando extrañas coaliciones a las que se suman otras fuerzas de la oposición y grupos radicales, para quienes el enemigo siempre es el que está en la administración (para algunos radicales, el mayor enemigo siempre es la izquierda más próxima, un campo donde la CUP y algunos sectores anarquistas construyen parte de su estrategia). Y los movimientos vecinales y asociaciones diversas que dan soporte al proyecto se suelen encontrar en un campo minado, donde se requiere una enorme capacidad para salir airosos. De una parte, se enfrentan a agresivas campañas que tratan de frenar todo cambio real en la gestión urbana, y de paso debilitar al Ayuntamiento. De otra, ocurre que la implementación de estas novedades casi nunca se ha desarrollado adecuadamente, hay mucho campo de mejora, de diálogo con la población, de información y participación. Son tiempos para movimientos sociales sofisticados, que tengan cuadros que manejen buena información, que sepan trabajar sin tensionarse con reacciones de diverso tipo. De interpelar al mismo tiempo al poder y a la oposición. Y esto es más fácil de explicar que de desarrollar.

III

Yolanda Díaz, la ministra que ha conseguido mayores aciertos y levanta mejores expectativas, anuncia su voluntad de levantar un proyecto de país. Le deseo lo mejor. Pero soy escéptico con el resultado que pueda alcanzar. Tuvimos coyunturas mejores y se perdieron. En casi todas partes, la izquierda transformadora tiene problemas. Posiblemente porque las formas tradicionales de la izquierda, el gran programa transformador, la construcción

de una gran alianza (que siempre se acaba rompiendo por la excesiva presencia de culturas sectarias, egos maleducados, impaciencias y, también, aspiraciones malsanas de algunos) es insuficiente para superar todos los condicionantes estructurales en contra. Y ahora la situación apunta a peor, porque la complejidad a la que me he referido hace que en muchas ocasiones las propuestas sensatas corran el peligro de la incomprensión.

Una reconstrucción exige no sólo un proyecto, del que solo se tienen algunos ladrillos, sino la generación de un volumen de cuadros sociales (en la organización política y en los movimientos sociales) suficiente en número y con capacidad de trabajar con la complejidad y dar respuestas a una variedad de desastres sociales. De generar redes y alianzas y minimizar los conflictos internos. No es tarea fácil, ni está claro que se entienda. Podemos trató de resolver la cuestión organizativa mediante un modelo plebiscitario que ni forma cuadros ni ha solventado los viejos problemas de liderazgos, consolidación orgánica y sensatez democrática. No es sólo una cuestión de cuadros, es también la de pensar los mecanismos de intervención, la forma en cómo se difunde el discurso, la generación de un verdadero proceso social democrático. Si la llamada de Yolanda Díaz sirviera para situar estas cuestiones, sólo por eso valdría la pena. Y si, además, implicara mejorar en alguno de estos campos, el resultado sería extraordinario. Hay que empezar por aplacar la crispación (especialmente la que se genera en el entorno próximo) y entender que la complejidad exige respuestas y formas de trabajo a la altura de los tiempos.

30/9/2021

Las fuerzas armadas y la democracia

Pere Ortega

Las actuales fuerzas armadas españolas (FAS) son herederas y deudoras de la dictadura franquista, algo que han demostrado en múltiples ocasiones desde la transición a la democracia de 1977/78 hasta la actualidad y que se ha evidenciado de manera escandalosa con las diversas y reiteradas manifestaciones antidemocráticas de este último año.

En la España de la transición hubo un consenso generalizado entre las principales fuerzas políticas que pergeñaron el nuevo régimen de que las FAS no debían estar sujetas a cambios que pudieran soliviantar una estructura de mandos de inequívoco cariz antidemocrático. Aunque también había consenso entre las fuerzas democráticas de que ese pasado se debía modernizar y democratizar, y para ello el primer Gobierno de la UCD de la mano del teniente general Gutiérrez Mellado empezó a imprimir un giro exigiendo un acatamiento al poder civil y que aceptaran la Constitución. Pero eso no fue suficiente y, ante las presiones de la cúpula militar, se hicieron concesiones de envergadura, los artículos 8 y 16 de la Constitución que otorgaban a las FAS el ser los garantes de la unidad de España y que la jefatura del Estado recayera en la figura del rey Juan Carlos I, una prerrogativa que deseaban por haber sido designado por el general dictador Francisco Franco. A pesar de ello, el ruido de sables en los cuarteles y los intentos de golpes de Estado estuvieron presentes durante toda la transición.

Tras la llegada del Gobierno del PSOE en 1982, y nombrado ministro de defensa Narcís Serra, las FAS entraron lentamente en el camino de la democracia. Los exegetas de las FAS, entre los que se encontraban algunos exmilitares de la Unión Militar Democrática, argumentaron dos excelencias del nuevo ministro de Defensa: los cambios introducidos en las materias curriculares de la Academia Militar de Zaragoza que incorporaban valores de acatamiento al Estado de derecho; y la incorporación de España en la OTAN, pues ello ayudaría a que los mandos de las FAS entraran en relación con militares de estados democráticos, lo que que facilitaría su acatamiento del poder civil.

Dos argumentos débiles, pues los cambios en los materiales curriculares de la Academia, aunque ciertos, no fueron suficientes para transformar el espíritu de las promociones surgidas de la Academia. En primer lugar, porque el problema era estructural y cultural, algo que impregnaba a toda la cúpula militar y requería una modificación de envergadura en toda la estructura que controlaba la corporación —lo que no se hizo—, y todo el generalato continuó

en manos de los que habían vencido en la guerra incivil de 1936. Por otro lado, la carrera militar era y continúa siendo en la actualidad muy endogámica, pues en buena parte se transmite por vía familiar de padres a hijos, y las nuevas promociones de militares han seguido lastradas por la herencia de unos militares que se sentían depositarios de los valores que habían vertebrado la dictadura franquista.

El segundo argumento era igual de débil, pues si cierto es que la mayoría de las fuerzas armadas de la OTAN pertenecían a países con democracia, excepto Turquía, tampoco era éste un argumento válido, porque nunca la OTAN de entonces, en su estructura interna, se preocupó por educar en valores democráticos a los militares de los países miembros. Y, en ese sentido, poca democracia podían asimilar los militares españoles de una organización que sólo se preocupaba por apuntalar el sistema capitalista occidental frente a la amenaza del Pacto de Varsovia, del mal llamado “bloque comunista”.

Pero volviendo a la transición de 1977/78, la cúpula militar de las FAS era profundamente antidemocrática porque en su inmensa mayoría había participado en el alzamiento contra la República, se trataba de compañeros de armas del general Franco convertidos en la garantía de la dictadura, ostentando partes importantes del poder del estado franquista. Algo que se corrobora con el ruido de sables y los diversos intentos de golpes de estado que se perpetraron durante aquellos años de plomo. Es en esa etapa, en los dos primeros gobiernos, de UCD y PSOE, hubo consenso para no depurar ni renovar el generalato y se optó por esperar que el paso del tiempo jubilara a los militares franquistas. Craso error —uno más de los que nos legó la transición—, pues los valores antidemocráticos impregnaron de una fuerte impronta refractaria a las FAS con un poso cultural franquista que dejaron en el interior de la institución y que en la actualidad continúa muy presente, como lo demuestran las múltiples manifestaciones públicas en que se expresan opiniones contrarias al ordenamiento democrático y al poder civil. Las más destacables: contra el proceso vivido en Cataluña después de la aprobación de un nuevo Estatuto y posteriores acontecimientos; después, contra la exhumación de los restos del dictador del Valle de los Caídos; y posteriormente con manifestaciones contra el gobierno de coalición PSOE/Unidas Podemos por la presencia de comunistas.

Sólo por mencionar algunas de las más relevantes manifestaciones antidemocráticas: el manifiesto firmado en el verano de 2018 por más de mil militares, entre ellos catorce generales y un alto número de jefes y oficiales, muchos de ellos en activo, tras la noticia de la exhumación de los restos de Francisco Franco del mausoleo del Valle de los Caídos. En ese escrito pedían respeto y veneración por la figura del dictador. Como rechazo, hubo un

contramanifiesto de militares demócratas: aunque bastantes menos, una veintena, uno de los firmantes, el cabo Marco Antonio Santos, puso en la antefirma la frase “salud y república”. Algo que la jerarquía militar no toleró, abriéndole un expediente y expulsándolo del ejército.

Otro buen ejemplo: en las últimas elecciones del 10 de noviembre de 2019, tres generales en la reserva obtuvieron el acta de diputado en las filas del partido ultraderechista VOX, y otro general fue candidato en las listas del Partido Popular y también la obtuvo.

O la carta firmada y encabezada por el teniente general retirado Emilio Pérez Alemán, presidente de la Fundación Francisco Franco, dirigida a la ministra de Defensa y firmada por 750 militares —entre ellos 70 generales en la reserva— que hablaban del riesgo constitucional del Gobierno entre PSOE y Unidas-Podemos y de un necesario cambio de rumbo de este Gobierno.

O las barbaridades antidemocráticas plagadas de retórica fascista que publica la revista *Tierra, mar y aire*, editada por veteranos de las FAS. O las barbaridades escritas en un chat privado que denotan el nivel de su mentor, el general Francisco Beca, quien manifestó que “se quedaría corto fusilando a 26 millones de españoles”.

Con todas esas manifestaciones antidemocráticas de miembros de las FAS, aunque en su mayoría provenientes de militares en la reserva, se esperaba una fuerte reacción del Gobierno. En la Pascua Militar del 6 de enero pasado se esperaba que el jefe supremo de las FAS, Felipe VI, alzara la voz frente a los díscolos militares, pero guardó silencio, y dejó que fuera la ministra de Defensa, Margarita Robles, quien reprendiera a los militares facciosos. Pues bien, sus palabras fueron para minimizar las manifestaciones antidemocráticas de los militares, diciendo que representaban a una ínfima minoría dentro de las FAS. Aunque, al día siguiente, la misma Margarita Robles consideraba urgente que la Academia Militar de Zaragoza actualizara sus materiales curriculares en defensa del Estado de derecho. Algo que no la debería preocupar si como dijo el día anterior los antidemócratas en las FAS solo son una escasa minoría.

Sin una revisión en profundidad de las estructuras corporativas de las fuerzas armadas, introduciendo medidas que rompan con el autoritarismo, el patriarcado, la misoginia, la disciplina férrea, la obediencia ciega hacia los mandos, y sin introducir una democracia interna que permita cuestionar las arbitrariedades de los mandos superiores, poco o nada se puede esperar de la necesaria democratización de las FAS españolas. Y falta lo más importante:

acabar con el cuerpo jurídico militar propio y separado de la jurisdicción civil. Esto último es lo que permite la parcialidad de las sentencias de una estructura muy endogámica y corporativa que lava los trapos sucios en su interior evitando que trasciendan más allá de los muros de los cuarteles. En especial, todos los relativos a malos tratos, acoso, violencia de género o corrupción interna. Unos tribunales castrenses donde faltan garantías procesales y órganos de control independientes que eviten las arbitrariedades denunciadas por inculpados y condenados.

Hay otra cuestión importante que afecta por igual a todas las fuerzas armadas y cuerpos de seguridad de cualquier estado. Es una cuestión fundamental para entender la facilidad con que en esos cuerpos se establece una deriva antidemocrática, esto es, el haberseles otorgado el uso legítimo de la violencia que ejercen por delegación del estado. Algo que empodera a los cuerpos militares y policiales como depositarios de la resolución de los conflictos y que los convierte en administradores de la violencia. Esto acaba configurando una psicología en los miembros de estos cuerpos por la que acaban atribuyéndose el poder de ser la salvaguarda de la ley y el orden.

Esta es una cuestión nuclear que debería preocupar, pues tienta a esos cuerpos, en determinados contextos políticos, a convertirse en los salvadores del interés común. La llegada del populismo, que ha dado alas a la aparición de partidos políticos muy nacionalistas y de ultraderecha, ha facilitado que en esos cuerpos proliferen la aparición de miembros que simpatizan con esas tendencias, lo que se expresa en el trato que dan a los diferentes y a las minorías étnicas. Encuestas llevadas a cabo en diferentes cuerpos militares y policiales europeos muestran el aumento del porcentaje de miembros que se sienten portadores de valores esencialistas. Algo que debería preocupar a cualquier demócrata, y que obliga a estudiar cómo impedir que el sectarismo nacionalista, xenófobo, homófobo o misógino penetre en las fuerzas armadas y en los cuerpos de seguridad.

8/9/2021

La gran incertidumbre

Cuaderno pandémico: 2

Albert Recio Andreu

I

La situación económica ha entrado en una situación de enorme desconcierto. Sólo los que tienen certidumbres fijas son capaces de hacer pronósticos claros, aunque la mayoría acabarán siendo desmentidos por la realidad. Tengo la sensación de que estamos viviendo una situación parecida a la de la mitad de los setenta, donde no fuimos capaces de entender la situación y el neoliberalismo acabó por imponerse. Sabemos que cada coyuntura tiene sus especificidades. Que la situación de partida nunca es la misma. Y que no podemos extrapolar conclusiones. Pero, viendo lo que ocurre en las últimas semanas, me parece interesante visitar el pasado.

Para empezar, un repaso breve a lo que viene ocurriendo desde el inicio de la pandemia en el campo económico. La crisis económica de 2020 tiene un origen diferente a otras crisis. Básicamente, la actividad económica se paró porque muchos gobiernos adoptaron una política de confinamiento extremo, como nunca antes se había hecho. Es difícil saber que habría ocurrido si se hubiera adoptado un enfoque liberal de mantener todo abierto. Es probable que el caos sanitario hubiera generado otro colapso, y al final de alguna u otra forma la pandemia habría acabado teniendo un efecto paralizador. En todo caso, el parón no había sido provocado por alguno de los habituales detonantes estructurales de las economías capitalistas (sobreinversión, deuda financiera, falta de demanda solvente, etc.). Por ello, podía pensarse que, a medida que las medidas restrictivas fueran desapareciendo, la actividad económica iría recuperando su nivel de pre-crisis, aunque los ritmos serían distintos según sectores y países (sobre todo por su diferente tipo de especialización). De hecho, en parte es lo que ha ocurrido. En todo caso, el parón generaría un fuerte endeudamiento, tanto de empresas y particulares como del sector público. La deuda privada se genera por el hecho de que una parte de empresas y personas tienen obligaciones fijas de pago, independientes de su nivel de actividad (el caso de los alquileres es el más obvio) y, cuando dejan de tener, ingresos la única salida es endeudarse.

En el caso del sector público, el endeudamiento es la combinación de una caída de la recaudación ligada a la de la actividad económica (y, también, a políticas voluntarias de reducción o aplazamiento para ayudar a empresas y particulares), así como al incremento del gasto generado por todas las acciones tomadas para hacer frente a la emergencia. Para evitar que la crisis

de endeudamiento se convirtiera en un factor agravante de la situación, las autoridades monetarias reforzaron sus políticas de crédito masivo y barato. Algo habían aprendido de los duros costes sociales de las políticas de austeridad adoptadas en 2010. Todo resultaba bastante lógico: el soporte financiero permitirá recuperar en tiempo breve la actividad, la recuperación ayudará a reducir el endeudamiento, y el nuevo plan de inversiones generará una espiral de crecimiento.

II

Pero, en los últimos meses, el panorama se ensombrece. Asoman elementos anunciadores de nuevas dificultades. Uno, el muy tradicional en la dinámica capitalista, la amenaza de la quiebra de una gran corporación, en este caso la inmobiliaria china Evergrande, que amenaza con generar una nueva crisis financiera que en primer lugar pondrá a prueba la capacidad de respuesta del régimen burocrático chino. Los problemas generados por la combinación de especulación inmobiliaria y endeudamiento son endémicos, y tienen una enorme capacidad de generar crisis recurrentes más o menos duras (una especie de virus económico para el que no parece haber vacunas).

Otro elemento resulta mucho más novedoso, aunque no inexistente hasta ahora: una crisis de suministros que está bloqueando parte de la recuperación. Hasta ahora se ofrecen explicaciones *ad hoc* como la saturación de las fábricas chinas de chips, la recuperación súbita de la demanda que no se puede satisfacer a corto plazo, los problemas generados en el mercado laboral británico por las políticas migratorias restrictivas... Y se promete que es sólo cuestión de tiempo para que se solucione. La incertidumbre está en saber si efectivamente se trata de un cuello de botella temporal o, al contrario, expresa un problema estructural de fondo. La respuesta optimista presupone que la saturación es un problema que se va a solucionar a medida que se eliminen las colas de pedidos provocadas por el parón de la producción o, en el caso británico, las autoridades introduzcan medidas flexibilizadoras en su política migratoria. A más largo plazo, nuevas inversiones y políticas laborales para atraer personas a las actividades saturadas resolverán definitivamente la cuestión. La versión “pesimista” es de los que argumentan que estamos ante una primera expresión de la crisis de oferta que genera la caída de la extracción de petróleo y las tensiones en otros mercados de productos minerales. La cosa aún se puede complicar más si alguno de los desastres generados por la crisis climática se traduce en problemas de abastecimiento de algún alimento básico. Las tensiones en el mercado del gas y su impacto sobre los precios de la electricidad serían otro aspecto de la misma crisis ecológica. Aunque, en este último caso, las tensiones de suministro pueden verse reforzadas por la configuración oligopólica de muchos mercados eléctricos, así como por las posibles maniobras

especulativas de fondos de inversión en los mercados de derechos de CO₂.

Es difícil discernir hasta qué punto la situación actual es sólo una tensión asociada a la recuperación o es ya una manifestación de un problema más estructural. Pero, sea cual sea la razón, lo que es evidente es que su impacto se traduce en freno a la actividad económica e inflación (aunque un 3% de inflación sería considerada *peccata minuta* hace 3 o 4 décadas, cuando eran habituales niveles superiores o muy superiores al 5%). No estamos ante la estanflación de los setentas, pero quizás nos acercamos. Y reaparecen otras figuras olvidadas como las gasolineras cerradas en Reino Unido.

III

Que reaparezca una crisis financiera es algo probable dado el elevado grado de endeudamiento global (y el papel desestabilizador de los mercados financieros). Que resurja la inflación puede ser aún más complicado dada la relación que mantienen los gestores macroeconómicos con el tema. No podemos olvidar que el neoliberalismo se impuso como respuesta a un proceso de estanflación relativamente corto. Unos años antes, en 1969, Milton Friedman había planteado en la conferencia inaugural de la reunión anual de la American Economic Society el problema de la estanflación como resultado inevitable de la incapacidad de las políticas keynesianas. Su hipótesis se basaba, fundamentalmente, en los particulares supuestos psicológicos que utilizan los economistas neoclásicos (más o menos individuos omniscientes capaces de prever el futuro). A mitades de los 70 sonó la flauta, el crecimiento del precio del petróleo (en gran parte asociado a la creación de la OPEP y algunas nacionalizaciones) generó una situación de estanflación (paro e inflación) que pareció corroborar la hipótesis del conservador economista de Chicago. Y favoreció un cambio de orientación tanto en los gestores macroeconómicos como en la academia. El neoliberalismo estaba en marcha, aunque es obvio que en su triunfo jugaron muchos otros factores. Aunque el debate económico de hace una década ha mostrado que lo que ocurrió en aquella década tuvo poco que ver con lo planteado por Friedman, el mal ya estaba hecho. En un período muy posterior, en 2008 y en plena crisis financiera, volvieron a aparecer tensiones en el mercado petrolífero y una cierta inflación. Ante esto, el Banco Central Europeo adoptó un incremento de los tipos de interés como medida antiinflacionaria, que no hizo otra cosa que reforzar la crisis al disparar el coste de las hipotecas y endurecer el crédito a las empresas.

La economía convencional siempre ha tenido problemas para entender la relación entre actividad económica y naturaleza. En el plano más general es obvio que la idea de crecimiento sostenido choca con la realidad de un planeta finito, con las leyes físicas básicas y con la complejidad de

interacciones de los hábitats naturales. Pero también en lo pequeño, como reconocer que cuando se produce una tensión en un mercado de materias primas no estamos ante un caso de inflación general, sino ante un problema específico que hay que plantearse en otros términos. Tratar de resolver el problema de la energía con medidas macroeconómicas a menudo acaba generando daños adicionales y deja el problema de origen sin respuesta. Es uno de los grandes males derivados tanto de los defectos estructurales del enfoque económico dominante como de las presiones y la ignorancia de la inmensa mayoría de élites empresariales.

Por todo ello, la situación actual añade nuevas preocupaciones: que la crisis de suministros sea afrontada como un mero problema de inflación, o una nueva política de austeridad que agrave las condiciones de vida de mucha gente. Y, con todos estos elementos, está el riesgo de que se deje sin afrontar lo que realmente expresa la crisis de suministros: el declive de la energía fósil, el agotamiento de recursos y, también, una división internacional del trabajo y un modelo tecno-productivo que favorecen la generación de sobresaltos.

La mala solución en los setentas devino en neoliberalismo. Ahora las cosas aún pueden ir a peor. Equilibrar el peligro de barbarie exige, con urgencia, tener alguna alternativa.

29/9/2021

Recuerdo de urgencia de Agustí Roig

Albert Recio—Redacción

Hace pocas horas he recibido la triste noticia del fallecimiento de Agustí Roig. Con él tuve a la vez poca y mucha relación: poca porque coincidimos personalmente, que tenga constancia, en un par de ocasiones —aunque los dos hemos participado en este espacio amplio de la izquierda alternativa, no nos encontramos directamente—, pero a la vez mucha porque fue durante muchos años una persona crucial que hizo posible que mientras tanto llegara a bastante gente. Era un trabajo nada vistoso que asumió *motu proprio*. Se ofreció a llevarlo a cabo por la simple voluntad de que la revista saliera adelante cuando lo digital sustituía al papel. Una de las pocas veces que tuvimos contacto personal fue en una charla para explicarnos la importancia de las redes sociales y ofrecerse a realizar la labor de difusión en Facebook y administrar la lista de suscriptores. Este tipo de generosidad es rara. Pocas personas ofrecen trabajo gratuito en tareas oscuras. Por amor al arte, por solidaridad con un proyecto, por pura generosidad. Me consta que era una persona brillante, pero creo que son cosas como las que comento las que explican mejor que nada la calidad moral y las convicciones profundas de una persona. En los últimos tiempos nos encontrábamos en Facebook, donde solía aportar comentarios críticos a mis “paridas”. Pero el encuentro personal ya no será posible. La vida, lo aprendí en un filme de Truffaut, es una sucesión de entierros de gente querida. Y casi siempre llegamos tarde a mostrar nuestro reconocimiento y cariño a personas que se lo merecen. Y, demasiadas veces, solo apreciamos su importancia cuando es demasiado tarde. Agustí, *gràcies per tantes coses*.

30/9/2021

Ensayo

Soledad Bengoechea

Las mujeres en la posguerra española

Viaje al pasado

Miseria: el final de una guerra

El día 1 de abril de 1939 María Iloró, lloró hasta agotar las lágrimas. Sucedió cuando la radio anunció que Franco había firmado el comunicado que daba la guerra por terminada. Entonces, en unos segundos, tres años de su vida pasaron por su mente. Se vio a sí misma a los quince años saliendo de su pueblo de Guipúzcoa, Hernani, donde trabajaba en un laboratorio, para ir a Bilbao con su madre, viuda, su hermana, que tenía el marido combatiendo en el frente republicano, su sobrina, una niña de tres años y un bebé de meses. ¡Solas en medio de la nada! Pasando por Bilbao, acabó recalando en Santander, donde tuvo que asistir a la rendición de las tropas republicanas del frente del Norte. Sus ojos fueron testigos de militares que se arrancaban las charreteras de las chaquetas. Recordó cómo una bomba lanzada desde el aire, por aquel maldito avión nacional, hundía el barco que había de trasladarles a su familia y a muchos de aquellos militares a Rusia. Y entonces se estremeció. Al final: volvería al pueblo, para comprobar que de la casa donde habitaba de niña solo quedaban ruinas. Una tragedia, de la que nunca se sobrepuso. Hasta el fin de sus días recordó el miedo. Las penurias. Los heridos. Los muertos. Tenía mucho que contar.

Después del 1 de abril de 1939, España comenzó a experimentar cambios muy importantes. El nuevo Estado empezó a configurarse. Su música de fondo era el *Cara al sol*, el Oriamendi, el himno de la Legión y, cómo no, el himno nacional. Los cafés volvieron a abrir en toda España, y los teatros. Niños harapientos vagaban sin rumbo, sin hogar ¡Eran huérfanos! Y los vecinos comenzaron a recoger los escombros, a rehacer las casas, las calles... ¡Estragos y miserias de un pueblo desangrado! ¿Y las mujeres? Las mujeres españolas, la mayoría, volvieron a ser invisibles. Fueron despojadas de los derechos que habían adquirido durante la República.

Otro de los cambios experimentados en España fue ver de manera habitual gente uniformada. Vestían de uniforme el Jefe del Estado y también muchos miembros de su gobierno, militares de carrera como él. Otros personajes elegían el traje fascista. Además de los militares y los falangistas, llevaban uniforme los chavales del Frente de Juventudes, las mujeres de la Sección Femenina, las de Auxilio Social, las Margaritas y los conductores y cobradores de los transportes públicos.

La Iglesia contribuyó también de manera crucial a marcar los primeros años de la posguerra. Volvió a verse con naturalidad a sacerdotes ataviados con sotana y a monjas con sus tocas. Surgieron incluso otros hábitos, de penitente, que muchas mujeres llevaban en cumplimiento de promesas hechas a Dios o a la Virgen: por la vuelta desde el frente de un marido, de un hijo o de otro familiar cercano. Generalmente estos trajes eran morados, marrones o negros, con un cordón anudado a la altura de las caderas. También se impusieron normas sobre la ropa que debían llevar las mujeres en la calle: no podían ir sin medias ni con los brazos al descubierto. Además, en misa debían llevar sus cabezas cubiertas, con una mantilla o velo. La moda de ropa interior femenina imponía el uso de la faja para sujetar las carnes de las mujeres y hacerlas menos pecaminosas para las miradas de los hombres. El luto, en aquella sociedad en la que había imperado y seguía imperando la muerte, obligaba a muchas mujeres a vestir de negro de pies a cabeza, durante largo tiempo, y a los hombres les colocaba un brazalete negro alrededor del brazo. El nuevo régimen se iría afianzando en una sociedad dominada por la hipocresía.

A partir de 1939, a la mayoría de los españoles solo les quedaba una salida: la de sobrevivir! No solo hubo vencedores y vencidos. También hubo hambre, mucho hambre. ¡Y entre los vencidos mucho miedo! En sus casas no se hablaba de la guerra, porque en cada rincón de ella se veía a un confidente, a un soplón. Un confidente podía ser una persona normal, el vecino con el cual compartías mesa cualquier día, el que te había ayudado en momentos de apuro. Pero ¡Ah! Ahora era diferente. El miedo, o la esperanza de recibir una recompensa, soltaban la lengua al delator. Cuando se recibía a amistades de confianza se aumentaba el volumen de la radio para evitar que el vecindario pudiera escuchar la conversación. El secretismo era el pan de cada día. En las zonas rurales, tener un huerto o un monte cercano era un privilegio en comparación con quien sufría el hambre en las ciudades, sobre todo en las más grandes. Llegó un momento en que muchas personas se levantaban a medianoche y, a escondidas, asustadas, se desplazaban hasta los pueblos para robar en los campos, porque era la única manera de poder comer algo. La dictadura acabó con los ahorros de media España: se retiraron de la circulación 13.251 millones de pesetas republicanas y se anularon 10.356 millones más en dinero bancario **[1]**.

El hambre, la bajada de defensas inmunológicas de la población, y la falta de higiene, unido a una disminución del nivel sanitario provocaron la eclosión de enfermedades infecciosas, que alcanzaron un inusitado protagonismo en los años posteriores a la guerra civil. La mortalidad infantil tuvo en España dos crisis importantes en el siglo XX: entre 1918-1920, primero, y entre 1937-1941, después. En el caso de la segunda, solo en el otoño de 1939 ya hubo tres epidemias simultáneas de viruela, difteria y tifus que ocasionaron

una gran mortalidad de niños. Incluso en sus últimos coletazos, que alcanzaron el año 1942, en la provincia de Jaén la mortalidad infantil alcanzó una tasa del 35%, debido a la desnutrición, unida a la mala calidad y las deficiencias en la manipulación de los alimentos.

Las puertas de los cuarteles se llenaban de personas hambrientas. Acudían para poder comer lo poco que sobraba del rancho de los soldados. Los niños y los ancianos tenían que ir al Auxilio Social, donde, a cambio de cantar el *Cara al sol* con el brazo en alto, también se les daba un poco de comida: un plato de puré espeso de cereales cocidos durante bastante tiempo en agua, «gachas o farinetas en Aragón», que ya les servía para calentarse el estómago **[2]**.

El 14 de mayo de 1939, cuarenta y cuatro días después del final de la guerra, el Gobierno del general Franco implantó la cartilla de racionamiento de alimentos para la población del país. Eran unos documentos que daban derecho a recibir semanalmente los productos proporcionados por la Comisaría General de Abastecimientos. Una medida que se prometió provisional, pero que llegó a durar trece años. La Comisaría General de Abastecimientos racionaba los productos de primera necesidad en cantidades que no alcanzaban para evitar la desnutrición. El suministro se organizó de la siguiente manera: a cada habitante les daban la llamada «libreta de racionamiento». Esta contenía varios sellos con las distintas leyendas: «Vale arroz», «Vale pan» o bien «patatas», «aceite», «azúcar», así como otro genérico que ponía «Varios». Este último era por si repartían alguna cosa durante ese mes que no estuviera programada. Las cartillas no estuvieron al alcance de todos. A veces, a las viudas de los fusilados del bando republicano no les fueron entregadas. Pronto se comprobó que los alimentos suministrados carecían del valor nutritivo necesario para la subsistencia. Predominantemente, estos estaban compuestos por boniatos, garbanzos, pastas para sopas, bacalao y, muy de tarde en tarde, por carne de membrillo y chocolate terroso, incomedible. ¡El déficit de calorías y nutrientes básicos —proteínas, hidratos de carbono, grasas, vitaminas, calcio y hierro— resultaba evidente! El pan se convirtió en un alimento de lujo. Las cantidades variaban entre 150 y 200 gramos diarios solo para aquellas personas que tenían una cartilla de racionamiento de tercera. Solo los privilegiados afectos al régimen fascista tenían acceso a todos los alimentos que les apeteciera. El resto de la población, la inmensa mayoría, se convirtió en devoradora de algarrobas. La cebada tostada se empleaba como sucedánea de café. Las algarrobas se comían como si fueran lentejas. Con las cubiertas de los plátanos se hacían espesas -o ligeras, dependía de las posibilidades de cada cual- cremas y purés.

En esos años de hambre aparecieron una serie de productos que pusieron un

punto de alegría a las grises despensas de la posguerra: el Cola Cao, el flan Chino Mandarín, Gallina Blanca y sus productos como mito de una España que poco a poco dejaba atrás la inmensa hambruna de los primeros años de la posguerra, y los quesitos fundidos El Caserío **[3]**.

El suministro del racionamiento no era algo regular. Resultaba imprevisible. A veces, durante unos días se abastecía a la población, por ejemplo, de jabón, bacalao y aceite, y en otros, de azúcar, garbanzos, un huevo y tocino.

Las mujeres que estaban solas, bien por ser viudas, bien por tener los maridos en prisión o en el exilio, se vieron obligadas a ponerse al frente de la familia y salir en busca de alimentos en el mercado oficial. Un trabajo ímprobo, que nadie parecía ver. El mercado se caracterizaba por el control de los precios y por la distribución de productos a través del racionamiento. También tuvieron que recurrir al mercado negro extraoficial. El mercado negro era obligado para la mayoría de españoles debido a las carencias del primero. No todas consiguieron hacerlo siguiendo los cauces legales; algunas lo consiguieron saltándose los límites de la ley. Las dificultades que establecía para ellas el control social del régimen así lo imponían. Pero allí estaban ellas. Como siempre.

El negocio de la posguerra: el estraperlo

Pero, de repente, gracias al comienzo del estraperlo ¡hubo pan y hubo de todo! Pero solo si tenías dinero. Entonces conseguías toda clase de comida. Muchas personas se hicieron ricas con este negocio, que funcionaba de la manera siguiente: se tomaba un tren en la ciudad para ir a los pueblos a comprar comida, pues en algunos de ellos no faltaba. Al principio, la Guardia Civil o la policía realizaban detenciones. Pasado un tiempo, fueron cogiendo confianza con los estraperlistas. Recibían propinas y, a veces, las mujeres se veían obligadas a hacerles ciertos favores. Ellas lo sabían bien ¡La depravación crece con el hambre! A partir de ello, correr con los fardos hacia los trenes fue más fácil. La policía se hacía la despistada. El ferrocarril fue uno de los escenarios preferidos por los estraperlistas para mover sus productos por el país. Los horarios previstos permitían fijar citas para realizar los intercambios, que normalmente se producían antes de llegar a la estaciones, cuando el tren comenzaba a desacelerar. Los paquetes sujetos por ganchos se arrojaban por la ventanilla de los vagones, en puntos convenidos cerca de las estaciones **[4]**.

Después, los productos de estraperlo se podían intercambiar o vender. En un país donde aparentemente no había de nada, si se tenía dinero se podía conseguir casi de todo: un kilo de azúcar costaba 1,90 pesetas a precio de tasa, pero en el mercado negro podía llegar a alcanzar las 20 pesetas. Otro

ejemplo: el aceite destinado al racionamiento se pagaba a 3,75 pesetas el litro y a 30 pesetas de estraperlo. En 1941, una ley advertía que el estraperlo se pagaría con la pena de muerte, pero ello solo sirvió para provocar el suicidio de un zaragozano que, por miedo, se arrojó al Ebro.

El tabaco fue también racionado y solo estaba destinado a los hombres. Las mujeres quedaban excluidas de su consumo, como de tantas cosas. Los fumadores secaban hojas de patatas que luego se fumaban, además de recoger colillas. Los niños, los grandes perdedores de todas las guerras, siempre corriendo por las calles, ejercían diferentes tareas. No era raro verlos recogiendo colillas para después venderlas como tabaco picado.

La necesidad descubrió en cada español a un pícaro. Una buena parte de españoles se olvidó de su conciencia, se hizo de doble fondo. Unos por necesidad, otros por el ansia de enriquecerse. Cuántas judías, cuánto aceite y cuántas planchas de tocino escondió la palabra estraperlo. Cualquier producto encontró su hueco en la cubierta de una rueda de repuesto, colgando entre las piernas de las mujeres al cobijo de las faldas, durmiendo entre las ropas de un bebé inexistente, en los instrumentos de una banda de música.

Sobre el papel, la ley era implacable con el mercado negro: lo asimilaba a la rebelión militar. Las penas podían ser altísimas. No obstante, solo los pequeños estraperlistas acabaron siendo juzgados, nunca aquellos que hicieron grandes fortunas con el contrabando. Como siempre, la justicia recaía entre los que nada tenían.

Popularmente, el nombre que se dio a los coches de aquellos que se habían enriquecido con el estraperlo fue el de «Haiga»; era una mofa por su escasa cultura. Con el estraperlo aparecieron los nuevos ricos. En aquella España inculta había que ostentar para ser alguien. El estatus de una persona se mostraba con el automóvil que conducía. Se decía popularmente que cuando estos nuevos ricos iban a comprar un coche pedían, simplemente, el más grande, el más caro o el mejor «que haiga». Realmente no es que se dijese «haiga» —que también los habría, no quepa duda—, pero era una manera de ridiculizar la incultura de la dura posguerra: esa simple palabra pasó a servir para nombrar a un tipo de automóviles. **La palabra «haiga» quedó en el vocabulario popular como un vocablo despectivo. Así se definía a los coches grandes y lujosos. Por regla general, eran** de origen americano y en el mercado nacional eran los más grandes y de precio más alto. De los años cuarenta a los cincuenta es cuando hubo mayor producción de estos coches que tanto deseaban los nuevos ricos españoles.

La miseria de posguerra se cebó especialmente con las mujeres. Como hemos visto, muchas habían quedado solas, con sus hijos, sus enfermos y sus

ancianos. No era fácil mantenerlos. Una de las consecuencias fue el aumento significativo de la prostitución. Tolerada hasta 1956, se convirtió en una salida para unos hombres que vivían en una sociedad sexualmente oprimida. El gobierno creó instituciones para recluir a las prostitutas en burdeles de lujo, en algunos de los más de mil prostíbulos que de forma oficial funcionaban en España o en otros muchos que lo hacían de forma clandestina bajo la protección de respetadas viudas. Al abrigo de tantas ruinas que había dejado la guerra o en las salas de cine, ejercían su oficio un ejército de prostitutas. Por un Decreto publicado en el BOE el 20 de noviembre de 1941 se crearon las llamadas Prisiones Especiales para Mujeres Caídas. De manera simultánea, apareció el Patronato de Protección a la Mujer, constituido formalmente en marzo de 1942. Estaba presidido por la esposa de Franco, Carmen Polo, apodada popularmente como «la collares», porque siempre iba cargada de ellos. Los españoles, a veces, conservaban ramalazos de humor, a pesar de todo. Sobre el papel, esta institución trataba de impedir que las prostitutas fueran explotadas. Y quería educarlas con arreglo a las enseñanzas de la religión católica. El patronato estaba encaminado también a la vigilancia y control de las prostitutas y de los locales de prostitución. Se puso en funcionamiento una red provincial que estaba destinada a controlar la moral. Denunciaba a los locales de baile, cines o piscinas que no cumplieran a rajatabla las reglas de comportamiento impuestas por aquella sociedad. Asimismo, en un intento de llegar a las mujeres que habitaban fuera de la ciudad, se creó la Hermandad de la Mujer y el Campo. Tuvo un papel importante en aquella España inculta y atrasada. Su mayor dedicación estuvo orientada a hacer propaganda política, y a ejercer un control social, no lo perdamos de vista, pero también organizó grupos femeninos que iban a los pueblos a ayudar en las tareas agrícolas. Las mujeres que llegaban a aquellos pueblos también informaban sobre principios básicos de higiene, como también cuidado de la casa y de la familia. Producto de estas actividades se creó el cuerpo de Divulgadoras Rurales Sanitario Sociales [5].

La pata quebrada y en casa: la legislación franquista

El primero de abril de 1939 finalizaba la guerra civil española y comenzaba una larga posguerra. Mucho se ha hablado en la historiografía reciente de las raíces ideológicas que el régimen franquista impuso a la sociedad española durante cuarenta años. El legado del conservadurismo, del tradicionalismo y de un fascismo que había aparecido en distintos países europeos resulta innegable. En el caso de la mujer, sin embargo, el régimen franquista construyó su propio modelo con la influencia tradicional y conservadora del catolicismo imperante, recuperado como uno de los pilares de legitimación. La mujer se liberó, obligatoriamente, del trabajo asalariado, con el fin de que reprodujese en el hogar la misma estructura social que desde el poder se había trazado. No obstante, ¿no seguían las mujeres trabajando en el campo,

en el servicio doméstico y en muchas fábricas, las textiles por ejemplo? Los anhelos del régimen de regresar a ideales tradicionales se tradujeron en todo un sistema de valores que impuso unas férreas normas morales e ideó un modelo de mujer relegada a un segundo plano. Pero una cosa era el discurso y otra la realidad **[6]**.

Dentro del marco de la cultura católica imperante, el espacio para la mujer debía reducirse a la familia, donde cumpliría el imprescindible papel de «proporcionar hijos a la patria». Se diseñó un prototipo de española, cuyo modelo se había trazado desde la Iglesia, la escuela y los propios medios de comunicación. Ella debía ir convenientemente vestida, es decir, con mangas largas o que llegasen al codo, no debía exhibir escotes y las faldas debían ser holgadas de tal manera que no señalaran los detalles del cuerpo. Los vestidos no podían ser cortos ni transparentarse. Las jóvenes no debían salir nunca solas ni ir junto a hombres que no fueran de la familia **[7]**. El adulterio estaba penado severamente, pero solo si lo ejecutaba una mujer. También se anularon las reformas republicanas más avanzadas, como los matrimonios civiles y el divorcio.

En contra de lo que ocurría en otros países occidentales con gobiernos democráticos, durante la guerra civil, en la zona nacional, se desincentivó la actividad laboral femenina. En contraste con la legislación crecientemente igualitarista de los tiempos de la Segunda República, el franquismo puso en marcha una legislación que dejaba fuera a las mujeres de numerosas actividades. Dice la profesora Lina Gálvez que «muchas medidas legislativas tenían como objetivo reafirmar la autoridad masculina en el seno del matrimonio, conforme el esquema organicista del propio Estado, según el cual el marido/padre era el cabeza/representante de la unidad familiar, como Franco lo era del Estado» **[8]**. Ya en el Fuero del Trabajo, decretado en 1938, se prohibió a las mujeres apuntarse como obreras en las oficinas de empleo. Habían excepciones: si ellas eran las cabezas de familia y tenían que mantener a ésta con su trabajo, si se habían separado de sus maridos, si el cónyuge se hallaba incapacitado o si permanecían solteras, siempre que no tuvieran medios para ganarse la vida, o bien si disponían de algún título con el que podrían ejercer alguna profesión. Mediante la Ley de reglamentaciones de 1942 se implantó que la mujer, en el caso de que contrajera matrimonio, estaba obligada a abandonar el trabajo. Además, la ley creaba los subsidios familiares, llamados popularmente «los puntos». Tenía como misión mantener a la mujer en el hogar. A partir del segundo hijo, el subsidio ascendía a 30 pesetas mensuales y luego aumentaba progresivamente 15 pesetas por niño hasta un máximo de doce hijos. El pago se realizaba directamente al cabeza de familia. La mujer no recibía ningún tipo de ayuda. En 1944 fue reintegrado el Código Civil de 1888, que prohibió la capacidad decisoria de la mujer en el seno de la familia otorgada por la Segunda República. Dos años después, la

Orden de 26 de marzo de 1946 privaba a los hombres del cobro del subsidio familiar cuando su mujer trabajase. Una manera más de convencer a las familias de la inutilidad del trabajo femenino. Estas medidas, natalistas, se vieron reforzadas cuando en muchas empresas, sobre todo en las públicas, el cese temporal forzoso por matrimonio y la prohibición de emplear a mujeres casadas se restablecieron. El franquismo también acabó con la coeducación promovida durante la República y retomó la educación segregada de niños y niñas.

Las hijas no podían dejar el hogar hasta los veintitrés años «salvo para tomar estado». La mayoría de edad no se adquiría hasta los veintiuno. Hasta entonces estaban bajo la tutela de los padres o marido. Esta tutela se traducían en que las solteras o casadas no podían escoger una profesión y ejercerla, ejecutar ninguna operación de compraventa, firmar un contrato de trabajo o abrir una cuenta bancaria. Solo más de una década después, a partir de 1958, la mujer fue autorizada por la ley a ser tutora en testamentos.

A pesar de este tipo de medidas, ya se ha comentado, durante las dos primeras décadas de la posguerra la presencia de mujeres en puestos asalariados aumentó de forma considerable. Debido a ello, hacia finales de los años cincuenta se produjo un cambio de actitud del régimen en lo que respecta al trabajo de la mujer. Ello conllevó la revisión de la política económica: dada la necesidad de la expansión industrial se recurrió al reclutamiento de mujeres. De entonces fue el Plan de Estabilización (1959) y el Plan de Desarrollo (1961). Había factores muy importantes para que el régimen decidiera estimular el trabajo femenino. En unos momentos en que se comenzaron a producir huelgas y conflictos en los lugares de trabajo, las mujeres significaban una mano de obra más disciplinada y sumisa.

Ya en la década de los sesenta, a partir de 1966, se permitió a la mujer ejercer como magistrada, jueza y fiscal de la Administración de Justicia. Pero el artículo 416 del Código Penal castigaba duramente, con arresto mayor o multa, a las personas que de alguna manera facilitaran el aborto o evitaran la procreación. La condena, no obstante, podía reducirse si se alegaba la deshonra que significaba para la familia tener una madre soltera en su seno **[9]**.

Mujeres guerrilleras

Yo sé mucho del miedo (La Parrillera)

Las maquis están de moda. Periodistas y directores de cine se rinden ante esas figuras de mujeres silenciadas por décadas. Los relatos se han ido tejiendo principalmente a través de las entrevistas realizadas a aquellas

mujeres que, en los oscuros años cuarenta y cincuenta, se echaron al monte. Aunque actualmente de edad avanzada, la memoria persiste en estas antiguas guerrilleras como si se negara a abandonarlas hasta que desgranen sus historias. Los autores de estos relatos siempre deben tener en mente que cuando entras en el terreno de los hechos históricos, del pasado, para evitar la ficción hay que imbuirse de las circunstancias generales, ser fieles al contexto y necesariamente luego intentar escuchar las pequeñas cosas, las anécdotas, descubrir las emociones, recoger los recuerdos... todo lo que te vas encontrando.

Al terminar la guerra civil, en 1939, muchas personas se escondieron en los montes, en los bosques y comenzaron una lucha de resistencia contra el régimen franquista: fueron los maquis, guerrilleros. La historia oficial les denominó bandoleros. El carácter político de los guerrilleros fue plural. También lo había sido el bloque republicano durante la guerra. En él había una presencia importante de comunistas, socialistas y anarquistas. Pero, por diversas causas, los comunistas fueron ganando peso en relación a las demás corrientes.

Los maquis lucharon hasta la década de los cincuenta del siglo pasado. Cuando nos vienen al recuerdo, pensamos en ellos en masculino, nada extraño viniendo de una España donde la mujer no tenía presencia oficial. Pero lo cierto es que también hubo guerrilleras, como lo puso de manifiesto la periodista Ana R. Cañil, galardonada en mayo del año 2008 con el Premio Espasa de Ensayo por su trabajo *La mujer del maquis*. En el libro hace un homenaje a estos «proscritos» y olvidados de la posguerra española, y también a sus enlaces y sus familias.

La mujer del maquis personifica la opresión que sufrieron ciertos grupos de ciudadanos y sus familias durante el primer franquismo. Así lo afirman los relatos de los supervivientes y documentos «desenterrados» con posterioridad. En palabras de Fernando Savater, Ana R. Cañil refleja una historia «secreta y desgarradora», la dolorosa situación de la mujer en relación con la lucha del maquis, que tiene un enorme valor como «testimonio del drama que se lidiaba en España en aquellos años».

Manuela Díaz Cabeza fue una guerrillera antifranquista. Su vida ha dado pie a *La Parrillera. Una maquis por amor*, una obra cinematográfica dirigida por Miguel Ángel Entrenas en 2009. Una obra que rescata la memoria de esta guerrillera que se vio obligada a recluirse en la sierra por las circunstancias. El proyecto ha sido impulsado por el Foro Ciudadano para la Recuperación de la Memoria Histórica de Andalucía. Su presidenta, Mar Téllez, ha comentado a la agencia Efe que la iniciativa surgió de una entrevista que mantuvo en el año 2005 con la ya desaparecida guerrillera. En su opinión, la película es una

forma más de hacer justicia a una mujer muy querida en Villanueva de Córdoba. Tuvo la suerte de ver como su historia era llevada al cine «entre lágrimas de alegría y esperanza» después de más de cuarenta años de silencio.

Esta guerrillera había nacido en Laguna del Pino (Villanueva de Córdoba) en 1920, en una familia de militantes de izquierda. El primero en ir a la sierra en 1939 fue su marido, Miguel López Cabezas *Moraño* o *Parrillero*. Detenido al finalizar la guerra, fue liberado al mes siguiente, pero fueron a buscarlo una segunda vez, y escapó al monte, donde formó la partida guerrillera de Los Parrilleros.

Para esos guerrilleros, para los maquis, ponerse en contacto con la familia resultaba un riesgo. Esto les obligaba necesariamente a mantenerse alejados de ella. Manuela Díaz, valiente, se convirtió en su enlace durante unos años. Después se fue al monte con su marido.

Por aquel entonces —a comienzos de 1944—, Manuela había quedado otra vez embarazada de su esposo. Mala fortuna en aquellas terribles circunstancias. Sola arrojó el parto. ¡En el monte! Pronto tuvo que asumir la dura realidad: no podía hacerse cargo del bebé. Cedió a su hijo. Para aumentar el increíble drama de la mujer, poco después ese niño enfermó y murió un año más tarde. Su pena fue enorme, ¡no tenía fin!

Las desgracias para Manuela no acabaron aquí. Cuando contaba 29 años de edad, fue detenida. Se le acusó de «concupina» y también de haber pertenecido a las Mujeres Comunistas de Villanueva. Ingresó en la cárcel de Ventas al año siguiente. Se le condenó a treinta años de cárcel. En 1961 un indulto la puso en la calle. Dejó estas palabras para la posteridad: «Yo sé que la gente joven piensa que esto es mentira. Y yo les digo: Esto ha pasado porque yo lo he vivido”».

En 2010, Rubén Buren dirigió una película que se convirtió en un homenaje a las mujeres que lucharon durante la posguerra. Se trata de *Maquis*, un largometraje en el que solo aparecen mujeres; habla de la rebelión de las guerrilleras. Ofrece un punto de vista novedoso: el de las mujeres que lucharon abajo, en los pueblos, mientras más arriba, en los bosques, sus compañeros e hijos eran asesinados por la guardia civil.

El argumento de *Maquis* se sitúa en la España de 1949, un año crucial para la resistencia antifranquista. La guerrilla sigue en el monte, mientras abajo, en el llano, las mujeres sufren la represión. Algunas personas quieren olvidar y otras, en cambio, seguir luchando. Las mujeres de los pueblos permanecen en silencio, guardan secretos. Es el silencio de un país que no quiere recordar.

Las tres mujeres protagonistas simbolizan las tres Españas: Adela, la más radical, a veces egoísta, da la impresión de que pierde la perspectiva sobre la realidad. No obstante, a la vez se muestra comprometida, y lucha contra la injusticia. Pilar, madre y suegra, es una señora católica y conservadora que ha perdido a su marido y a su hijo en la guerra y quiere vivir tranquila, no desea que nada cambie. Por último, Sagrario representa esa España indiferente a todo, cautivada por la idea de «progreso» sin ninguna preocupación política **[10]**.

Actualmente se hacen esfuerzos para rescatar del olvido la figura de la mujer guerrillera. No obstante, el paso del tiempo dificulta la labor. Es muy difícil, prácticamente imposible, llegar a conocer de viva voz cuál fue la presencia verdadera de las maquis en los montes y bosques españoles. Queda la esperanza de que algunas de ellas, antes de morir, pudieran compartir sus recuerdos con hijas y nietas. Si fue así, si estos valiosos testimonios se han guardado en la memoria, podrán ser relatados a otras mujeres, a otros hombres, de manera que fluyan a través de los años, de los siglos **[11]**.

Notas:

[1] Julio Martín Alarcón, «Dinero rojo: así arruinó Franco a los republicanos derrotados», *El Confidencial*, 29/6/2017, https://www.elconfidencial.com/cultura/2017-06-29/dinero-rojo-franco-republica-guerra-ivil_1406693/

[2] Francisco Abad Alegría, *Heraldo*, 2014.

[3] Isaías Lafuente, *Tiempos de hambre*, Temas de hoy, 1999.

[4] Ana Tudela, «Hambre, cartilla y estraperlo: España no come escrúpulos», *Público*, 2 de marzo de 2009, <http://www.publico.es/actualidad/hambre-cartilla-y-estraperlo-espana.html>

[5] M^a José Ruiz Somavilla y Isabel Jiménez Lucena, «Un espacio para mujeres. El Servicio de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social en el primer franquismo», *Historia Social*, nº. 39 (2001), pp. 67-85.

[6] Cristina Gómez Cuesta, «Entre la flecha y el altar: el adoctrinamiento femenino del franquismo. Valladolid

como modelo, 1939-1959». *Cuadernos de Historia Contemporánea* 2009, vol. 31, 297-317

[7] Encarna Nicolás Marín, *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista 1939-1975*; extraído de *Mujer y dictadura franquista*, de Manuel Ortiz Heras.

[8] Lina Gálvez, «España en perspectiva de género», *La Vanguardia*, dossier nº 173, julio/septiembre 2019.

[9] Carme Molinero, «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un “mundo pequeño”», *Historia Social*, n.º 30, 1998.

[10] Jiménez, Jesús, «“Maquis”, un homenaje a las mujeres que lucharon en silencio durante la posguerra», RTVE, 2017, <http://www.rtve.es/noticias/20170607/maquis-homenaje-mujeres-lucharon-silencio-durante-posguerra/1561202.shtml>

[11] Pilar Bartolomé, «La guerrillera que sufrió el olvido», *El Día de Córdoba*, 12 de marzo de 2017, http://www.eldiadecordoba.es/cordoba/guerrillera-sufrio-olvido_0_1116788681.html

27/9/2021

Antonio Antón

El individuo y lo común

El individuo es el sujeto sobre el que se ha construido la modernidad .

El talante prometeico impulsado desde el Renacimiento permitirá el desborde de la naturalización del orden social derivado del pensamiento tradicional y su fundamentación religiosa. El concepto de individuo, inédito en la historia anterior, a lo largo de los siglos XVII y XVIII entrará en pugna con las referencias colectivas de Dios, Patria y Rey del Antiguo Régimen para constituirse en soporte de la sociabilidad. Legitimará la nueva dinámica de la economía de mercado, basada en el beneficio propio, y garantizará la inserción laboral de la nueva fuerza de trabajo a través del nuevo contrato (supuestamente) libre. La cobertura ideológica dominante es el liberalismo.

La particularidad actual es que, dado el desenfrenado individualismo, base del consumismo compulsivo y la competitividad instrumental frente al ‘otro’, en el marco de las fuertes desigualdades sociales de la presente etapa neoliberal, se han generado reafirmaciones populares en lo común, en el interés general. Y es preciso valorar su significado según su función social de acuerdo con los otros dos ejes valorativos: el respeto individual, y los valores universales progresistas de libertad, igualdad y solidaridad (o fraternidad/sororidad).

En la actual experiencia de la pandemia, con la crisis de los sistemas de protección social, sanitaria y de cuidados, la exigencia feminista por evitar el impuesto sobreesfuerzo femenino en la reproducción vital y la mayor necesidad de apoyo público y colectivo, se ha revalorizado la importancia de lo común; a lo que habría que complementar con la sostenibilidad medioambiental, base material para la reproducción de la humanidad.

Por tanto, en estas décadas existen relaciones sociales colaborativas y diferentes movimientos sociales y culturales progresistas que, manteniendo los ejes de los derechos democráticos y las libertades individuales, han destacado la acción solidaria, el apoyo mutuo, la cooperación social y una ética colectiva del bien común. Incluso, se han constituido nuevas corrientes políticas (los *comunes*), que lo distinguen en su definición pública.

El doble sentido de la individualización

El proceso de individualización tiene un carácter doble, como la propia modernidad. Por un lado, libera a las personas de las ataduras de las rigideces estamentales y las estructuras sociales y de poder premodernas, poniendo el énfasis en la igualdad y la libertad de los individuos. Por otro lado, tiende a destruir los vínculos sociales y comunitarios que reforzaban las experiencias y las costumbres comunes de las capas populares que se enfrentan a los nuevos poderes emergentes (económicos e institucionales) que constriñen las bases para su libertad y su igualdad reales.

Tal como explica el historiador E. P. Thompson, esa experiencia popular solidaria y su activación cívica por el interés colectivo se opondrán a las nuevas relaciones de dominación, de apariencia neutral, y generarán las condiciones reales de igualdad de oportunidades para todas las personas. Así desde los orígenes de la modernidad aparece la tensión, normalmente mal resuelta, entre la defensa de los intereses y libertades individuales y la articulación del bien común y los derechos colectivos.

Aquí convendría distinguir entre individualización, como autonomía personal o empoderamiento y proceso irreversible, positivo y en tensión complementaria con las dinámicas cooperativas, e individualismo como tendencia problemática de jerarquizar siempre lo individual frente a lo colectivo, siendo lo colaborativo instrumental para el beneficio propio. Lo segundo está justificado por el liberalismo dominante. Lo primero, compatibiliza lo individual y lo social en una relación compleja; o mejor, parte de la consideración del doble componente del individuo, su individualidad y su vínculo social, que permite articular los compromisos solidarios con el bien común, que también beneficia a las personas, y los legítimos derechos individuales. Es el

fundamento de un contrato social, libre e igualitario.

Existe una doble relación: individualización / vínculos sociales, libertades individuales / derechos sociales, identidades personales / identidades colectivas, beneficio privado / bien común. Son constitutivas de la modernidad (y la postmodernidad). Su interacción y su combinación explican sus diferentes fases y tendencias sociopolíticas y culturales. Es, pues, un tema recurrente en la teoría social que, últimamente, ha adquirido mayor relevancia pública.

El individuo (y el Estado) la base liberal del orden social

El sociólogo Andrés Bilbao, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, que nos dejó hace cerca de dos décadas, poco conocido para el gran público, ha sido uno de los intelectuales más rigurosos y sugerentes en el tratamiento teórico de este asunto, en particular en su libro póstumo *Individuo y orden social* (2007). Dada la actualidad de este debate y aprovechando la **reseña valorativa** realizada ahora por el catedrático emérito de sociología y amigo común Carlos Prieto Rodríguez, me permito volver sobre algunos de sus ejes explicativos de la sociología económica.

Como bien se señala, Andrés Bilbao analiza los fundamentos del nuevo orden social capitalista emergente, basado en el individuo, (relativamente) igualitario e inserto en la economía de mercado a través del trabajo y la nueva apropiación privada frente a la sociedad del Viejo Régimen basada en la jerarquía estamental y una visión social totalizadora (holística).

Tiene un gran valor analítico sobre el proceso de formación de la hegemonía cultural y la ética liberal, el beneficio individual, frente al bien común tradicional (aristotélico-tomista) pero que escondía la prioridad de la prevalencia de las élites estamentales. Esa pugna cultural y económica se realiza, inicialmente, bajo las estructuras políticas del Estado absolutista, hasta que madura el cambio político democrático.

Así se producen cambios en las relaciones económicas: por una parte, con la apropiación privada del beneficio empresarial en nuevas actividades productivas (comerciales e industriales) y tecnologías (transporte, energía, industrialización...); por otra parte, con la incorporación masiva de nueva fuerza de trabajo, con libertad respecto de las estructuras de servidumbre, para articular el contrato laboral, aunque con desigualdad de poder empresarial para imponer sus condiciones ventajosas.

Bilbao encadena los tres procesos: individualización, fuerza de trabajo (libre e igual en lo formal) y economía de mercado como

nueva relación de dominación de las nuevas élites (burguesas). Es en ese marco en el que explica la justificación liberal de la relación del nuevo individuo como fundamento de la sociabilidad, entendida como nuevo orden social... capitalista. Es una profunda crítica a los fundamentos del liberalismo que apunta a generar otras bases de la sociabilidad, que no pueden ser las de la sociedad tradicional desigualitaria y dominadora de las viejas élites que pretendían representar su particular bien común.

La alternativa liberal dominante es partir del interés individual (el egoísmo) como elemento base del que se forma el interés general. Es ahí cuando aparece la diversidad de justificaciones sobre si es suficiente esa espontaneidad regida por las leyes del mercado sin intervención estatal (Smith, Mandeville), o es insuficiente para garantizar la sociabilidad y es preciso la articulación externa al individuo y a la economía por parte del Estado (el Leviatán de Hobbes), ya sea en la versión autoritaria o en la democrática. Por otra parte, también existen formulaciones intermedias de una ética pública que defina valores y derechos humanos (Kant).

Pero el núcleo duro del individuo, como base del orden social, se mantiene como fuente de legitimidad, junto con el apoyo de las instituciones públicas, más o menos subsidiarias. Se combina la cultura individualista liberal, con una amalgama de estructuras sociales e intereses y valores globales, constituyéndose la dominante tendencia liberal-conservadora.

Lo común, eje imprescindible para la sociabilidad

En esta crítica a los fundamentos del nuevo orden social (liberal-capitalista) el autor manifiesta su preocupación no solo por comprender esta realidad sino para permitir su transformación. Y en este plano, plantea más bien sugerencias que están abiertas. ¿Cuál es la alternativa? Procedente del marxismo, explica la necesidad de un sujeto colectivo transformador (las clases trabajadoras) y una acción política para conformar un poder institucional alternativo, e intenta superar los límites teóricos de cierta ortodoxia comunista.

Apenas avanza, pero sí aporta algunas bases sugerentes para fundamentar una nueva sociabilidad. Apunta a una valoración de lo 'común' como contrapeso de un proceso de individualización imparable. Este concepto no es nuevo. Proviene de la *polis* griega y la tradición aristotélica, así como de muchas de las costumbres populares de sentido contradictorio (progresista y reaccionario), incluida la formación de las nuevas naciones e identidades étnicas y culturales.

La experiencia y el significado de lo común, al igual que la individualización, tampoco son unívocas. La solución no está en la premodernidad comunal; tampoco en una postmodernidad con acentuación del individualismo. **La interacción y el reequilibrio de los dos componentes, individual y colectivo, es imprescindible para una nueva modernidad más equilibrada y justa.**

Pero volviendo a la reflexión teórica del citado sociólogo ¿Dónde busca lo común como base de una sociabilidad alternativa? No en esa polarización interna que estudia entre individuo (liberal) y Estado (burgués), que lleva a un callejón sin salida, sino en el enfoque comunitario que hunde sus raíces en Aristóteles, pasa por el propio Carlos Marx y Karl Polanyi y llega a los modernos pensadores comunitaristas, en particular Alasdair MacIntyre.

No se trata de un enfoque antiliberal o iliberal, a veces asociado al nuevo populismo reaccionario y totalizador que no reconoce la importancia de los derechos individuales y el pluralismo político y cultural. Es el debate entre individualización y colectivismo (o comunitarismo) al que se enfrentan, con sus limitaciones respectivas, autores comunitaristas como Michel Walzer y Charles Taylor, o populistas de izquierda como Ernesto Laclau y, particularmente, Chantal Mouffe, así como el republicanismo cívico, la cultura de la izquierda democrática y los movimientos sociales progresivos.

Se trata de respetar al individuo, al ser humano con sus derechos, y combinarlo con el bien común, ambos siempre en disputa por su sentido, su representación y su equilibrio. Pero ello supone volver a los fundamentos de la sociabilidad (u orden social), es decir, a valorar el carácter doble del individuo en su componente individual y su carácter social, de vínculo colectivo y pertenencia a unas redes sociales. Es un proceso que no es natural sino construido de forma sociocultural, estructural e histórica en el que importa la agencia humana y la subjetividad, empezando por la propia ética progresiva y los valores de libertad, igualdad y solidaridad.

Por tanto, iniciamos una nueva versión de la teoría crítica que supera el viejo liberalismo, así como las tendencias colectivistas totalizadoras (holistas) presentes en los populismos reaccionarios y las tradiciones conservadoras. Estas son funcionales para las élites dominadoras en diversas instancias, desde el Estado, con su doble función de dominación y control social por las élites dominantes y de garantía de servicios colectivos o neutrales, hasta el machismo y la división sexual del trabajo, así como el supremacismo étnico-nacional. Pero también es un debate no resuelto entre las izquierdas, que requiere una experiencia popular prolongada igualitario-emancipadora-solidaria y una nueva elaboración teórica. Es una

tarea pendiente que hay que profundizar.

20/9/2021

Roman Ceano

Marshall y su refundación de la economía

La economía aspira a ser una ciencia superior al resto de ciencias sociales. Esta pretensión de superioridad empezó hace un siglo y medio, cuando Alfred Marshall decidió refundar la economía sobre la base de las matemáticas. Hasta entonces, la economía había sido una técnica empírica que se aprendía sobre la marcha y cuyas enseñanzas estaban teñidas de incertidumbre y provisionalidad. A partir de Marshall, sería una ciencia seria, que podría codearse con la física, en lugar de compartir miserias con la sociología o la psicología.

Como veremos más abajo, el propio Marshall no quedó nada convencido de haber logrado ese cambio de status, pero la profesión académica acogió sus ideas con un entusiasmo desbordante que no ha cesado hasta nuestros días. No importa que su base epistemológica sea absurda e inconsistente, y que por ello haya sufrido un sinnúmero de refutaciones inapelables (como las de Veblen, Polanyi, Robinson, Bunge, o la más reciente de Keen). Tampoco importa que en el plano empírico nunca haya podido ser falsada por la falta total de correspondencia entre las variables del modelo y cualquier magnitud real observable.

Son la sociología y la psicología las que pueden explicar por qué los economistas académicos comulgan con las ruedas de molino del *marshallianismo* para mantener la ficción de que su profesión está basada en una ciencia que se parece en algo a la física. Y son también la psicología y la sociología las que pueden explicar por qué esa supuesta ciencia es promovida con tanto entusiasmo por los propietarios de bienes de capital. La respuesta es que la economía creada por Marshall —llamada neoclásica— cumple en la sociedad moderna el papel que cumplían las religiones en el pasado: justificar el *statu quo* con un relato inefable y trascendente que pone el cambio social en el terreno de la herejía y el tabú. Alfred Marshall era un hombre de orden, y cuando se dio cuenta de que su economía científica no solucionaba nada, simplemente se resignó a ello. Pero lo cierto es que contra lo que muchas veces se piensa, al principio sí que quería cambiar las cosas. Su vida es la historia de un fracaso científico convertido en éxito académico por la hipocresía y los intereses creados.

1. Grandes esperanzas

El padre de Alfred Marshall trabajaba en el Banco de Inglaterra, pero descendía de una larga estirpe de reverendos. Quería que su hijo volviera a la tradición familiar, y le impuso un programa intensivo de estudio de lenguas clásicas que hizo que el pequeño Alfred dominara desde la infancia el latín, el hebreo, el arameo y las diferentes variantes del griego antiguo. El colegio en el que estudiaba —la Merchant Taylors School— ofrecía un programa de matemáticas muy avanzado que llegaba hasta el cálculo diferencial. A pesar de las muchas horas que dedicaba a las lenguas muertas, Alfred destacaba extraordinariamente en esa asignatura que se convirtió en su pasión secreta. Siempre llevaba en el bolsillo un ejemplar de los *Elementos* de Euclides, que sacaba en cuanto podía eludir la vigilancia paterna. Fue su fascinación por las matemáticas lo que terminó para siempre con la saga de reverendos.

Marshall decidió estudiar matemáticas en Cambridge para dedicarse a la física molecular. Todo el mundo con formación académica era consciente de que el desarrollo matemático era la clave principal de la explosión científico-técnica que estaban presenciando. Desde que Kepler había metido las órbitas de los planetas en una fórmula, todos los éxitos científicos estaban escritos en lenguaje matemático. La física molecular utilizaba las matemáticas más avanzadas de la época para crear un nuevo nivel de comprensión de la estructura interna de los fluidos. Utilizando álgebras con un extraordinario nivel de abstracción, se podía describir la temperatura, la presión y la dinámica de las reacciones químicas como efectos emergentes de la interacción entre las partículas que formaban el fluido.

Llegó al St. John's College de Cambridge en 1861, y sus dos primeros años allí fueron un periodo de éxtasis y plenitud. Sumergido en ecuaciones diferenciales, funciones, integrales y límites, sentía el mismo tipo de felicidad que experimentaban los poetas románticos contemporáneos vagando por Italia. En su tiempo libre, Marshall participaba en tertulias y charlas eruditas, donde su dominio de las lenguas clásicas le granjeó un gran prestigio entre los doctores en humanidades, ya que podía citar la *Metafísica* de Aristóteles o el *Deuteronomio* en la lengua en que fueron vertidos al papiro.

El ambiente intelectual en Cambridge estaba dominado por el tránsito desde la confianza tradicional en el Plan Divino a un nuevo optimismo tecnológico que despojaba a Dios de su responsabilidad sobre el destino de la humanidad. La ausencia de un Dios bondadoso —o, al menos, con algún tipo de plan— creaba una duda teleológica sobre el futuro que la ideología *spenceriana* dominante procuraba saldar con apelaciones al darwinismo, afirmando que la supervivencia de los más aptos garantizaba un progreso social automático. Marshall no compartía este optimismo y veía en la desaparición de Dios una apelación a la humanidad para tomar las riendas. Su desconfianza en el automatismo del progreso no se basaba en especulaciones, sino en sus visitas

a las zonas más depauperadas de las ciudades inglesas. Eran lugares insalubres, de calles sin asfaltar, en los que la gente vivía hacinada en infraviviendas a las que volvía tras jornadas de trabajo de doce horas. La visión de esa pobreza extrema y la decadencia moral que causaba en las personas empezó a obsesionarle. Paseaba durante horas por los arrabales de las ciudades industriales buscando una respuesta.

Es difícil para nosotros comprender la profunda fascinación intelectual que causaban la ciencia y la ingeniería modernas a los victorianos. Podemos visualizar su asombro imaginando a un ciudadano del Imperio romano al que moviéramos hacia el futuro a través de los siglos. Durante un milenio y medio reconocería fácilmente todo lo que iría viendo, pero al llegar a la Inglaterra victoriana o a la Alemania guillermina, de pronto no podría entender nada. En apenas una generación todo había cambiado. Un tren de vapor arrastraba con naturalidad docenas de vagones cuyo peso unitario habría supuesto un problema de primera magnitud para cualquier civilización anterior. Los barcos ya no dependían del viento, en las ciudades no se hacía de noche, por no hablar del telégrafo, la química, la metalurgia, etc. Y aquí aparecía la pregunta de Marshall. ¿Por qué en un mundo de prodigios técnicos y abundancia creciente esas personas vivían mucho peor que los campesinos medievales?

Marshall buscó la opinión de los economistas académicos. Estos le dijeron que el problema no tenía solución. La Economía Política era la ciencia que trataba sobre la creación y la distribución de la riqueza. Tras casi cien años de investigaciones se había demostrado que las cosas sólo podían ser como eran. De hecho, algunos autores aseguraban que la insistencia en mejorar la vida de los pobres era contraproducente. Los mecanismos económicos que regían el nuevo tipo de sociedad industrial eran tan complejos que la razón no los podía comprender. La distribución de la renta entre capital y trabajo —nombre técnico para la pobreza extrema de los obreros— podía ser un fenómeno llamativo, pero al reformador bienintencionado solo le esperaban decepciones o males mayores.

Marshall se dio cuenta de la ignorancia abismal de los economistas sobre cómo funcionaba la economía. No solo carecían de una explicación razonable sobre la persistencia de la pobreza de masas, sino que cada diez o doce años se veían sorprendidos por crisis económicas que no podían ni prever ni entender. Decidió informarse por su cuenta leyendo las obras de referencia de la economía académica. En pocas semanas devoró *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, los *Principios de economía política y tributación*, de David Ricardo, el *Ensayo sobre el principio de la población* de Thomas Robert Malthus, y terminó con los *Principios de economía política*, de John Stuart Mill, el intelectual por excelencia de la generación anterior y todavía entonces una autoridad incontestable en temas económicos y morales.

Estas lecturas le causaron una profunda decepción. Para los estándares científicos de su época, ninguno de aquellos autores resultaba mínimamente solvente. Adam Smith mezclaba las ventajas de la división del trabajo ejemplificadas en una fábrica de alfileres con los alegatos tomados de Mandeville sobre "vicios privados y beneficios públicos", y con consejos para liquidar los gremios y los monopolios del Estado. Grandes ideas, buenas intuiciones, pero más una charla que un libro de ciencia.

David Ricardo tenía un enfoque más parecido a lo que se esperaba de un científico moderno. Describía algunos modelos idealizados de la realidad y analizaba sus comportamientos mediante diagramas. El problema era que los modelos eran extremadamente simples, su caracterización matemática muy rudimentaria, y llegaba a conclusiones que casi siempre ya eran evidentes en las premisas. Si el libro de Adam Smith era un alegato contra las restricciones medievales, el de David Ricardo cargaba contra los terratenientes que promovían una legislación proteccionista para impedir que los precios de la tierra abandonasen la cotización extraordinaria que habían tenido durante las guerras napoleónicas. La supuesta ciencia era solo una muleta del panfleto.

Malthus, por su parte, utilizaba las expresiones 'crecimiento exponencial' y 'crecimiento aritmético' con una liberalidad que a Marshall le resultó incómoda. No incluía ninguna justificación cuantitativa de su afirmación de que esas eran las tasas respectivas de crecimiento de la población y los recursos. Además, el libro de Malthus estaba siendo desmentido empíricamente gracias a las consecuencias de la revolución industrial en el campo. Contra lo que Malthus había afirmado, la producción de alimentos había crecido exponencialmente, y si las multitudes que malvivían en los barrios obreros no comían lo suficiente era porque no podían pagarlo, no porque no se pudiera producir.

John Stuart Mill escribía mucho mejor que Ricardo y Malthus, y su prosa luminosa era un placer para el lector, pero a nivel científico era un retroceso incluso respecto a Ricardo. Menos gráficos, menos rigor en las descripciones, y aunque todos los párrafos estaban marcados como proposiciones, no tenían una estructura lógica de axioma, postulado y corolario.

La conclusión de sus lecturas era clara: la Política Económica no era una ciencia moderna, y apenas si podía ser llamada ciencia porque carecía de un lenguaje algebraico en el que almacenar y comunicar el conocimiento. Se parecía a una primitiva meteorología de puerto de pescadores, llena de refranes y tópicos mezclados con consejos y apelaciones vacías al sentido común. Para una persona con formación matemática avanzada que estaba al corriente de los trabajos de Kelvin, Maxwell y Boltzman, aquello era ridículo. Se estaba opinando sobre temas que afectaban a las vidas de millones de

personas utilizando razonamientos cuyo rigor no sería aceptable ni para construir la casita del perro en el jardín. Los economistas llenaban páginas y páginas con razonamientos verbales que podían ser defendidos o rebatidos simplemente discutiendo el significado de una palabra. Marshall era un experto en palabras, su conocimiento de las lenguas muertas y las sutilezas de la traducción le enseñaban hasta qué punto el significado de una palabra es arbitrario y cambia con el contexto. A la economía le hacían falta las matemáticas que estaban revolucionando todas las demás ramas de la ciencia.

La aproximación matemática a la economía, (llamada “aproximación inductiva”) tenía partidarios, pero era despreciada por la escuela clásica y muy especialmente por Adam Smith. Algunos economistas, como por ejemplo William Stanley Jevons, habían compilado series de valores económicos, estudiando polvorientos registros centenarios. Tenían series que para algunas localidades abarcaban más de un siglo, con los precios de diversos productos en los mercados semanales, las rentas de los hogares, la población, etc. Jevons y los economistas inductivos confiaban en que hallarían regularidades en esas series de números y que podrían describirlas con fórmulas, tal como había hecho Kepler con las observaciones de Tycho Brahe. El plan de Jevons era describir las variaciones en los precios como una estructura de diversos ciclos superpuestos y después averiguar a qué respondía cada ciclo. Si lo lograba, podría predecir los valores futuros de las series tal como Newton había predicho la altura de las mareas. Jevons encontró muchas formas de descomponer las series en ciclos de diferente longitud de onda y conjeturó muchas explicaciones para cada ciclo, pero nunca logró nada sólido.

Marshall estaba de acuerdo con los economistas de la escuela clásica en que este método de recopilar series de cifras y analizarlas en abstracto no daría resultado. Se había intentado en otras disciplinas como la meteorología o el magnetismo terrestre y no había llevado a ninguna parte. Joseph Fourier había demostrado que cualquier curva, por loca que parezca, puede ser aproximada por una suma de sinusoides regulares. Esto garantiza que cualquiera que busque ciclos en cualquier serie los va a encontrar, y podrá después inventarse la explicación que quiera para cada uno. Para Marshall la verdadera ciencia funcionaba al revés. Primero había que crear un modelo matemático, luego estudiar la relación entre sus variables, y finalmente aplicar valores reales para ver si funcionaba. Kepler había encontrado su fórmula porque intentaba encajar las mediciones reales de Brahe en el modelo de sistema solar de Copérnico. Antes de medir nada hacía falta un modelo *matematizable*.

Mientras daba vueltas al problema, Marshall leyó un libro muy corto pero que resultó determinante para fijar definitivamente el marco epistemológico con el

que trabajaría. Se trataba de *Recherches sur les principes mathématiques de la théorie des richesses*, escrito en 1838 por Augustin Cournot. La mayor parte de las matemáticas que conocía Marshall habían sido elaboradas por franceses o por extranjeros residentes en París. Muchas naciones europeas habían contribuido al avance del análisis matemático, pero ninguna como Francia. Durante el siglo XVIII se había ido construyendo una tradición que había florecido a caballo entre ese y el siguiente siglo. Una enorme proporción de las herramientas matemáticas utilizadas por los ingenieros y científicos contemporáneos de Marshall llevaba apellidos franceses. Cournot era amigo de Dirichlet (que había dado nombre a una docena y media de celeberrimos objetos matemáticos) y asistía con él a conferencias impartidas por Laplace, una leyenda de la talla de Euler y Leibnitz. Su protector había sido Poisson, otro nombre familiar para quien se adentraba en el país de la alta matemática. Cournot opinaba desde el pedestal de Cauchy, Legendre o Fourier, y a ojos de Marshall era una autoridad científica incontestable.

En su libro, Cournot deploraba el poco uso que se hacía de las matemáticas en la «ciencia económica» y desmontaba la falacia de que, si no era posible poner valores concretos a los resultados de las ecuaciones, éstas resultaban inútiles. Conocer las relaciones entre los movimientos de las variables era muy valioso porque permitía caracterizar la estructura del mecanismo económico. La creación de un modelo matemático congruente a priori era la forma científica de sistematizar la toma de datos. Las variables observables podían ser puestas en relación con las no observables, al igual que los astrónomos deducen la posición en tres dimensiones de los planetas de las lecturas bidimensionales de sus coordenadas en el cielo.

Tras esta introducción metodológica, Cournot dedicaba cada capítulo a un excursus algebraico sobre un tema económico concreto. El más brillante es el que estudia el duopolio (un mercado en que sólo hay dos oferentes), donde a partir de una sencilla reflexión sobre la aproximación al equilibrio en pasos sucesivos construye un elegante sistema de ecuaciones diferenciales. Sin escribir un solo valor numérico ni postular más que un puñado de supuestos muy razonables, Cournot halla el precio y las cantidades que producirá cada empresa cuando la situación llegue al equilibrio, es decir, cuando variar deje de ser rentable a ambos oferentes, un precedente claro de los métodos de inferencia que utilizaría Marshall y una referencia seminal al equilibrio como estado natural del sistema.

Alrededor de la época en que Marshall leía a Cournot, le fue asignada una sustitución en un curso de economía política, no sabemos si a iniciativa suya o por pura casualidad. Marshall aceptó impartir la asignatura durante un año, pero insistió en que él no era economista, seguramente porque a esas alturas esa palabra para él era sinónimo de «analfabeto matemático». A todos los que

le preguntaban si pensaba dedicarse a la economía les contestaba que en ese país él era un visitante que deseaba volver a casa cuanto antes. Pero lo cierto es que el problema moral de la pobreza le creaba un imperativo del que no sabía desprenderse. Se compró un cuadro que representaba un mendigo tirado en una acera y lo colgó en su habitación para que le recordara la existencia de los pobres. Su tradición familiar religiosa le impregnaba de un sentido de misión que lo fue arrastrando hasta que tomó la decisión de consagrar su vida a convertir la economía en una verdadera ciencia que pusiera fin a la pobreza. Al principio había pensado escribir una serie de monografías sueltas al estilo de Cournot, pero cuando había escrito unas cuantas, decidió acometer una obra mucho más ambiciosa que refundara la economía política sobre cimientos analíticos matemáticos tal como los *Principia* de Newton habían refundado la física.

2. Un nuevo comienzo

La primera parte de la tarea era modelizar la economía utilizando unos elementos abstractos que representaran a los actores reales. Newton había estudiado el comportamiento de los cuerpos celestes abstrayéndolos como objetos puntuales cuya única magnitud era la masa, y cuya única relación entre sí era la distancia. En ese mismo momento, James Clerk Maxwell estaba modelizando los fluidos a base de considerarlos formados por partículas iguales entre sí cuya única magnitud relevante era la velocidad, entendida como energía cinética. Muchos científicos criticaban esta aproximación alegando que las partículas que formaban cada tipo de fluido debían ser diferentes, ya que los fluidos en sí eran diferentes. De hecho, todavía no había ninguna prueba de que los fluidos no fueran continuos o no estuvieran formados por muchos tipos de partículas con cualidades elásticas diferentes. Si el modelo funcionaba, consagraría la existencia de esas partículas iguales, por muy anti intuitiva que resultara la idea. Al igual que Maxwell describía la temperatura de un cuerpo como epifenómeno de la agitación de sus moléculas, Marshall buscaría caracterizar las grandes variables económicas como epifenómenos del comportamiento individual de unos individuos genéricos abstractos e iguales entre sí. Si para Maxwell la velocidad de cada partícula individual era irrelevante e imposible de calcular, para Marshall el comportamiento de cada individuo no importaría sino como parte del agregado social. Adicionalmente, el ejemplo de Maxwell reforzaba la metodología basada en suponer que hay un estado de equilibrio al que tiende el sistema y que por tanto basta calcular cuál es para conocer el comportamiento futuro del sistema.

Para construir su individuo abstracto *matematizable*, Marshall partió de las ideas de Jeremy Bentham. Frente al modelo de comportamiento humano que presentaban muchos moralistas en el que la creencia en Dios era lo único que

evitaba al hombre caer en el pecado y la depravación, en el utilitarismo de Bentham la búsqueda del placer conducía también a la virtud porque la naturaleza humana era virtuosa. Estas ideas tenían una gran difusión y marcaban el abandono progresivo del deísmo entre los intelectuales victorianos. Lo que llamó la atención a Marshall es que, a diferencia del modelo deísta en el que el comportamiento requiere dos variables, placer y represión, para Bentham el comportamiento humano estaba guiado por un solo impulso. El utilitarismo era una teoría moral que especulaba sobre la naturaleza humana y no tenía ninguna pretensión de ser la base de un razonamiento económico. Sin embargo, Marshall halló en el utilitarismo una implicación lógica muy útil para sus propósitos: si el individuo puede guiarse por su preferencia por el placer es que puede clasificar sus comportamientos futuros en función de la satisfacción que le producirán. Si los planetas de Newton caían unos hacia otros, los individuos abstractos de Marshall buscarían obtener la máxima "utilidad". El axioma implícito al utilitarismo de que eran capaces de discriminar entre las diversas opciones que les eran ofrecidas garantizaba que su comportamiento fuera unidireccional, y que fuera posible construir un conjunto ordenado, precisamente lo que se necesitaba para realizar la analogía con el plano y la recta real que implicaba el tipo de matematización que buscaba Marshall.

Puesto que buscaba describir la economía, estudió cómo esa búsqueda de utilidad de cada individuo se relacionaba con su deseo de adquirir bienes. Ahora ya tenía un modelo, y por tanto podía trabajar en términos matemáticos, considerando las variaciones de estas dos magnitudes como una curva sobre el plano. Parecía claro que la curva sería creciente porque, por construcción, cuanto más cantidad, más satisfacción. Pero Marshall se dio cuenta que la satisfacción no crecería igual en toda la curva. Una persona que hubiera cruzado el desierto y llevara un día entero sin agua obtendría mucho placer de las primeras gotas que le dieran. Luego seguiría obteniendo placer, pero cada vez menos. Finalmente, llegaría un momento en que no querría más agua porque el agua adicional no le proporcionaría placer alguno. Es decir, la satisfacción adicional de cada gota disminuye hasta que llega a cero y la persona rechaza el agua. En términos geométricos, la curva empieza con una pendiente muy fuerte que va disminuyendo hasta que se aplanan y se llega a un máximo desde el que solo se puede descender, porque si se sigue proporcionando agua esta le causa al individuo displacer y, por tanto, la utilidad acumulada disminuye. Si en lugar de regalarle el agua se la vendemos, ¿cuándo dejará el individuo de comprarla? La respuesta evidente es que seguirá comprando agua hasta que la satisfacción adicional por la siguiente gota sea menor que el displacer de desprenderse del dinero. En términos matemáticos, comprará agua hasta que la utilidad que le proporciona la gota adicional iguale al precio.

Refinando un poco más el modelo, Marshall estudió el caso en que al individuo se le ofrecen dos bienes, como por ejemplo agua y comida. La tasa a la que el individuo cambiará agua por comida variará según la disponibilidad de dinero que tenga. Si tiene poco lo gastará todo en agua, pero si tiene más querrá también comida en una proporción que determina unas curvas sobre el plano llamadas curvas de indiferencia. Para cada importe a disposición del individuo, éste buscará maximizar su utilidad. Si suponemos cantidades crecientes de dinero y marcamos los puntos que representan los óptimos para cada cantidad, trazaremos sobre el plano una curva que no es otra cosa que la curva de demanda individual. Sumando todas las curvas de demanda individuales de todos los habitantes de un país, era posible obtener la curva de demanda agregada. El modelo de Marshall permitía nada menos que definir la demanda de bienes y servicios para toda la economía.

Una vez determinada la relación entre el precio y la cantidad demandada por los consumidores, debía ahora definir analíticamente la curva de oferta. Razonó de forma análoga como lo había hecho con la demanda, y afirmó que, igual que un consumidor saca cada vez menos utilidad de un producto, el dueño de una fábrica obtenía cada vez menos rendimiento a medida que usaba más y más materia prima. Cuando la fábrica estaba parada, las primeras libras de materia prima serían muy productivas. Pero, a medida que la capacidad de producción se fuese saturando, aparecerían cuellos de botella que causarían pérdidas de material. El dueño de la fábrica añadiría más materia prima hasta que el aumento de una unidad más no repercutiese en un aumento de producción que lo compensara. La cantidad de materia prima que utilizaría sería aquella tal que el rendimiento marginal de la última unidad igualase al coste (es decir, el precio unitario de la materia prima). Marshall podía construir también la curva agregada de oferta. Cuando la dibujaba en un mismo diagrama que la curva de demanda, obtenía una representación gráfica del punto de equilibrio. Este era el lugar geométrico en que la economía estaría en equilibrio, produciendo lo necesario para ser consumido, a unos precios que satisfacerían a todos los participantes en el mercado. El gráfico donde se muestran las curvas de oferta y demanda se convertiría en el emblema de la economía *marshalliana*.

Satisfecho con su modelo, Marshall se dispuso a escribir su *opus magnum*, que se llamaría *Principles of Economy* para emular los *Principia Mathematica* de Newton. Por fin, la sociedad dejaría de estar a merced de las fuerzas oscuras y desconocidas que creaban las crisis de demanda, los pánicos bancarios, la pobreza crónica y todo el resto de desastres que caracterizaban a la “ciencia sombría”, uno de los sobrenombres de la economía.

3. Decepción

Marshall se debió dar cuenta muy pronto de lo artificioso e inútil de su modelo. Durante veinte años luchó por ampliarlo y sofisticarlo para que los resultados pudieran compararse con observaciones en el mundo real, pero el resultado fue bastante pobre. Se sabe que no estaba satisfecho con lo que iba escribiendo porque lo discutía a menudo con sus alumnos y estos lo veían dudar y cambiar de opinión, más frustrado cada vez. Especialmente problemática le parecía la modelización de la función de producción, que efectivamente sería refutada en innumerables ocasiones, como por ejemplo en “el debate de los dos Cambridge” a mediados del siglo XX cuando Joan Robinson demostró su absurdidad intrínseca.

Es posible, hasta cierto punto, aceptar que un consumidor puede consumir cualquier combinación de bienes, variando la cantidad de cada uno atendiendo a los cambios en el precio y a la utilidad (placer) que le reporte el consumo de cada uno. En cambio, un ingeniero que dirige una fábrica que produzca un bien concreto carece de ese margen para sustituir unos factores por otros. Como mucho puede variar las cantidades adquiridas de materia prima para regular la cantidad producida del bien, pero está claro que no puede cambiar la proporción entre unas materias primas y otras. Además, el modelo no distingue entre capital fijo y capital variable, ni tiene manera de expresar las variaciones de stocks. La conclusión evidente es que las funciones matemáticas “continuas y derivables” que requiere el cálculo infinitesimal no podían modelizar el comportamiento real de las fábricas.

La intención de Marshall de hacer un libro completamente científico en sentido de que todas sus proposiciones fueran de índole matemática se fue torciendo hasta frustrarse completamente. El resultado final fueron páginas y páginas del tipo de prosa que tanto había odiado en sus antecesores. Sus matemáticas son de un nivel infinitamente superior a las de Ricardo o Adam Smith y en los *Principles of Economy* el álgebra es la protagonista de los momentos estelares, pero el libro no gira sobre ella. Lo que da unidad al libro son largas disquisiciones salpicadas de notas, excepciones y puntualizaciones. A diferencia de muchos de sus seguidores durante el siglo y medio siguiente, Marshall tuvo la honestidad científica de renunciar al exceso de modelización cuando eso le alejaba de la realidad, y convirtió los diagramas en consecuencias de la prosa, lo contrario de lo que había pretendido.

Parte del desconcierto que sufrió durante la redacción del libro se puede relacionar con la crisis económica de 1873, que se desató cuando apenas había empezado a escribir. Aún hoy, esa crisis se puede considerar como la más larga y profunda de todas las que han sucedido desde que la economía dejó de estar gobernada por el ciclo de las cosechas. En pocos meses cerraron 10.000 empresas solo en Estados Unidos, enviando al paro a millones de trabajadores. Pero lo que resultó más llamativo fue su duración: veinte años

después, cuando Marshall por fin publicó su libro, los precios aún estaban cayendo. Un bien comprado en 1873, en 1890 valía menos de la mitad. El modelo de Marshall no podía explicar qué estaba pasando o qué había que hacer para solucionarlo. La explicación de los economistas no-matemáticos que Marshall había despreciado seguía los parámetros clásicos. El descubrimiento de oro en Australia y California en la década de 1850 había creado dinero que no tenía respaldo real porque aparecía de la nada (de las minas). Esto había producido una “falsa prosperidad” que había hecho que tanto los bancos como los gobiernos hubieran incrementado el efecto poniéndose ellos mismos a crear dinero (los bancos dando crédito al descubierto y los gobiernos imprimiendo billetes). Cuando, en 1870, se habían agotado las minas de oro y éste había dejado de fluir, la economía había vuelto a su “nivel natural”. Eso había hecho que también el “dinero falso” (sin respaldo) creado por los bancos y los gobiernos se destruyera, haciendo el escalón a bajar aún más alto. Así que, en realidad, no había habido ninguna crisis sino solo una vuelta al nivel real tras unos años de falsa prosperidad. Y no faltaban los economistas que decían que los precios no estaban bajando, sino que era el oro el que subía, por lo que la deflación era tan solo la percepción incorrecta de un fenómeno intrascendente. En definitiva, se imponía una vez más el blablablá que tanto le había ofendido en su juventud.

A medida que la depresión y la deflación se prolongaban, Marshall se sintió más y más interpelado a dar respuesta. Intuitivamente, se dio cuenta que el dinero financiero era una mercancía extraña que no encajaba en su modelo. Algunos actores económicos podían crearlo a voluntad, y cuando se destruía no dejaba ningún rastro. Pero aquí Marshall llegó a su límite como científico. En lugar de analizar la naturaleza del dinero financiero (es decir del dinero en general, porque la materialidad del oro es ilusoria), se apuntó a la tesis de que el mercado de dinero “distorsiona” el resto de mercados porque los operadores “se comportan mal”. La típica verborrea clásica a base de juegos de palabras y apelaciones morales.

El fracaso de su proyecto no hizo que Marshall perdiera la fe en la aplicabilidad de las matemáticas a la economía. Pensó que él había establecido los fundamentos y que quedaba para la siguiente generación continuar construyendo sobre ellos. Aceptó que mientras la economía científica, es decir matemática, no estuviera en condiciones de ofrecer una descripción del mecanismo interno de los procesos económicos habría que conformarse con el tratamiento empirista, sintomático y aproximativo que habían practicado los economistas desde tiempo inmemorial.

A pesar de la decepción de Marshall con su propio proyecto, sus contemporáneos saludaron los *Principles of Economy* como si Marshall fuera realmente el Newton de la economía. La elegancia de las demostraciones y la

sofisticación del aparato matemático causaron sensación entre los economistas, la mayor parte contables o moralistas en la estela de Stuart Mill. Llegaron noticias de académicos que estaban construyendo modelizaciones parecidas. Carl Menger en Viena, capital entonces del Imperio austrohúngaro, León Walras en la ciudad suiza de Lausanne, así como varios autores más habían tenido noticia del libro de Cournot y habían desarrollado sistemas parecidos al de Marshall con pequeñas diferencias de nomenclatura. El propio Jevons había abandonado sus series de números para volcarse en un análisis teórico similar al de Marshall. Este fenómeno de científicos trabajando de manera independiente en un problema y llegando a conclusiones similares era muy conocido en las ciencias físicas, y era un excelente augurio de que todos estaban en el buen camino. En este caso, sin embargo, era producto de que todos compartían las mismas limitaciones conceptuales.

Contra su propia intención inicial, Marshall había creado una poderosa justificación científica de la necesidad económica de la pobreza, y muy especialmente de la conveniencia de mantener los salarios en el nivel de la mera subsistencia (la “Ley de Hierro” ricardiana). En su búsqueda de una modelización de los procesos económicos, Marshall había acudido fatalmente a la astronomía de Newton y a la física molecular, introduciendo en su modelo la metáfora del equilibrio como estado estacionario y por tanto “natural”. Para que en su modelo existiera ese equilibrio, los salarios y el dinero debían funcionar como las demás mercancías. Las consecuencias eran salarios de subsistencia y el patrón oro. Marshall había sustituido el imperativo moral de mejorar la felicidad de los más desfavorecidos por un imperativo quasi físico de garantizar el “equilibrio natural” del sistema, asociando este equilibrio a una eliminación de las “interferencias” (como, por ejemplo, los sindicatos o las leyes laborales). Marshall había creado una religión laica que justificaba científicamente el mundo que había querido cambiar.

29/9/2021

El extremista discreto

El Lobito **¿Te acuerdas?**

Supe que mi padre iba a visitar a mi tío, Feroz, y comprendí que era mi ocasión. Me adelanté a ver a mi tío llevándole una botella de jerez dulce y un queso semiseco —para ablandar el corazón de un lobo no hay nada como esta combinación— y cuando me preguntó a santo de qué venía aquello le pedí permiso para grabar su conversación con mi padre. Me miró raro, pero el que yo fuera claramente y por derecho —sabía que no me costaba nada ponerle disimuladamente una grabadora, como un ministro del interior cualquiera—, consiguió que me dijera que sí.

—No sé qué ganarás con eso —dijo.

—Tengo que hacer un ejercicio de "historia oral" para la Universidad

—respondí—. Parece que eso les mola.

—¿Estás seguro de que tus profes no son de la CIA? —pero no se lo creía ni él; era su modo de expresar desconfianza en la enseñanza universitaria.

—Un poco neoliberales sí que son.

La cuestión es que él mismo puso en marcha el aparatito cuando vio que mi padre se acercaba a su cueva. Con la edad han empezado a llevarse bien. Pero no sé si le avisó de que le estaba grabando. Los hermanos, con sus historias.

Ahorraré el principio de la charla. La cosa empezó a ponerse chula cuando llevaban la botella de jerez dulce más que mediada.

—¿Te acuerdas de cuando dijeron que Oswald había matado a Kennedy?

—Este queso está muy bueno —decía mi papi—. ¿Te acuerdas del "Otan, de entrada no"?

—¿Y de cuando González prometió que no estaríamos en la estructura militar de la Otan?

—¡Amenazó con dimitir! Pero ganó su referéndum, el muy farolero.

—¿Te acuerdas de la ley de objeción? Feliponcio proponía que la Administración juzgara la moral de los objetores.

— Con permiso del Tribunal Constitucional. Pero el tiro les salió por la culata.

—¿Y de los Gal? De las cloacas de González.

Habían liquidado el jerez pero no el queso. Mi tío sacó un Remelluri reserva de su colete.

—C... ¡Bienvenido! —dijo mi papi.

—¿Te acuerdas de cómo le gustaba a Aznar poner los pies encima de la mesa como Bush?

—¿Eso fue antes o después del 11 de septiembre de 2001?

—¿Te acuerdas de la gente que se tiraba para no morir quemada? ¿Y de la misteriosa desintegración en 6 segundos del Edificio 7 del WTC?

—Claro que me acuerdo.

—No han juzgado a nadie por aquello.

—¿Qué quieres decir?

—Los americanos juzgaron a Tojo y compañía y los colgaron. Juzgaron a los nazis en Nüremberg y los colgaron. Pero por el 11 de septiembre no han juzgado a nadie en un juicio con garantías.

—No. Apresaron a Bin Laden, lo mataron y ni siquiera nos enseñaron una foto de su cadáver. En cambio la foto del cadáver del Che la difundieron por todo el mundo. Sólo nos mostraron una foto de Obama, la Clinton y compañía mirando algo que a nosotros tampoco nos han enseñado nunca. Pero habían montado Guantánamo.

—Tortura ultramoderna y tradicional. Rock a toda leche y tortura del agua.

¿Eso venía de la Inquisición?

—*Waterboarding*, la llaman. Tortura legalizada. Bush declaró una guerra universal al terrorismo y acabó con el Derecho de Guerra internacional.

Se quedaron en silencio unos momentos y aprovecharon para liquidar el Remelluri.

—Y vino la guerra de Afganistán —dijo mi padre—. Contra los mismos a los que habían armado contra los rusos.

—¿Te acuerdas del trío de las Azores?

—Y la guerra contra Iraq. ¿Te acuerdas de Colin Powell en el Consejo de Seguridad de la ONU? ¿De las armas de destrucción masiva y de la imaginaria alianza entre Saddam y Al Qaeda? Saddam ni tenía ya las armas químicas que los americanos, que las fabrican, le habían regalado para su guerra contra Irán.

—¿Te acuerdas de Abú Ghraid?

—Y Aznar envió soldados españoles a Afganistán y a Iraq.

—¿Te acuerdas del Yak 42?

—¿Del exquisito respeto de Trillo con los restos de los militares?

—Eso ¿fue antes o después de los hilillos de plastilina de Rajoy?

—Antes de los atentados de los trenes en Madrid, que fue el 2004.

—Y que Aznar se empeñó en decir que eran de Eta para no perder las elecciones... que perdió.

—Zapatero no duró mucho y los peperos volvieron a ganar. Con Marianito el Impertérito. ¿Te acuerdas del Ave a La Meca

—Me acuerdo de Navantia. España vendiendo armamento a los saudís o saudíes...

—¿Te acuerdas —ihip!— de Corina y el elefante?

Estaban ya con los botes de Heineken que mi tío había sacado después del Remelluri. Sin unas míseras patatas fritas.

—¿Sabes que te digo

—¿Que a todo cerdo le llega su san Martín

—Ojalá. Que lo de Afganistán no ha servido para nada.

—..put..... da.

—Mezclar es lo que tiene.

—Pero *in vino veritas*, hermano (aquí se abrazaron).

—Lo aguantaron todos: Zapatero, Rajoy, y éste, hasta que los yanquis mandaron parar...

—¿Siguen *nuestras fuerzas armadas* en Iraq —mi padre, con retintín—, *en su base Gran Capitán?*

—¿Será por las cuentas? Porque todo eso sale caro. No lo sé.

—¿Dónde más *se despliegan?*

—¿En Turquía? Ya ni me acuerdo... Oye, vuelve cuando quieras, que yo... —Y mi tío Feroz empezó a roncar suavemente—*Unos mandaos*, dijo entre sueños.

Sería por mezclar, que el Remelluri no hace daño.

24/9/2021

De otras fuentes

Rafael Poch de Feliu

Afganistán, dos retiradas

Moscú y la enmienda de su fatal error

Hace más de 30 años, en mayo de 1988, las tropas soviéticas iniciaron su retirada de Afganistán. Aquella operación duró nueve meses y al lado de la caótica espantada de Estados Unidos y sus vasallos de este agosto de 2021, fue una operación impecable.

* * *

En mayo de 1988 hacía tres meses que me había estrenado como corresponsal en Moscú. Mi condición de novato y falta de experiencia fue uno de los motivos para que me incluyeran entre los contados periodistas extranjeros autorizados a presenciar aquello por el departamento de información del Ministerio de Exteriores de la URSS que dirigía Genadi Gerásimov.

En Kabul los aviones aterrizaban lanzando señuelos térmicos para desviar posibles misiles tierra-aire de la guerrilla. Vista desde la altura de la fortaleza de Bala Hissar, la ciudad de color gris bajo un cielo de cegadora claridad y con un horizonte de cumbres nevadas se divisaba al completo. En primer lugar la gran avenida comercial Djada-e-Maiwand, que concentraba el grueso del tráfico rodado, cortando un universo de casas de ladrillo gris y adobe sin agua corriente, un inextricable laberinto de callejones y bazares repleto de motocicletas y burros, con el río a la izquierda, que era una cloaca a cielo abierto, la gran mezquita Pul-e Jesti al frente y el “microrayon”, el barrio moderno construido por los soviéticos y residencia de funcionarios, al fondo. En el bazar llamaba la atención la autenticidad de los productos artesanales de una sociedad atávica que a diferencia de Pakistán aún no sabía trabajar sin calidad. Un tipo que llevaba pistola me acompañaba en mis paseos por la ciudad.

Cada tarde, sobre las seis los sistemas de fuego en salvas soviéticos lanzaban su cortina de obuses hacia Parmon y Chakari, desde la base de Bagram. Duraba quince minutos. Luego se hacía el silencio y volvían a oírse los trinos y gorjeos de los pájaros sobre la ciudad al atardecer.

El régimen afgano y sus aliados controlaban todas las ciudades y las vías de comunicación entre ellas, lo que no impedía crónicos atentados y emboscadas. Tuve la suerte de ser uno de los cuatro europeos en participar,

montado en un tanque, en el primer movimiento de aquella retirada, entre Jalalabad y Kabul. Fue un operativo impresionante, 1.300 hombres y 300 vehículos blindados (BTR) y camiones que formaban un convoy de cinco kilómetros y tardó nueve horas en recorrer los 150 kilómetros entre Jalalabad y la capital. Las gargantas del río Kabul estaban jalonadas de blindados y vehículos destrozados por las explosiones y despeñados en los barrancos dando fe de la virulencia de los combates allí librados. De vez en cuando, al borde de la pista, una tumba con un nombre en caracteres cirílicos y la hoz y el martillo. En Jalalabad miles de mujeres y niños lanzaban flores al paso del convoy, entre pancartas glosando la amistad soviético-afgana. Todo muy organizado. Y lo más importante de aquella impecable organización eran los pactos subterráneos de los militares soviéticos con los grupos guerrilleros para que no actuaran durante la retirada. Funcionó bien. A lo largo de nueve meses apenas hubo incidentes.

Sin plan en un avispero

La decisión de intervenir militarmente en Afganistán se había adoptado de forma secreta en una reunión del Politburó del PCUS a finales de 1979. Para entonces hacía ya cinco meses, desde julio, que Washington financiaba y organizaba a los guerrilleros con 500 millones de dólares. Fue una decisión inusual, sin la menor consulta ni asesoramiento de expertos del Ministerio de Exteriores ni del departamento analítico del KGB. La preparación corrió a cargo del Estado Mayor del Ejército pero no había un plan claro y concreto sobre los objetivos que la intervención debía cubrir. ¿Cómo se pudo llegar a tal disparate?

Desde el derrocamiento de la monarquía en julio de 1973, Afganistán había entrado en un periodo convulso y turbulento. Hasta la entrada de los militares soviéticos en diciembre de 1979, durante seis años se sucedieron las intrigas, los complots, los golpes de estado o las intentonas, con frecuentes asesinatos de dirigentes. En 1979, los sectores del Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA) que habían sido purgados del poder, la facción "Parcham" ("bandera"), bombardearon durante meses con informes exagerados sobre la situación en el país a sus amigos de Moscú. Los "Parcham" eran los más cultivados y sofisticados del partido, gente de ciudad, algunos incluso con conexiones familiares con la familia real. Sus informes decían que sus adversarios y ex camaradas de la facción "Jalk" ("masas") los estaban exterminando, encarcelando, torturando y fusilando. Por supuesto que había purgas y represión de adversarios, pero mucho menos (para parámetros afganos) de lo que clamaban los "Parcham". Su líder, Babrak Karmal, no había sido eliminado, sino enviado como embajador a Checoslovaquia, igual que muchos otros de sus compañeros. Todos ellos mantenían relaciones e influencias en Moscú y las cultivaban contra sus adversarios en Kabul.

“Parcham” y “Jalk”, las dos fracciones del PDPA, habían llevado a cabo conjuntamente el golpe de estado que derribó el régimen republicano del Príncipe Mohamed Daud en abril de 1978, con el objetivo de modernizar un país anclado en el siglo XVIII, vía reforma agraria, instrucción y emancipación femenina, como se explica en [este magnífico artículo](#). Cinco años antes, Daud había derrocado a su vez la monarquía de su primo, el rey Zahir Sha, con cuya hermana Daud estaba casado, aprovechando las vacaciones del rey en Italia. El príncipe fue asesinado a su vez por los golpistas “comunistas” de abril del 78, y el nuevo hombre fuerte del momento, primer ministro y líder de los “Jalk”, Jazifullah Amin, emprendió entonces la purga contra los “Parcham”. Año y medio después, en septiembre/octubre de 1979, Amín asesinó al Presidente Nur Muhamed Taraki, fundador del partido.

Como siempre en Afganistán, esta pelea sin fin tenía también una lectura étnica y social. Los “Parcham”, por ejemplo solían ser darí-parlantes, dialecto del farsí, la lengua culta del país, independientemente de que fueran de etnia tadyica o pashtún. Los “Jalk”, solían ser pashtunes de etnia y lengua, más vinculados al universo tribal y frecuentemente de provincias, principal cantera nacional de lo que el inolvidable Ricardo Ortega Fernández definió como “descerebrados”.

Amín era un tipo orgulloso y despótico que no se dejaba aconsejar por nadie y que colocó a sus íntimos más fieles en los puestos de confianza. Había estudiado en Estados Unidos y sus adversarios de “Parcham” lo presentaban en Moscú poco menos que como un hombre de la CIA, lo que no era cierto. Decían que Estados Unidos le había regalado un DC-9 que por su tamaño solo podía aterrizar en dos aeropuertos del país... Con toda esa música rondando, tras la eliminación de Taraki en Moscú constataban que ya no tenían a nadie de confianza en Kabul.

Vértigo en el Kremlin

La URSS nunca había pretendido dominar Afganistán, el primer país del mundo que reconoció al régimen soviético tras la Revolución de Octubre de 1917, pero no se imaginaba la perspectiva de tener en Kabul por primera vez desde entonces un régimen hostil, o por lo menos que no la tuviera en cuenta.

“Por primera vez desde los años veinte, con Amín se presentó la perspectiva de que en Afganistán un régimen dejara de tener buenas relaciones y pudiera hacer el juego a los adversarios de la URSS, el peligro era remoto pero los enemigos de Amín lograron engañar a Moscú a ese respecto”, me explicó muchos años después el teniente general Nikolai Leonov, jefe del departamento analítico del KGB.

Fue así como Moscú llegó a la improvisada y no asesorada conclusión de que había que eliminar a Amín. En diciembre, en vísperas de la intervención militar soviética, un comando de fuerzas especiales del KGB asesinó a Amín.

En una conversación mantenida en el interior de un taxi en la ciudad de Tashkent, un miembro uzbeko de aquel comando me explicó, en mayo de 1989, los pormenores de aquella operación. Se seleccionaron soldados de las tropas especiales del KGB de las repúblicas centroasiáticas que pudieran pasar por afganos. Antes de tomar por asalto el palacio de Amin (Tajbeg), alguien puso narcóticos en la comida del presidente. Su cuerpo lo sacaron envuelto en una alfombra, mientras otras unidades soviéticas ocupaban los puntos neurálgicos de Kabul. Aquel mismo día el 40 ejército soviético entró en el país por varios puntos de la frontera con las repúblicas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tadyikistán. Lo hizo con todas sus armas, incluidos los misiles tácticos, como si acudiera a la tercera guerra mundial, una torpeza que obviamente alarmó a los americanos.

Un desastre inexorable

La improvisación, la ignorancia y una altanera confianza en su potencia, presidieron aquella entrada. Como detalle, las ametralladoras y cañones de los blindados soviéticos no tenían mas que treinta grados de alzada, lo que los hacía impotentes para el combate en los desfiladeros de un país montañoso. Para poder responder al fuego que les llegaba desde las alturas, los blindados tenían que arrimarse a un promontorio para lograr un ángulo de tiro adecuado...

La emboscada típica tenía por escenario los angostos valles y desfiladeros del país sin apenas margen para la maniobra de tropa mecanizada. El primer bombazo era para el vehículo que abría el cortejo. El segundo contra el último. Con el convoy inmovilizado se aniquilaba a continuación al resto de la fuerza. Con el tiempo los convoyes iban protegidos por aviones o helicópteros de apoyo, pero Washington suministró misiles portátiles tierra-aire Stinger, que aún complicaban más las cosas... Muy pronto se pagó el precio de todo aquel desbarajuste político y militar. Una guerra de casi diez años que insertó a Afganistán en el conflicto Este/Oeste.

Los americanos ayudados por saudíes (entre ellos el luego famoso Bin Laden) y pakistaníes formaron, pagaron, armaron y adoctrinaron a decenas de miles de guerrilleros. En Washington la prensa presentaba como bravos "luchadores por la libertad" a los líderes de aquellas bandas lideradas por verdaderos salvajes como Gulbudin Hekmatiar, recibido por el presidente Reagan en la Casa Blanca. La nueva derecha parisina representada por estrellas mediáticas como Bernard-Henri Lévy y una cohorte de periodistas que aún colea y se ha

reciclado en expertos en yihadismo, entronizaba como héroes positivos a personajes tan oscuros como **Ajmad-Shaj Masud**. Entre 1981 y 1986 pasaron por los campos de entrenamiento para afganos emplazados en Pakistán 80.000 guerrilleros afganos, explica en sus memorias (*The Bear Trap*) Mohammad Yusaf, jefe del departamento afgano del servicio secreto paquistaní (ISI).

Para 1983 las cosas estaban claras para cualquier analista serio en Moscú: la guerra era imposible de ganar. Esa era ya entonces la opinión del vicepresidente del KGB Vladimir Kriuchkov y del propio Mariscal Sergei Sokolov, al mando del contingente. No había plan, ni estaba claro quien dirigía y respondía por aquello en el Kremlin, dirigido por un senil y errático Leonid Brezhnev. En los pasillos de la Lubianka y de Yasenevo, las sedes moscovitas del KGB, ser destinado a Afganistán se consideraba un castigo y al país se le conocía como “Gavnistán” (*Mierdistán*). Pese a todo ello, aun se tardó cinco años en tomar la decisión de la retirada. Cinco fatales años.

La guerra dejó un desastre en primer lugar para el pueblo afgano: 1,3 millones de muertos, tres millones de heridos y más de 5 millones de refugiados y desplazados. Los soviéticos sufrieron 14.500 muertos militares y cerca de 450.000 víctimas diversas, entre heridos, mutilados y aquejados de todo tipo de enfermedades como la hepatitis y el tifus. Perdieron 118 aviones, 333 helicópteros, 147 tanques, 1.314 blindados y unos 13.000 vehículos, además de buena parte de su prestigio como potencia militar.

La memoria de aquella derrota y del inútil sacrificio de toda aquella juventud de reclutas soviéticos fue maltratada en casi todas las repúblicas del enorme país que iniciaba el tumultuoso proceso que conduciría a su **sorprendente autodisolución**. Solo en Bielorrusia se mantuvieron con decoro los monumentos a los caídos en lo que se llamaba “misión internacionalista” de Afganistán. Pero aquella retirada fue un éxito y un ejercicio del buen sentido que inspiraba a Mijaíl Gorbachov, un raro hombre de Estado dispuesto a cambiar las cosas en su país y en el mundo en una dirección de libertad y progreso.

[Fuente: **Ctxt**]

6/9/2021

Rafael Poch de Feliu
Afganistán, dos retiradas (y II)
La espantada del imperio del caos

La espantada de Estados Unidos de Afganistán de este agosto ha sido una debacle sin paliativos, pese a que su contexto y circunstancias eran incomparablemente más favorables que las que rodearon a la exitosa salida de los soviéticos hace 30 años.

* * *

Los soviéticos tenían entonces en contra a una superpotencia que financiaba a sus adversarios con mucho más dinero y medios de los que ellos mismos dedicaban a su ocupación y a su apoyo al gobierno laico y modernizante de Kabul. Estados Unidos no ha tenido a ninguna superpotencia en contra. Más allá de las complicidades tribales al otro lado de la frontera paquistaní, los talibán han luchado, y han ganado, prácticamente solos.

La segunda razón tiene que ver con el entorno geopolítico: en los años ochenta el entorno de Afganistán estaba dominado por potencias hostiles a la presencia militar soviética; desde Pakistán, hasta Arabia Saudí, Irán y China. Hoy, la retirada de Estados Unidos viene rodeada por la voluntad de todo el entorno para que la situación en ese desgraciado país se estabilice. Pese a sus diferentes intereses, la actitud de Irán, Pakistán, China, Rusia, India, por no hablar de las ex repúblicas soviéticas de Asia Central, converge en el deseo de pacificar y estabilizar definitivamente el país.

No sabemos si eso bastará, pero sí que China lo está organizando a través de la Organización de Cooperación de Shanghai, que con diferentes estatus engloba a todos ellos. Hay una fuerte y general voluntad en que todo llegue a buen puerto. Mucho dependerá de la habilidad de China y del interés de los talibán por integrarse en el eje comercial chino de la Nueva Ruta de la Seda, la *Belt & Road Initiative* (B&RI), pero también de la actitud de Estados Unidos.

¿Cuánta energía pondrá Washington en desestabilizar el régimen que le ha humillado de forma tan manifiesta? Como dice [Michael Hudson](#), después de que sucesivos presidentes, desde Carter hasta Obama, crearan y financiaran a Al Qaeda, para luchar por los objetivos geopolíticos de Estados Unidos y por el petróleo en Irak y Siria, “el verdadero miedo de Estados Unidos no es que los talibán resuciten la legión extranjera wahabita de América, sino que lleguen a un acuerdo con Rusia, China y Siria para servir de vínculo comercial desde Irán hacia el Oeste”.

A lo largo de cuarenta años, la acción del imperio del caos en Afganistán ha sido nefasta. Ahora no lo tiene fácil, pero puede seguir siéndolo. Por ejemplo creando una situación “a la siria” que mantenga la inestabilidad del país e impida los planes chinos de corredores comerciales y explotación de sus ricos recursos minerales. Los instrumentos están ahí: el misterioso Estado Islámico

de Jorasán (ISIS-K), los rebeldes tadyicos del Panshir, donde se encuentran el vicepresidente Amrullah Saleh, que fue discípulo de la CIA en los noventa, y el hijo del comandante Masud en busca de padrinos. Pero no será fácil.

Economía de recursos

Otra diferencia fundamental es el propósito último de la actual retirada. En su discurso de finales de agosto, el Presidente Biden lo explicó de forma meridianamente clara: no se trata de acabar con la “*guerra eterna*” que alimenta a su complejo militar industrial y promueve el imperialismo de su “estado profundo”. De lo que se trata es de una economía de esfuerzos:

“El mundo está cambiando, estamos metidos en una seria competencia con China y nos las vemos con desafíos en múltiples frentes con Rusia. Debemos apuntalar la competitividad de América para afrontar esos nuevos desafíos en la competición por el siglo XXI [...] no hay nada que China o Rusia deseen más en esta competición que ver a los Estados Unidos empantanados otra década en Afganistán”. Resumiendo: el desgaste de la *guerra eterna* de Afganistán ya se había convertido en problema para el objetivo principal del siglo que es la guerra con China, Rusia y otros emergentes.

Los chinos son perfectamente conscientes de esta realidad y desconfían profundamente de las intenciones de Estados Unidos. Se sabe que los guerrilleros del Estado Islámico derrotados en Siria y que ahora forman el núcleo del llamado “Estado islámico de Jorasán” (ISIS-K), misteriosamente surgido de repente en Afganistán, fueron aerotransportados desde Siria a remotas zonas de Afganistán cuando la OTAN controlaba el espacio aéreo del país. El propio Hamid Karzai ha mencionado ese oscuro capítulo. Por eso, cuando a finales de agosto el secretario de Estado Antony Blinken telefoneó a su homólogo Wang Yi, pidiéndole “colaboración” en los apuros de la retirada, Wang le dijo que tal cooperación es inseparable del marco general de las relaciones de Estados Unidos con China.

Wang mencionó el hecho de que Washington no considere “terroristas” a los islamistas del movimiento uigur del Turkestán Oriental, mencionó la campaña sobre el “virus de Wuhan” como origen de la pandemia. La desestabilización de Hong Kong, la campaña sobre el “**genocidio**” uigur y los movimientos políticos y militares de Estados Unidos en Taiwán y el mar de China meridional, están ahí. “Estados Unidos no puede perjudicar deliberadamente a China y socavar sus legítimos derechos e intereses por un lado, mientras que por el otro espera apoyo y cooperación de China. Tal lógica nunca ha existido en las relaciones internacionales”, **le dijo**.

De la retirada soviética a los talibán

Sin pretender santificar a la Unión Soviética, las cosas eran muy diferentes en la retirada soviética. El cálculo de fondo de Gorbachov sobre la retirada no tenía que ver con la guerra, sino con la paz. No propugnaba economizar fuerzas para nuevos desafíos bélicos, sino para el desarme en el orden externo y la democratización en el interno. Respecto al clima diplomático, los acuerdos de Ginebra de abril de 1988 abrieron, ciertamente, un marco de negociación internacional favorable para la retirada, pero sin compromiso de parte de Estados Unidos y Pakistán de cesar suministros de armas y dinero a sus protegidos (es decir a los padres generacionales de los talibán). De hecho los incrementaron para sangrar al gobierno de Kabul e ignoraron el principio de no interferencia en los asuntos internos del país, en la confianza de que Kabul caería como un castillo de naipes en cuanto se largaran los soviéticos. No fue así.

Miles de guerrilleros asediaron Jalalabad inmediatamente después de la retirada soviética, en 1989, pero se rompieron los dientes, ante la resuelta y eficaz defensa de las fuerzas de Kabul, ahora ya en solitario. Entonces los paquistaníes compraron a un general, el ministro de defensa del gobierno, Shahnawaz Tanai, para un golpe de Estado en Kabul que fracasó. Hubo que esperar tres años para que el gobierno de Najibullah cayera. Eso solo ocurrió cuando la Rusia de Yeltsin, en pleno idilio con Washington, cortó de la forma más rastrera sus últimos suministros de carburante a Kabul en 1992. Cuando finalmente los mujaidines se impusieron, comenzó la guerra entre ellos. Kabul y otras ciudades quedaron devastadas. Tres años después, los talibán pusieron orden en aquel caos de país. Un orden bárbaro resultado directo de la barbarie sembrada y financiada por Estados Unidos y sus aliados en el atávico pudridero afgano durante largos años. Najibullah se refugió en la sede de la ONU y vivió allí hasta 1996, cuando los talibán tomaron por asalto el edificio, lo torturaron, asesinaron y castraron, colgando su cadáver de una farola. Cinco años después los americanos regresaban a Afganistán en nombre de la guerra contra un terrorismo wahabita que ellos mismos contribuyeron a desarrollar y en nombre de la libertad. Demasiado hasta para una mente informativamente intoxicada.

Mitos y leyendas

En 1979 la explicación de la intervención de Moscú en Afganistán era el mito del *expansionismo soviético*. En la prensa española, analistas de renombre repetían lo que leían en la prensa de Estados Unidos: consideraciones sobre el deseo de los soviets de “mojar sus botas en las cálidas aguas del Océano Índico” y otras memeces (repasen la hemeroteca). En el relato periodístico de entonces, los “buenos” eran, evidentemente, toda aquella banda cruel de bárbaros integristas forrados de dólares y armados por Estados Unidos y sus aliados. La simple realidad es que, con todos sus defectos, Afganistán no ha

tenido un mejor gobierno que aquel liderado por Najibullah en la última etapa. Entonces la mitad de los universitarios eran mujeres, el 40% de los médicos, el 70% de los maestros y el 30% de los funcionarios. Todo eso era entonces irrelevante y “propagandístico” para la misma ortodoxia periodística que hoy hace de la opresión de la mujer afgana y la barbarie que la rodea, el motivo principal de preocupación e incluso de justificación de la intervención militar de Estados Unidos en Afganistán a partir de 2001, olvidando inocentemente que la invasión de Estados Unidos ha dejado centenares de miles de muertos, entre ellos decenas de miles de mujeres y niños.

Las escuadras de la CIA y del ejército han creado centros de detención y tortura, y han llevado a cabo miles de asesinatos extrajudiciales en el país. Desde que la CIA puso pie en Afganistán, el país se convirtió, según la ONU, en el suministrador de **más del 90% del opio ilegal** con el que se fabrica la heroína que circula en el mundo. En 2007, tras seis años de ocupación militar occidental, Afganistán dedicaba más superficie al cultivo de drogas que Colombia, Perú y Bolivia juntos. Después del petróleo y la venta de armas, el narcotráfico es la principal fuente global de ingresos y un tradicional medio de financiación de la CIA. Esta enormidad se ha mantenido en Afganistán durante veinte años, dos décadas, lo que no ha impedido el cuento de la “causa justa” que justificó la intervención: los atentados con aviones de Nueva York y Washington por parte de 19 integristas islámicos, 15 de los cuales eran saudíes y ninguno afgano o iraquí, sin embargo los países invadidos por Estados Unidos fueron Afganistán e Irak, países importantes por el petróleo y por su posición para la contención estratégica de adversarios (China, Rusia e Irán), respectivamente.

Castigo a los reventadores del relato

Quienes con más eficacia y claridad expusieron el absurdo de estos cuentos y mentiras, aportando reveladores documentos y filtraciones al respecto, están hoy en la cárcel, cumpliendo con el objetivo general, definido por el ex director de la CIA Leon Panetta en declaraciones al canal alemán ARD, de “enviar un mensaje para que otros no sigan su ejemplo”. Julian Assange, calificado por Biden de “terrorista tecnológico” (“*high-tech terrorist*”) y cuyo destino es una vergüenza para la izquierda europea, es uno de ellos y lleva recluido la mayor parte de la presente década. El ex diplomático británico Craig Murray, ha sido encarcelado este agosto por ocho meses en lo que tiene toda la pinta de una venganza judicial por su actividad como uno de los más activos denunciantes del escándalo Assange. Un mes antes, en julio, el ex analista Daniel Hale fue condenado a casi cuatro años de cárcel por filtrar 150 documentos sobre el programa de asesinatos extrajudiciales con drones estrenado por Obama y ejecutado desde la base aérea afgana de Bagram.

“Con los drones muchas veces nueve de cada diez muertos son inocentes”, declaró Hale ante los jueces. Sus palabras fueron confirmadas este agosto cuando la acción de un dron americano en represalia por el último atentado contra fuerzas de Estados Unidos en el aeropuerto de Kabul acabó con diez civiles, nueve de ellos de una misma familia incluidos siete niños de entre 2 y 12 años de edad...

Derrumbe súbito

Estados Unidos ha ido dejando **un enorme arsenal** de tanques, aviones y vehículos blindados a los talibán, incluidos sistemas de identificación biométrica (HIIDE) con sus bancos de datos de los que los talibán harán, sin duda, un uso apropiado. La base y centro de detención y tortura de Bagram fue abandonada en una noche sin avisar siquiera a sus aliados. Su gobierno títere y su ejército y fuerzas de seguridad de 300.000 efectivos se ha fundido en una semana y han tomado por sorpresa a los aparatos de inteligencia más sofisticados del mundo. Su presidente huyó a Dubai con 169 millones de dólares en maletas, dejando en el parking dos Toyota cargados de billetes que no hubo tiempo de cargar. Cualquiera de estos asuntos convierte la segunda retirada en una debacle, y uno no puede evitar pensar en qué habría pasado mediáticamente si los protagonistas de tal espectáculo lo hubieran protagonizado los rusos o cualquier otro adversario de Occidente y no los propietarios de la mayor fábrica de mentiras duraderas de la historia. Incluso sin esa ventaja, la pérdida de posiciones para el imperio del caos será cuantiosa.

Oficialmente el gasto de Estados Unidos en la guerra ha sido cifrado en más de 2,2 billones de dólares, pero mucho de ese gasto se ha financiado con créditos, por lo que el gasto público real, lo que se deberá devolver, ascenderá a 6,5 billones contando los intereses. “Siempre pensé que eran los fabricantes de armas quienes promocionaban estas guerras, pero quien sabe, a lo mejor son las instituciones financieras”, dice el analista americano **Juan Cole**.

¿Y España?

Oficialmente España se ha gastado 3.500 millones de euros (*El País* mencionaba 3.700 millones en 2015) en la intervención en Afganistán, es decir, “en expandir las múltiples violencias (directa, estructural y cultural) que ya se padecían antes en Afganistán”, como dice **Juan Carlos Rois** en un raro y clarividente artículo. A ese dinero habría que sumar, como dice ese autor, el valor de las 17.000 toneladas de armas que Aznar donó al ejército y los más de 500 millones gastados en cooperación entre 2001 y 2014. España ha enviado 27.000 soldados de los que 102 murieron en la “operación más larga,

masiva y cara que ha llevado adelante”. Desde Felipe González, dice Rois, los gobiernos del PP y del PSOE (y ahora del PSOE con Podemos) nos han involucrado en nada menos que 91 intervenciones militares en el exterior (actualmente 15), con un coste cercano a los 18.000 millones de euros de gasto y más de 127.000 militares implicados”. ¿Para qué? El ministro de Exteriores español, José Manuel Albares, explicó el domingo su balance afgano en una [entrevista con La Vanguardia](#): “La crisis afgana ha puesto a España en el centro político de Europa”. “Somos solidarios y así lo percibe hoy Estados Unidos”. El pobre hombre no lo podía expresar mejor: “La mayor crisis geopolítica de los últimos años ha dado la justa medida de lo que somos”.

Preguntas

¿Qué habría sido de Afganistán si hace cuarenta años Estados Unidos no hubiera armado y financiado a los guerrilleros integristas, adoctrinados por el fundamentalismo que los amigos saudíes siguen irradiando por todo el Islam desde la Universidad de Medina? ¿Donde estaría el país si hace veinte años Washington hubiera negociado la entrega de Bin Laden con los talibán, o se hubiera limitado a enviar a uno de sus comandos de matarifes, en lugar de invadir el país? No lo sabemos, pero Afganistán se habría ahorrado varios millones de muertos y tendría muchas más posibilidades de haber salido del agujero sin la desastrosa intervención militar extranjera de sus últimos cuarenta años.

[Fuente: [Ctxt](#)]

7/9/2021

Tania Contreras Entrevista a Silvia Federici

Silvia Federici se sienta en el escritorio de su casa en Nueva York para conversar en esta entrevista. El mismo lugar desde donde ha dado charlas y seminarios durante toda la pandemia. A sus 79 años ha sido reconocida en todo el mundo como una de las activistas y pensadoras más importantes del movimiento feminista. Es historiadora, filósofa, profesora universitaria y escritora. En Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria, su libro más difundido, sus palabras apuntan como dardos al corazón que sustenta el sistema capitalista: el trabajo reproductivo y de cuidados que permite sostener la vida, pero que no es reconocido por el capital. Es decir teoriza de cómo las mujeres, principales sujetas de esta labor, han sido condenadas a vivir en la miseria y subordinación por siglos.

Su afabilidad, el “itañol” en voz grave enmarcan una biografía que ha traspasado fronteras y ha trascendido a la academia. Su historia comenzó en la ciudad de Parma en 1942 donde nació y creció en medio de una Italia devastada por la guerra. Luego migró a Nigeria y Estados Unidos.

—Una vez escribí que siempre he sido feminista, incluso de niña sin conocer la palabra –dice la pensadora–. En los años 70 en Italia me encontré con una organización que se llamaba *Lotta Feminista*. Fue en ese periodo cuando comencé a militar en la campaña por el salario de las trabajadoras. Luego me junté con otras mujeres fuera del país.

*En 1972 participó en la fundación del Colectivo Feminista Internacional, organización que lanzó la campaña Wages For Housework que promovía la remuneración del trabajo doméstico. Porque, como ha dicho en otras entrevistas, en la relación matrimonial **la mujer está empobrecida, al menos así comienza el pacto. Este, junto con la recuperación de los bienes comunes, han sido uno de sus principales motores de lucha.***

El activismo político, junto a la experiencia de crecer en una Italia fascista y misógina y el haber presenciado la ofensiva de las empresas extractivistas mientras vivía en África durante los años 80, la posicionan en una línea de pensamiento feminista anticolonial con perspectiva de clase. Federici no rehúye de la inspiración marxista que cruza su trabajo. De joven acudió a las lecturas clásicas de la izquierda; sin embargo, tardó poco en notar que había algo muy importante que se estaba obviando.

—Está claro que la obra de Marx me ha ayudado muchísimo y, al mismo tiempo, con los años he aprendido también que hay cosas que no puedo aceptar. Por ejemplo, siempre se habla de los obreros de la fábrica, de la lucha de clase, y no hay un análisis de la reproducción, del amor, de la familia o de la procreación. Entonces, para mí el movimiento feminista ha sido fundamental porque ha dado luz sobre toda un área de relación de poder y explotación del trabajo de las mujeres que nunca los partidos de izquierda han reconocido —cuenta Silvia Federici al comienzo de esta entrevista—.

—¿Cómo es la relación o confrontación entre el feminismo y el capitalismo?

—Es una relación de antagonismo. Estoy profundamente convencida de que no se puede crear un mundo justo en una sociedad capitalista que está organizada en torno al lucro y que se funda sobre la explotación del trabajo humano. Entonces, el feminismo busca un mundo donde haya un acceso igual a la riqueza social, a la medida de nuestra reproducción y donde el fin sea el bienestar común, la cooperación, el trabajo colectivo.

No creo que eso se pueda lograr con el capitalismo. Han pasado 500 años y tenemos una sociedad donde la gente muere de hambre, donde la naturaleza ha sido destruida, donde hay guerras. Me parece que hoy el mundo es un infierno.

—Respecto del lugar de nosotras en la historia, ¿cree que la situación de las mujeres ha mejorado durante este último tiempo?

—Ha mejorado porque las mujeres han luchado. Ha habido un cambio porque son cada día más las que toman conciencia de la injusticia que gobierna esta sociedad, de que es necesario combatir y unirse. Cuando se lucha con otras mujeres, cuando se decide no aceptar la miseria, la represión y la derrota significa mejorar la vida.

—En medio de esos cambios y zonas grises, ¿se puede decir que el hecho de que llegar al mundo laboral, estar fuera del hogar, mejora completamente la situación de la mujer?

—En algunos casos, pero no es suficiente sobre todo porque es un trabajo explotador, mal pagado, precarizado y que no da autonomía financiera. En segundo lugar, la mujer luego debe regresar a ocuparse de los niños, de los enfermos, de la casa. La mayoría del trabajo de reproducción lo siguen haciendo las mujeres en la noche, en el *weekend*, en la mañana antes de salir. Yo creo que la emancipación no se hace saliendo. Puede dar un poco de autonomía económica, pero no es la solución.

—Respecto de eso y estos tiempos, ¿cuáles cree que deberían ser los principales objetivos del movimiento feminista hoy?

—Hay tantos objetivos para poder crear una sociedad más justa... Uno de los frentes es la lucha contra el capitalismo, contra el Estado, en un proceso de reapropiación de la riqueza social que puede tener tantas formas. Para comenzar, es necesario superar la desvalorización de la reproducción y forzar al Estado, al capital, a comprender que también es su responsabilidad y que esos recursos que se usan en las guerras se deben usar para el sustento de nuestra vida.

Al otro lado de la pantalla, Silvia Federici habla desde una habitación amplia de paredes blancas, simple, donde la mayor parte del espacio está ocupado por libros. Al igual que millones de mujeres en el mundo, ella también tuvo que confinarse a causa de la pandemia y ha tenido que conciliar su actividad académica y política con su vida privada y, en particular, con la enfermedad de su compañero, a quien debe cuidar.

Aun así, a través de la tecnología sigue exponiendo sus ideas en entrevistas, charlas y seminarios. Dice que hoy nuevamente se ha visto cómo el capitalismo intenta resolver sus crisis cargando a las mujeres con más trabajo. Ella lo sabe bien, y no solo por la teoría. Actualmente, confiesa, duerme solo tres o cuatro horas diarias.

—En medio de esta catástrofe mundial, ¿cómo ha afectado la pandemia a las mujeres?

—La pandemia ha hecho muy visible una crisis que las mujeres ya vivían. En los Estados Unidos se habla de 5 millones que han dejado el trabajo externo sea porque tuvieron que regresar a la casa para cuidar de los niños, sea porque muchas veces sus lugares de trabajo les han cerrado la puerta. Todos los problemas de la crisis de reproducción se han intensificado. Ya no tienen tiempo para nada al ocuparse de los niños y también muchas han tenido que realizar en casa el trabajo que antes hacían fuera.

En segundo lugar, el empobrecimiento. Las mujeres viven en una situación muy precaria. Ganan mucho menos que los hombres, la mayoría están endeudadas hasta las cejas. Ahora hay algunas que no pueden pagar la renta, que no saben cómo vivir de un mes al otro.

Tercero, la violencia contra las mujeres se ha incrementado muchísimo. Se habla del 40%. Parece que en todo el mundo el aumento de la tensión en un contexto patriarcal ha hecho que los hombres descarguen sobre las mujeres. Y por la pandemia, es mucho más difícil abandonar el hogar y buscar un lugar que te pueda proteger.

—¿Existe algún otro periodo histórico que se pueda comparar con los efectos que ha tenido la pandemia en las mujeres?

—Si miramos más allá de Europa y los Estados Unidos, podemos ver que a partir de los años 80 se comenzó a desarrollar una forma neoliberal de capitalismo que hizo que en muchísimos lugares se viviera una situación de epidemia constante. ¿Por qué? Porque una de las consecuencias del proceso de globalización y de la imposición de los programas de austeridad del Fondo Monetario Internacional fue el recorte de los servicios sociales, entre ellos la inversión en salud pública, y que los sistemas inmunitarios de las personas se vieran debilitados por la desnutrición.

El empobrecimiento que ha sido necesario para esta nueva reestructuración de la economía global ha producido una explosión de epidemias. En África, por ejemplo, hay muchas: bola, cólera, meningitis. El Zika en América, la gripe aviaria en Asia. Todo esto no es accidental, es una consecuencia directa de los

procesos económicos que creo que se enmarcan en una situación colonialista. Hoy se habla de pandemia porque afecta a Europa y a los Estados Unidos, pero son 20 años de una epidemia tras otra en todo el mundo, con miles de miles de muertos.

—A causa de la COVID-19 se ha transformado la forma en la que nos relacionamos entre nosotros y con el trabajo. ¿De qué manera estos cambios afectan a la sociedad en su conjunto?

—Por ahora se puede ver el fenómeno de Zoom y de la tecnología. Hay aspectos positivos, como que nosotras podamos estar hablando en este momento, pero, por otro lado, creo que el encuentro cuerpo a cuerpo es irremplazable.

El miedo es que exista un universo de empleadores que disfrute de esta nueva modalidad y la utilice para individualizar el trabajo, obligando a la gente a estar aislada en su casa. Este es el sueño del capitalismo: romper la capacidad de los trabajadores de unirse y organizarse colectivamente. Yo creo que esta tecnología es un experimento con el que debemos tener mucho cuidado.

—Durante la pandemia, en Chile se ha visto que han sido las mujeres las que han encabezado algunas formas de organización autogestionadas, como las “ollas comunes”, cuando ni el Estado ni el capital se han hecho cargo de sus necesidades. ¿Por qué cree que ocurre esto?

—No es la primera vez que esto pasa en Chile. Una de las grandes inspiraciones para mi trabajo sobre los comunes, es decir, la organización de la vida de forma cooperativa, la encontré en Chile en los años 80-90. Después del golpe de Pinochet, en un momento de inmensa tragedia y dificultades, fueron las mujeres las que salieron del hogar y empezaron a unirse para comprar cosas juntas y crear ollas comunes en las calles. Creo que hoy se reconoce que fue el primer acto de resistencia a la dictadura porque también permitió la circulación de informes y poder conversar de los problemas específicos de las mujeres.

—En otras ocasiones usted ha dicho que las crisis del modelo siempre son resueltas a costa de las mujeres. ¿Esto también se aplica a la pandemia?

—Creo que en cualquier fase de desarrollo del capitalismo podemos verificar que se intenta resolver la crisis económica a costa de las mujeres, cargándolas de más trabajo, obligándolas a hacerse cargo de todo. Cuando no

hay dinero son ellas las que deben ir a varios lugares a buscar los precios más bajos e inventar cosas para preparar una comida nutritiva. Son las que se preocupan de que no haya conflicto en la casa, y en una situación de crisis económica y política la tensión es fuerte. Toda esa labor emocional también es una parte del trabajo doméstico de reproducción.

Es por esto que Rita Segato, una compañera argentina que ha escrito mucho sobre la psicología, ha dicho que para destruir a una comunidad se mata a las mujeres, porque son el cemento que tiene a la población unida y que permite resolver las dificultades con su afectividad. Pero creo que hoy hay cada día más conciencia entre las mujeres de que el problema no es solamente sobrevivir a las crisis, sino cambiar la sociedad y crear un nuevo entramado en la comunidad.

—En su opinión, ¿cómo cree que se debería reconstruir este mundo post-pandemia?

—Creo que debemos aprender de lo que la pandemia nos ha enseñado y, también, de lo que se ha hecho para responder a ella. Hemos aprendido que esta sociedad no puede reproducirnos porque crea enfermedades. La pandemia no sale de la nada, sale de una sociedad completamente destructiva.

En segundo lugar, hemos visto que se han organizado muchas formas de solidaridad en respuesta. He conversado con compañeras de Uruguay que me han contado que allá se ha formado una organización increíble de miles de canastas de comida. Creo que es necesario transformar todas estas prácticas de solidaridad en estructura reproductiva, comunitaria, de ayuda mutua, y al mismo tiempo usar esta fuerza para presionar al Estado.

La ítalo-estadounidense Silvia Federici habla en español, en otras entrevistas ha dicho que lo prefiere porque le gusta exponer sus ideas sin intermediarios. Así también lo hizo en noviembre de 2020, cuando la Fundación Sol la invitó al seminario “Pensiones, el trabajo y la expropiación de los comunes”.

Pese a las millas de diferencia, está al tanto de los procesos políticos que se viven en un Chile que, tras la revuelta social, ha reabierto la discusión sobre la reproducción de la vida tanto en la Convención Constitucional como en los programas presidenciales.

—El modelo de explotación colonialista no se ha terminado. Un compañero de Bolivia, Luis Tapia, se ha referido al extractivismo como una forma de colonialismo interno porque, por ejemplo, los gobiernos llegan a acuerdos con compañías extranjeras que se apropian de toda la riqueza de estos países. Yo

creo que el neoliberalismo para la mujer significa un nivel más grande de explotación, porque siguen siendo sujetos principales de la reproducción social. Si falta agua, si falta comida, se enfrentan muy directamente a la crisis —dice en medio de la conversación—.

—En Chile estamos atrasados en temas como derechos reproductivos, educación sexual, entre otros. ¿Cuánto de esto se debe al modelo económico y cuánto a la preponderancia de la iglesia?

—Creo que la iglesia siempre ha actuado en acuerdo con el Estado. Hoy hay un movimiento internacional que se llama Movimiento de Defensa de la Vida que es en realidad una institución de control del cuerpo de la mujer. Esto también es muy importante para los gobiernos y el capital, porque dominar la procreación tiene una dimensión económica al afectar el mercado laboral. Además, el capitalismo no tiene una política única. A algunas se las obliga a parir y a otras se las esteriliza según si son migrantes, blancas u otras categorías.

Por eso hoy vemos que hay una gran parte de la política económica del capital que tiene como objetivo directo la sexualidad. Por ejemplo, en Estados Unidos se han creado leyes de protección contra el feto, lo que significa que cuando una mujer se embaraza corre el riesgo de ser criminalizada. Hoy hay una mujer en el sur del país que se arriesga a diez años de cárcel porque tomó unas píldoras para calmar el dolor. Esas píldoras tienen un efecto sobre el feto y la han acusado de sabotear esa vida.

—¿Por qué sería importante remunerar el trabajo doméstico en Chile?

—Es importante no solo en Chile. Si es cierto que las mujeres hacen un montón de trabajo de reproducción que beneficia a todos los empleadores no se comprende por qué no se les deba pagar. No es justo que las mujeres trabajen sin parar y después deban depender económicamente de otro o realizar un segundo trabajo. Tal como esta sociedad capitalista se apropia a la mano llena de la riqueza natural (de los bosques y mares) también se apropia del trabajo de las mujeres.

—¿Sería mejor remunerar el trabajo doméstico o distribuir equitativamente las tareas del hogar?

—En primer lugar, el problema no es compartir el trabajo doméstico. Claro, se debe hacer si hay un varón en la casa, pero muchísimas mujeres no viven con uno. Por esto lo más importante es la relación entre las mujeres y el capital. Si este trabajo es gratis y beneficia a los empleadores, tanto si lo hacen las mujeres como los hombres, sigue no siendo remunerado. Lo que hemos dicho

es que cualquier persona que hace un trabajo de reproducción en realidad sustenta el sistema económico. Los que se benefician de toda esta energía no son solamente las familias sino sobre todo aquellos que explotan su trabajo. Entonces no se entiende por qué no se remunera a las trabajadoras domésticas. Ah, porque es por amor. Bueno, la maestra ama a los niños, se preocupa por las emociones de sus estudiantes y le pagan. Tener un salario no tiene nada que ver con los sentimientos.

—¿Una política que concilie las labores de cuidados con el trabajo fuera del hogar a través de la flexibilización de la jornada laboral sería equivalente a remunerar el trabajo doméstico?

—Puedes flexibilizar el trabajo todo lo que quieras, pero sigue siendo no pagado. Esto no resuelve el problema. Significa que de esa forma tú puedes trabajar todo el día, todo el *weekend*. Eso ya lo estamos haciendo.

Reproducir la vida de otros requiere mucho tiempo. La única solución a la que las mujeres pueden optar es reducir el trabajo del hogar. ¿Sabes qué significa eso? Que tu niño o niña regresa a casa de la escuela sola, que no tienes tiempo para hablar con ellos. Significa que no puedes pasar tiempo con tu papá que está enfermo. No hay flexibilización que reconcilie en abstracto porque el cuidado de la gente necesita tiempo.

—¿Cómo se debería ver reflejado el proceso de transformación política en una nueva constitución feminista?

—Es un tema muy largo, sobre todo porque yo no vivo en Chile, pero me parece que en esta constitución las mujeres van a tener una voz. Por ejemplo, sé que una de las integrantes de la asamblea constituyente es Elisa Loncón.

Las mujeres han sido una de las almas de la revuelta social y pueden poner de relieve el reconocimiento de la reproducción social y la importancia de que el Estado use la riqueza para el bienestar de las comunidades. Entonces, espero que la lucha de la mujer que se ha desarrollado de forma tan potente en Chile en estos años se traduzca también en contenidos para la nueva constitución.

[Fuente: **LOD**]

26/8/2021

Agustín Moreno

La FP y el techo de cristal de los chicos de la clase obrera

Una comunidad como Madrid, que tiene un 35% de tasa de paro juvenil y una

alta precariedad laboral, no puede cometer el disparate de dejar sin atender a una buena parte de la demanda de formación de los jóvenes.

* * *

Alba acabó bachillerato en un instituto público del sur de Madrid y quería matricularse en un ciclo de grado superior de Laboratorio Clínico. Pertenece a una familia trabajadora y cree que tiene capacidad para cursar una carrera, pero no puede permitirse la Universidad por las tasas universitarias y, sobre todo, porque necesita trabajar lo antes posible. Pero cuando miró las listas de admitidos en julio comprobó que no tenía plaza y que estaba en una lista de espera de 1.684 personas, ya que el 90% habían sido excluidos. Estos primeros días de septiembre va a tener que hacer guardia de noche en la puerta de un centro público, a ver si tiene mucha suerte y puede acceder a una posibilidad para seguir formándose. Alba es una más de las casi 25.000 personas que se han quedado sin una plaza pública para poder estudiar Formación Profesional (FP) en Madrid.

Los datos de la campaña de matriculación en Formación Profesional en Madrid para el curso 2021-2022 son escandalosos. En julio se quedaron 6.938 personas sin poder matricularse en Ciclos Formativos de Grado Medio. A ellos hay que sumar otros 17.976 (el 54%) que se quedaron sin una plaza pública para cursar un ciclo de Grado Superior. Son un total de 24.914 solicitudes rechazadas de personas, obligados ahora a ir centros privados y concertados o a quedarse en su casa por no poder pagar tasas de 7.000 a 10.000 euros. Este desastre de la FP en Madrid pone de manifiesto que no estudia quien quiere sino quien puede.

El déficit estructural de plazas públicas en la FP es un grave problema educativo por la falta de inversión y de planificación. Está afectando a sectores del alumnado con menos recursos que eligen la FP como itinerario formativo y destroza la equidad del sistema. Porque si lo unimos a la segregación escolar que produce la apuesta de la derecha por la red de centros privados y concertados, al distrito único y al bilingüismo, en la práctica supone un irrompible techo de cristal para los jóvenes de familias modestas. Algo que ya documentó Paul Willis en su *Aprendiendo a trabajar*, desmontando el mito neoliberal de que cualquiera puede alcanzar los sueños que se proponga si se esfuerza independientemente de su origen social: los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera. No hay que olvidar que la naturaleza de toda segregación consiste en dejar a gente por el camino, convirtiéndose en un poderoso mecanismo que convierte la igualdad de oportunidades en un espejismo.

Lo sucedido no es imprevisión ni simple incompetencia. Es recurrente, ya que

algo parecido sucede todos los años. Las causas hay que buscarlas en la descarada estrategia de privatización de la FP. Privatización que no consiste en vender centros públicos, pero sí en cerrar aulas o ir vaciándolas de su alumnado. Es una decisión política que apuesta por un modelo educativo neoliberal que reproduce fielmente un modelo social injusto por desigual.

Su política contra lo público les hace mantener un déficit crónico de plazas en la FP pública para achicar el espacio de la educación pública. Al negar plazas públicas a muchos miles de alumnos, se les deja en la calle o se les arroja en brazos del sector privado, que ha proliferado bajo la forma de academias que difícilmente reúnen condiciones mínimas de calidad. Miles de alumnos reciben el “cheque escolar” exclusivo para el alumnado de la FP privada. Así, una orden de la Consejería de Educación de mayo de 2021 destina 18,5 millones de euros para becas de una media de 2.000 euros, lo que supone más de 9.000 alumnos derivados a la FP de Grado Superior privada. Las becas se gestionan directamente desde las secretarías de los centros privados. El resultado del proceso de privatización de la FP en la Comunidad de Madrid es demoledor: en solo diez años el alumnado que estudia FP en centros concertados y privados ha pasado del 27% al 44%, gracias a esta política deliberada.

Una comunidad como Madrid, que tiene un 35% de tasa de paro juvenil y una alta precariedad laboral, no puede cometer el disparate de dejar sin atender a una buena parte de la demanda de formación de los jóvenes. No es aceptable una política que escatima esfuerzos de financiación, de profesorado y recursos para potenciar y modernizar un sector educativo fundamental para mejorar la cualificación y la calidad del empleo. Este desprecio hacia la FP se evidencia en que Madrid es la comunidad autónoma con menos alumnos matriculados en FP sobre el total de alumnos matriculados en todo el sistema educativo, la que menos plazas oferta en la FP pública, y la única que cobra unas tasas académicas en la FP de grado superior de 400 euros. Para corregir y mejorar la situación, desde Unidas Podemos exigimos la máxima transparencia al Gobierno de la Comunidad y una Comisión de Seguimiento para la gestión de fondos provenientes de Europa para la FP. Hay que asegurar su carácter finalista y que no sean desviados a la privatización y a otros capítulos.

Es urgente negociar un Plan de Choque de Formación Profesional para hacer frente a la situación de emergencia existente y atender la demanda insatisfecha con mayor inversión, contratación de profesorado y apertura de las aulas taller en turno de tarde. A medio plazo, se deberá negociar con la comunidad educativa y los agentes sociales un Plan Estratégico de Formación Profesional que incremente la oferta de plazas públicas de FP en función de la demanda del alumnado y del mercado de trabajo, y no del negocio de los centros de FP privados. Hay que reforzar la FP reglada pública, más aún,

cuando conocemos que se produce una disminución de la FP continua (dirigida a trabajadores en activo), porque las empresas han recortado a la mitad en una década el dinero en formación a sus trabajadores.

Los efectos sociales y laborales del debilitamiento de la FP que hacen comunidades como Madrid, convierten el mercado de trabajo en el reino de la desregulación y la precariedad. Negar una mayor cualificación profesional a decenas de miles de jóvenes es abocarles al paro, a la precariedad y a los bajos salarios. Es la hora de apostar por empleos de calidad. Ello pasa, además, por la derogación de la reforma laboral a la máxima urgencia y por otro modelo productivo que nos saque del círculo vicioso de la dependencia cuasi absoluta de la hostelería y del turismo. Desde Biden a Macron han abierto el melón de algo obvio: es absolutamente necesario pagar bien a trabajadores debidamente formados. El modelo de precariedad, bajos salarios, trabajo sin derechos que conduce a la generación de trabajadores pobres no debe tener cabida en una economía avanzada y en una sociedad civilizada. Hay que poner una FP pública de calidad al servicio de la formación de los buenos profesionales que el país necesita.

[Fuente: elDiario.es]

17/9/2021

Rafael Poch de Feliu **De Afganistán a Australia**

Estados Unidos compensa con submarinos nucleares y una OTAN del Pacífico su descalabro euroasiático. A un lado el vector de la guerra y la “contención”, al otro el de la integración comercial.

Estos días se han producido varias noticias importantes. Por ejemplo, se ha sabido que el gobierno de Estados Unidos y la CIA conspiraron para secuestrar y eventualmente asesinar a Julian Assange. El fundador de Wikileaks es uno de **nuestros principales disidentes**. Para nuestra vergüenza, lleva recluido/encarcelado desde hace una década en Inglaterra por denunciar crímenes de Estados Unidos. Otra noticia importante ha sido el anuncio del Presidente chino, Xi Jinping de que su país, el mayor emisor de CO2 -aunque no el mayor responsable de su contaminación histórica- no construirá mas centrales térmicas de carbón en el mundo. Una buena noticia para la calificación de su Nueva Ruta de la Seda (B&RI), como eventual exportadora de contaminación. También ha sido importante el compromiso del Presidente de la autoridad palestina (léase el impotente gobierno del gueto controlado

por Israel), Mahmud Abbas, de llevar la ocupación israelí ante la Corte Penal Internacional si Israel no retira sus asentamientos ilegales en el plazo de un año.

Al lado de todo esto, las elecciones alemanas y la retirada de Merkel, con las que nuestros medios han venido alimentándonos espiritualmente con gran profusión, es una noticia menor. La **hagiografía de Merkel** no tiene secretos: más allá de la propaganda, su legado para Alemania y Europa ha sido nefasto. Años perdidos. Para Alemania, para la UE y por la nula contribución al arreglo de la crisis global. Que el país sea gobernado ahora por una nueva “gran coalición” o por cualquier modalidad de tripartito es absolutamente irrelevante. La continuidad del *Partido Neoliberal Unificado* está garantizada. Nunca en toda su historia Alemania exportó impulsos liberadores a Europa.

“China es nuestro principal socio”

En Afganistán el tono de la crónica ha continuado centrado en la maldad de los talibán hacia las mujeres, de acuerdo con el relato de que la **debacle sufrida por Estados Unidos** allá ha sido, fundamentalmente, una mala noticia y la violencia una novedad. Es realmente notable, teniendo en cuenta las decenas de miles de muertos que la ocupación occidental se cobro allá sin generar el menor escándalo en los últimos veinte años. La simple realidad es que esa gran violencia con enorme derramamiento de sangre en condiciones de guerra civil, ha cesado con la derrota americana (lo mismo ocurrirá con la gran fábrica de opio) y eso es una excelente noticia para el pueblo afgano. En condiciones normales la crónica debería empezar por allí, así como por la extrema pobreza en la que se encuentra la mayoría de la sociedad, y no por los más que comprensibles lamentos y denuncias urbanas de los periodistas y las mujeres que sufren los terribles atavismos que la “pátina de los siglos” incrustó en el país (y que Joseph Kessel ya describió en los sesenta en su magnífica novela *Les Cavaliers* aún sin edición española). Si no es así, es única y exclusivamente porque los occidentales, dueños del gran aparato mediático, han quedado de momento fuera de la foto de la posguerra, y, seguramente, del futuro afgano: en la conferencia internacional sobre el futuro de Afganistán, celebrada en Dushanbé (Tadyikistán) el 17 de septiembre, las (im)potencias occidentales no estaban representadas. Estaban, China, Rusia, Irán, los “stán” de Asia Central, Pakistán e India. Todos los vecinos unidos, con la ambigua reserva de India, por un común interés estabilizador.

“China es nuestro socio principal y más importante, representa una oportunidad excepcional para nosotros porque está dispuesta a invertir en la reconstrucción de nuestro país”, declaró a principios de mes a *La Repubblica* el portavoz talibán, Zabiullah Mujahid. Eso lo determina casi todo

informativamente.

No estar en la foto no significa renunciar a seguir haciendo daño. Las reservas de oro y divisas afgana (9400 millones de dólares) están retenidos en Estados Unidos y la administración podría estar sondeando la posibilidad de hacerse con bases en India desde las que atacar “objetivos terroristas” en Afganistán, “teniendo en cuenta los rumores de apoyo del Estado Islámico a los talibán”, en palabras del congresista **Mark Green**. Fabricando un escenario adecuado -ahí está el ejemplo de Siria- se puede continuar sangrando a Afganistán, ahora para impedir un éxito de integración euroasiático liderado por China. La estrategia de Washington es “regresar al teatro afgano de forma que el Pentágono y la CIA puedan continuar la competición estratégica con Rusia y China y desestabilizar Irán” en palabras del ex diplomático indio Bhadrakumar. Si los talibán no brindan esa posibilidad, Washington continuará haciendo la vida imposible a cualquier gobierno afgano.

Australia encadenada al vector de la guerra

Sea como sea, el abrupto anuncio de una nueva alianza militar contra China, el AUKUS con Inglaterra y Australia, y la llamativa venta de submarinos nucleares a Australia, ha sido la forma de desviar la atención hacia la debacle sufrida en Kabul. El propio Biden ha presentado la retirada como un ejercicio de acopio de fuerzas para la batalla fundamental contra China, así que los submarinos están destinados al doble objetivo de olvidar la afrenta y mantener el propósito belicista esencial.

Más que el agravio contractual de 50.000 millones de euros infringido a Francia en condiciones conspirativas (recordemos a François Hollande prometiendo a Rusia “mantener su palabra” en el contrato de **los dos portahelicópteros “Mistral”** en julio de 2014, para vetar cinco meses después la operación por presiones de Washington), el contrato es significativo porque encadena a Australia, cuyo principal socio comercial es China, como beligerante vasallo de Estados Unidos en la región Asia/Pacífico. La diferencia entre los doce submarinos convencionales franceses y los ocho nucleares del contrato americano es que los segundos, que irán equipados con misiles Tomahawk de largo alcance, son un arma inequívocamente ofensiva por su capacidad de grandes navegaciones alejadas de sus aguas territoriales. Sus características, para las que Australia no está industrialmente preparada por falta de mano de obra cualificada en ese ámbito y por carecer de infraestructuras nucleares, hipotecan técnicamente a ese país a Estados Unidos.

Ocho submarinos de esas características significa que Australia podrá mantener dos o tres de ellos permanentemente “de guardia”, es decir en

navegación operativa, mientras el resto está en mantenimiento o formación en un sistema de relevo permanente. Pero todo eso sucederá, con suerte, en diez o veinte años, que es lo que tardarán en construirse los sumergibles.

Desde el punto de vista del régimen de no proliferación nuclear regulado por el correspondiente acuerdo (NPT) este contrato es un **desastre**. Estados Unidos rompe su principio de no transferir tecnología naval de propulsión nuclear a otros países (excepto Gran Bretaña). Aumentan las posibilidades de que Brasil solicite a Francia lo mismo para sus proyectados submarinos, o que Corea del Sur pida a Washington no ser menos alegando el artificial “peligro” norcoreano que un simple acuerdo de paz con Estados Unidos solucionaría.

Frente a esta estrategia militar de contención a China (que Australia puede haber aceptado por tratarse de una “**propuesta que no puede rechazarse**”, el Padrino dixit , está, como única alternativa no militar, la gran integración comercial euroasiática que Pekín promueve. En ese frente, la mencionada cumbre de Dushanbé ha dado un importante paso (esa sería la cuarta noticia ninguneada de los últimos días): la integración de Irán en la Organización de Cooperación de Shanghai como miembro pleno. Comparen propósitos y métodos y llegarán a la alternativa guerra o paz.

Nuevo incentivo para una UE marginada

Para la Unión Europea, después del agravio de la retirada unilateral de Afganistán sin aviso ni consulta, el contrato australiano es un nuevo incentivo hacia la autonomía en política exterior y de seguridad. En lo inmediato es una invitación a desmarcarse de Estados Unidos y su perspectiva de conflicto con China, que es el primer socio comercial de la UE. Si la Unión Europea no deja claro su rechazo a esa perspectiva, su marginación internacional continuará profundizándose. De momento, Francia ha hecho su pataleta al constatar, como han dicho sus primeras autoridades, que Biden no es muy diferente de Trump en su trato con los aliados y al retirar sus embajadores de Washington y Camberra, pero el último discurso “sobre el estado de la Unión” en Estrasburgo (15 de septiembre) de Ursula von der Leyen, ha sido inequívoco al hacer suyos los tres frentes de conflicto (y propaganda) de Estados Unidos hacia China: 1) participación en la militarización del patio trasero marítimo de China, 2) oposición a la integración euroasiática de la Nueva Ruta de la Seda y 3) participación en la campaña de “derechos humanos” lanzada sobre la condición de los uigures de Xinjiang. Von der Leyen no se dejó nada en su discurso. Como muestra estas tres citas:

Sobre 1: “La actual estrategia europea para la región indo-pacífica, de nuevo cuño, constituye todo un hito. Dicha estrategia da fe de la cada vez mayor importancia de esa zona geográfica para nuestra prosperidad y seguridad,

zona por otro lado atractiva para determinados regímenes autoritarios con ansias de expandir su influencia. Europa ha de estar más presente y ser más activa en la zona. Colaboraremos para profundizar los lazos comerciales, reforzar las cadenas de suministro mundiales y desarrollar nuevos proyectos de inversión en tecnologías ecológicas y digitales.”

Sobre 2: “Sabemos muy bien cómo se financian las obras públicas, pero nos hacemos un flaco favor construyendo carreteras impecables entre, pongamos, una mina de cobre y un puerto, ambos de titularidad china. En lo tocante a este tipo de inversiones, hemos de actuar con mayor tiento, de ahí que en breve vayamos a presentar nuestra nueva estrategia de conectividad llamada «Pasarela Mundial», que estableceremos con países de todo el mundo.”

Sobre 3: “Mientras les hablo, hay 25 millones de personas forzadas a trabajar bajo amenazas o coacciones. Jamás aceptaremos que tengan que fabricar forzosamente productos destinados a su distribución comercial en Europa, razón por la que propondremos que en nuestro mercado se prohíba la comercialización de bienes o mercancías que sean fruto del trabajo forzado. Porque bajo ningún concepto se puede mercadear con los derechos humanos.”

Mientras la Unión Europea sigue en su deriva hacia la irrelevancia internacional, en Asia Oriental la cruzada belicista de Washington contra China no es vista con buenos ojos. El anciano ex primer ministro malayo Mahathir Mohamad (96 años), seguramente el político más respetado en Asia Oriental, ha sido claro al respecto: “Si quieren lanzar cohetes y competir, háganlo, pero no vengán a perjudicar a nuestro mercado en Asia. La cooperación con China es muy importante para nosotros, son un gran mercado y nos aprecian por las materias primas que les vendemos. Somos vecinos y no vamos a confrontar. Australia y Estados Unidos quieren forzar a los países de la ASEAN obligándoles a tomar partido en su favor en el objetivo de confrontarse con China. No podemos hacer algo así”.

Estados Unidos compensa con submarinos nucleares y una OTAN del Pacífico su descalabro euroasiático. A un lado el vector de la guerra y la “contención”, al otro el de la integración comercial.

[Fuente: **Blog del autor**]

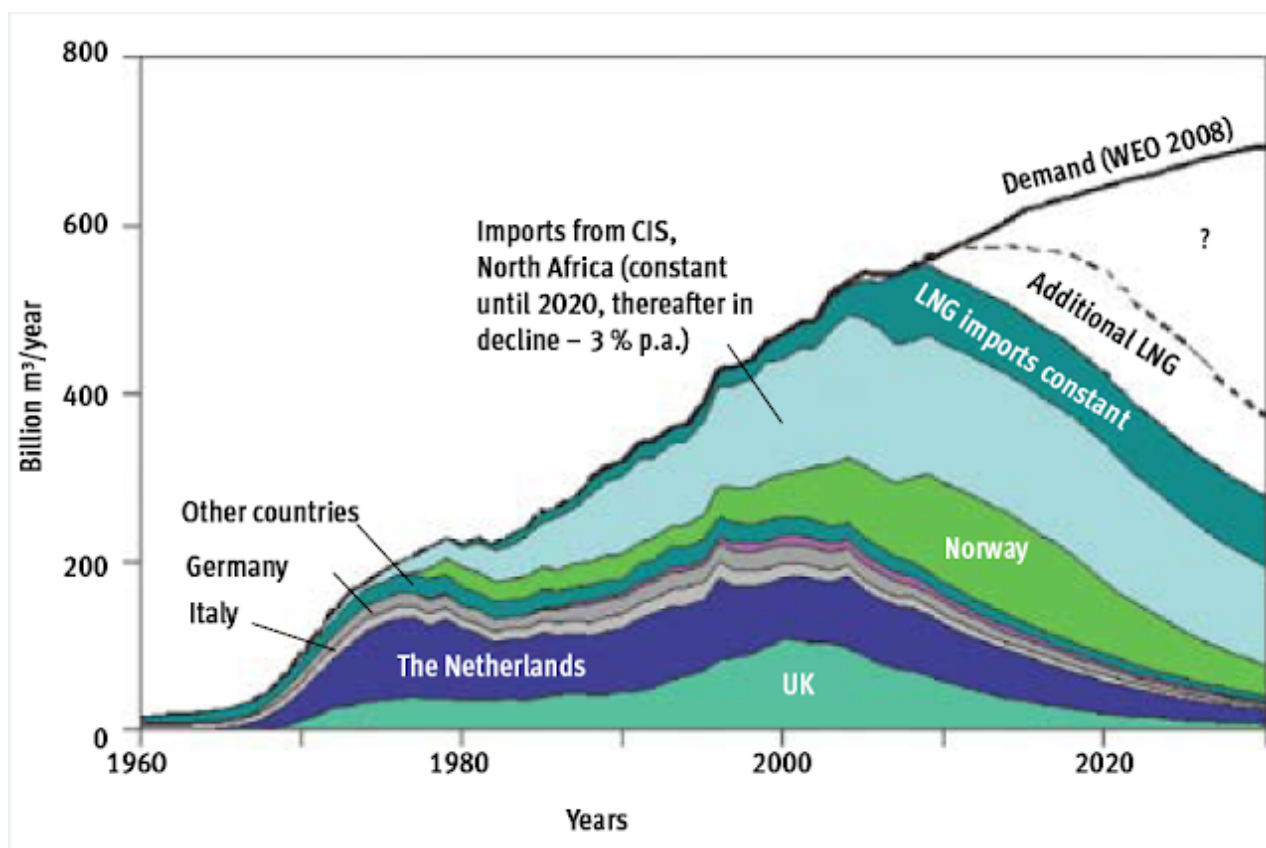
29/9/2021

Antonio Turiel

La crisis del gas

Queridos lectores:

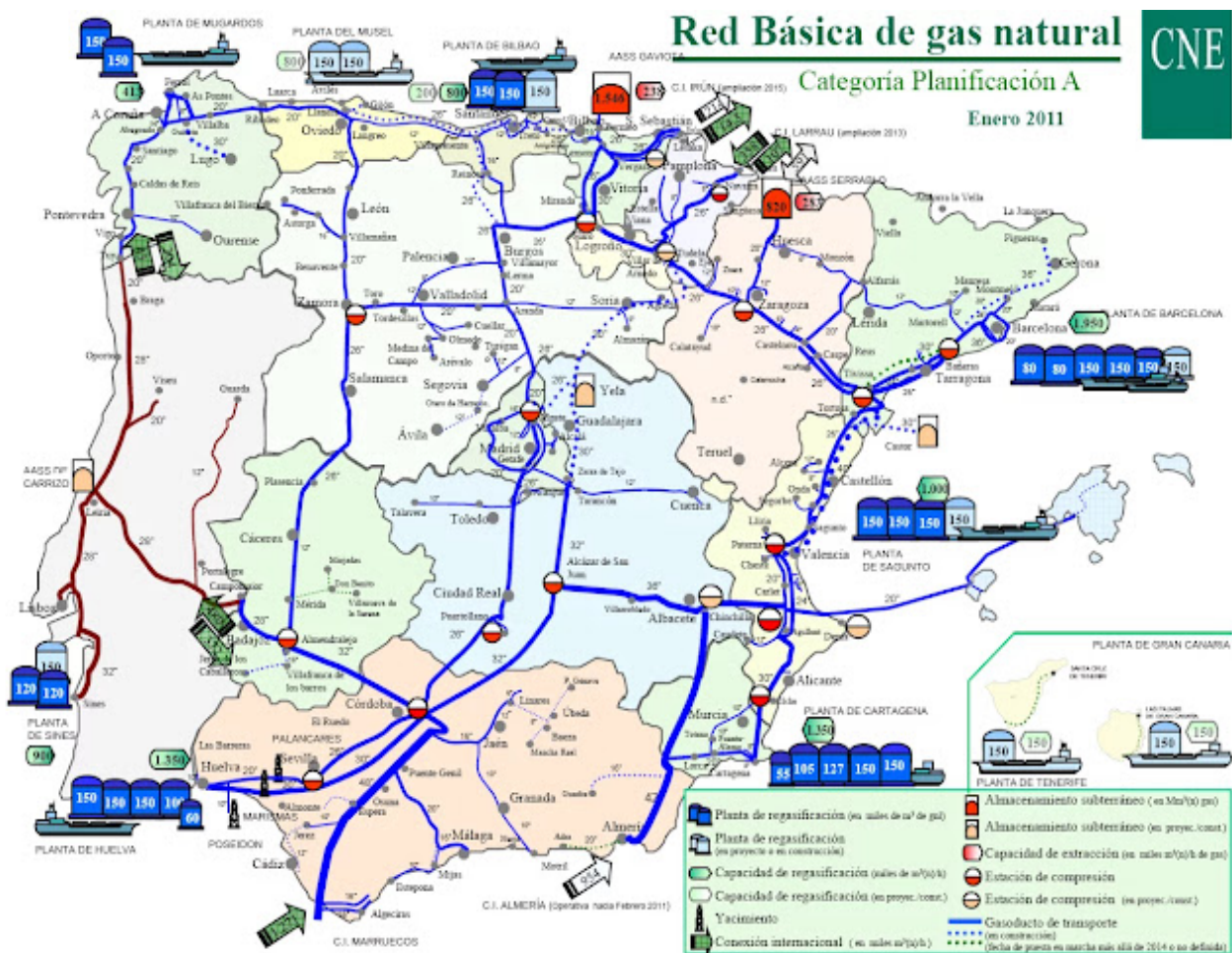
Hace ahora 11 años, en este mismo *blog* escribí un *post* que se llamaba "El pico del gas". En aquel artículo, analizaba la situación con respecto a la producción de gas natural en el mundo, y cuándo se estimaba, con los datos de aquel entonces, que se llegaría al pico de producción de gas. De acuerdo con los datos de los que disponíamos, esperábamos que la producción mundial de gas natural llegara a su máximo hacia 2020. También se destacaba en aquel *post* que, de acuerdo con un informe del *Energy Watch Group*, Europa empezaría a tener problemas graves de suministro de gas hacia 2015, debido a que el gas se transporta más fácilmente por gasoducto y los principales suministradores de Europa entraban en su declive productivo, y el transporte por buque metanero tiene muchas limitaciones. En aquel *post*, enseñaba una gráfica (sacada del mismo informe) en la que se mostraba la previsión para el balance entre la demanda prevista en Europa y su suministro:



Es obvio que en 2015 no se produjeron los graves problemas de suministro que se preveían, aunque también es cierto que ha habido en los últimos años una cierta tirantez entre la oferta y la demanda de este hidrocarburo (sobre todo patente en los problemas del Reino Unido durante los pasados inviernos).

Lo interesante de la gráfica que mostramos arriba es que contemplaba cómo la situación se podría aplazar hasta más o menos 2020 si se conseguía aumentar el máximo hipotético de importación de Gas Natural Licuado (LGN), que es el que se transporta en barco.

De hecho, esto es lo que ha sucedido. Europa ha incrementado de una manera brutal su capacidad de importar gas por vía marítima. En particular España es el país que más ha incrementado su estructura de regasificación, contando con 6 grandes plantas construidas o ampliadas en los últimos años, y que están perfectamente integradas con la red gasística nacional.

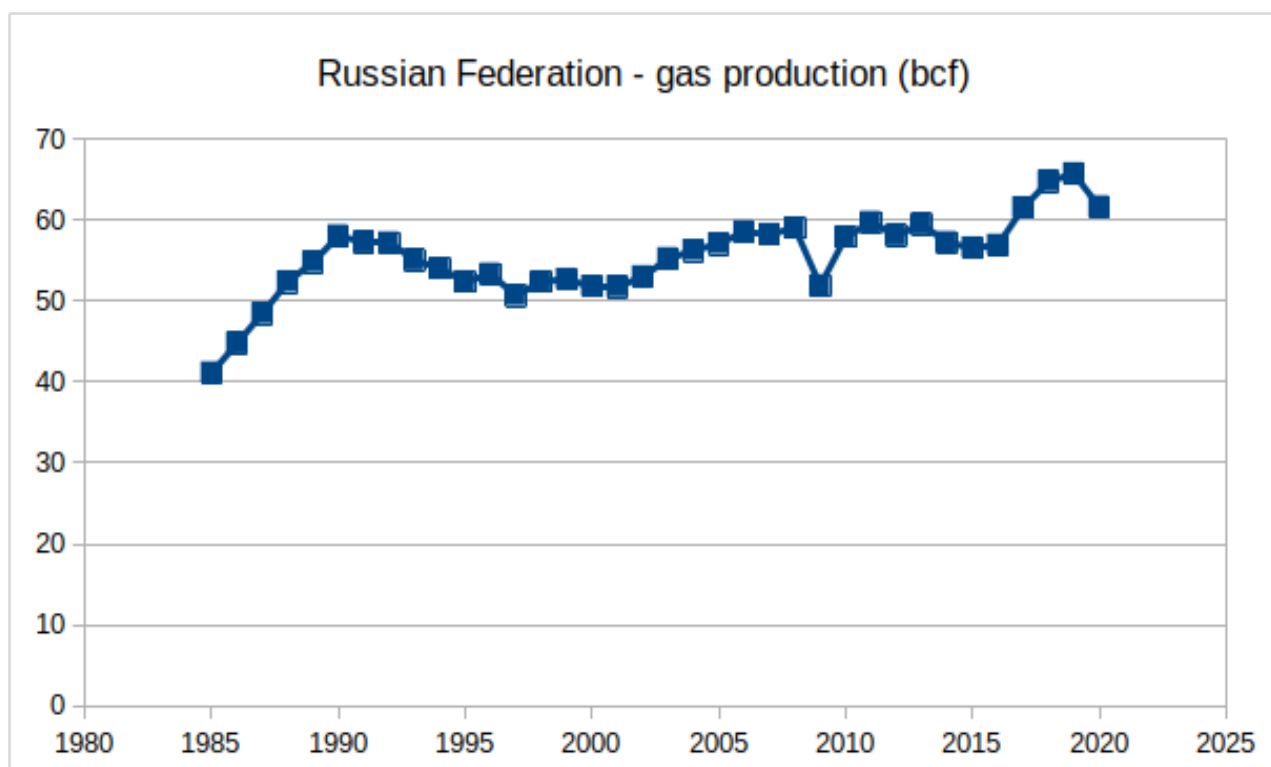


Tal despliegue de capacidad de importación de gas vía barco ha supuesto una inversión enorme, que con buena visión estratégica se ha acometido de manera poco conocida por la opinión pública durante estos años. Al fin y al cabo, esta inversión tenía un gran riesgo: solo se podría rentabilizar si la demanda de gas era lo suficientemente importante como para justificar el mayor coste del gas de importación marítima. Y es que los costes operativos son muy elevados, ya que se tiene que licuar el gas en origen, mantener la temperatura de los depósitos del buque metanero en -160 oC durante toda la travesía y volver a regasificar la mercancía en destino.

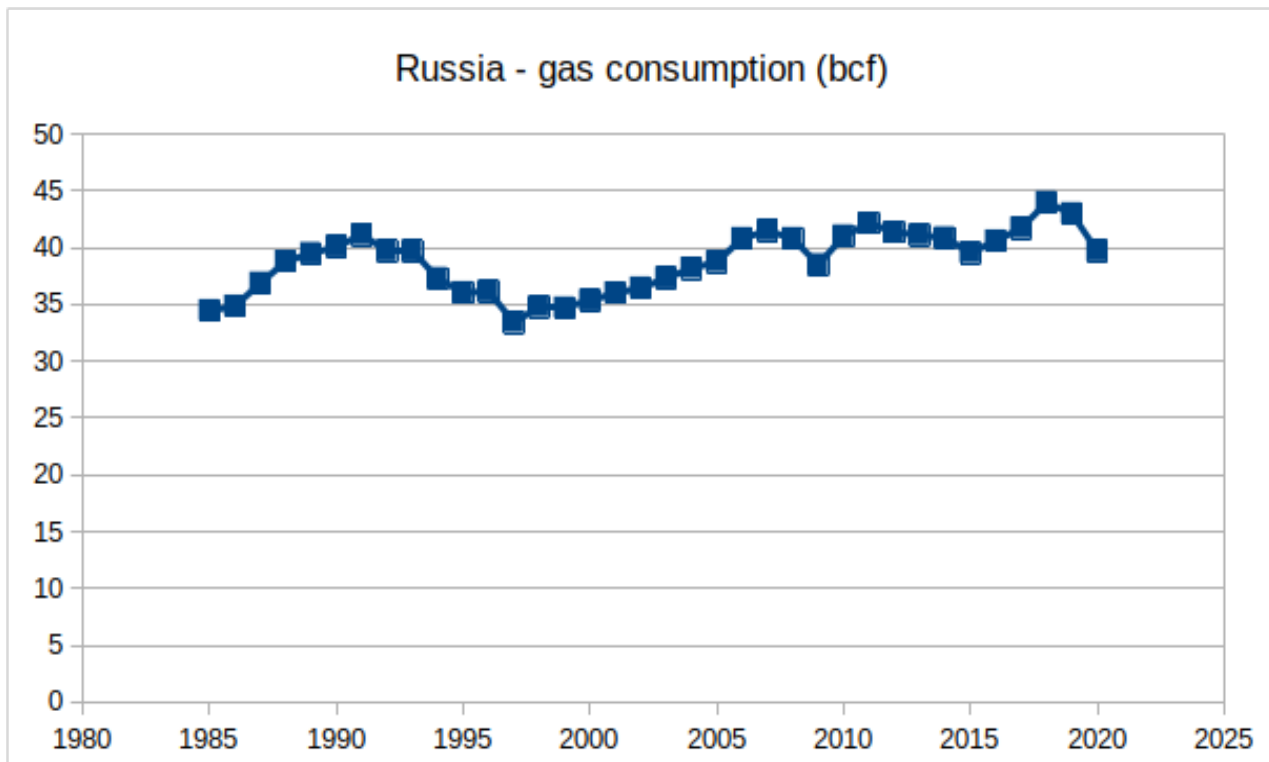
El hecho ha sido, empero, que la inversión estaba justificada. Se necesitaba esa capacidad extra de gas natural licuado si se quería poder cubrir la demanda europea. Pero con eso solo no bastaba para cubrir una demanda creciente para siempre. Solo permitía ganar 5 años más de ilusión de crecimiento permanente.

La razón por la cual Europa ha llegado a su máxima capacidad de aprovisionamiento de gas, unos años antes de que el mundo llegue a su *peak natural gas*, es porque los dos países que son sus principales suministradores (por capacidad de producción y proximidad geográfica) están ya en sus respectivos *peak natural gas* locales. Hablamos de Rusia y de Argelia.

La producción de gas de Rusia ha seguido aproximadamente una suave pendiente creciente (solo rota por la crisis de 2008-2009) durante los últimos 20 años, rematada con un fuerte ascenso en 2017 y 2018, relativo estancamiento en 2019 y descenso en 2020.

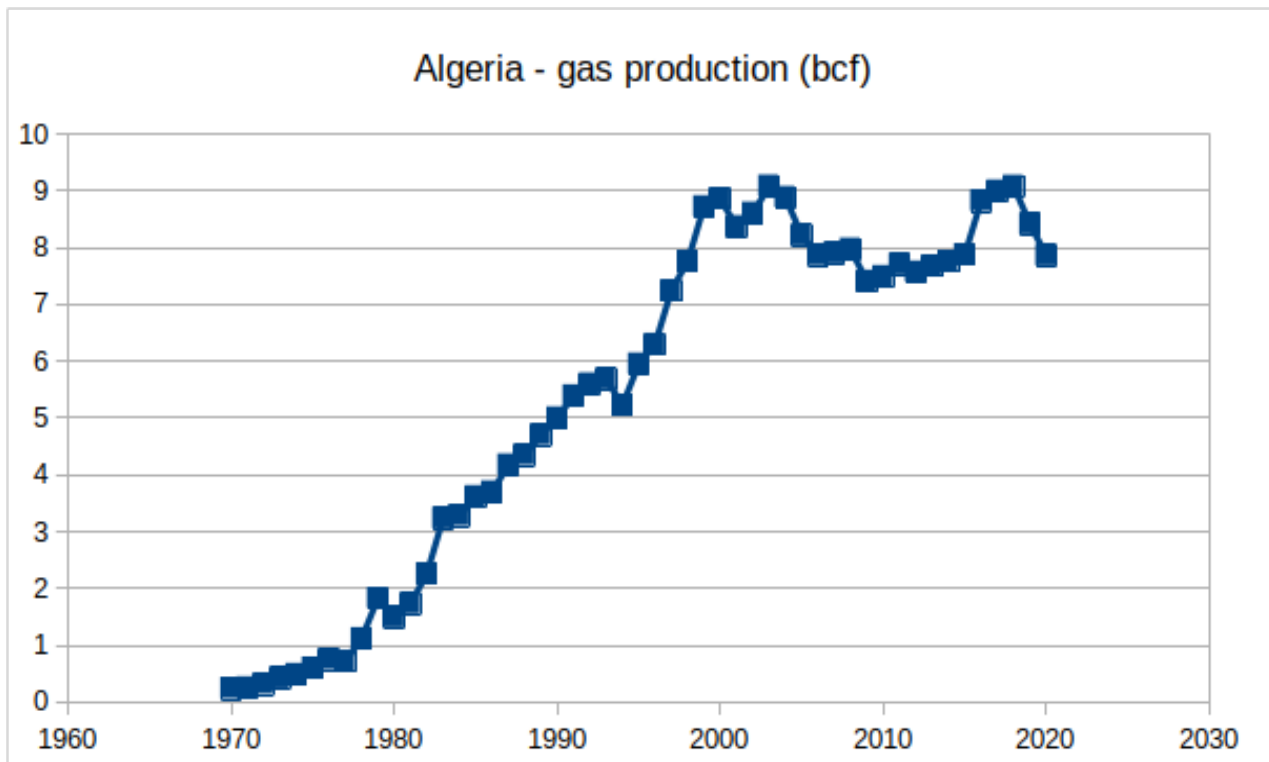


Los sucesivos ministros de energía de Rusia vienen avisando desde hace años que la producción de petróleo y de gas de Rusia está tocando techo y que en los próximos años comenzará a declinar. Además, ya se ha dejado claro que Rusia va a priorizar el consumo doméstico a las exportaciones; de hecho, cuando se mira el consumo de gas natural de Rusia se ve que el significativo remonte de 2017 y 2018 básicamente sirvió para cubrir necesidades de autoconsumo.

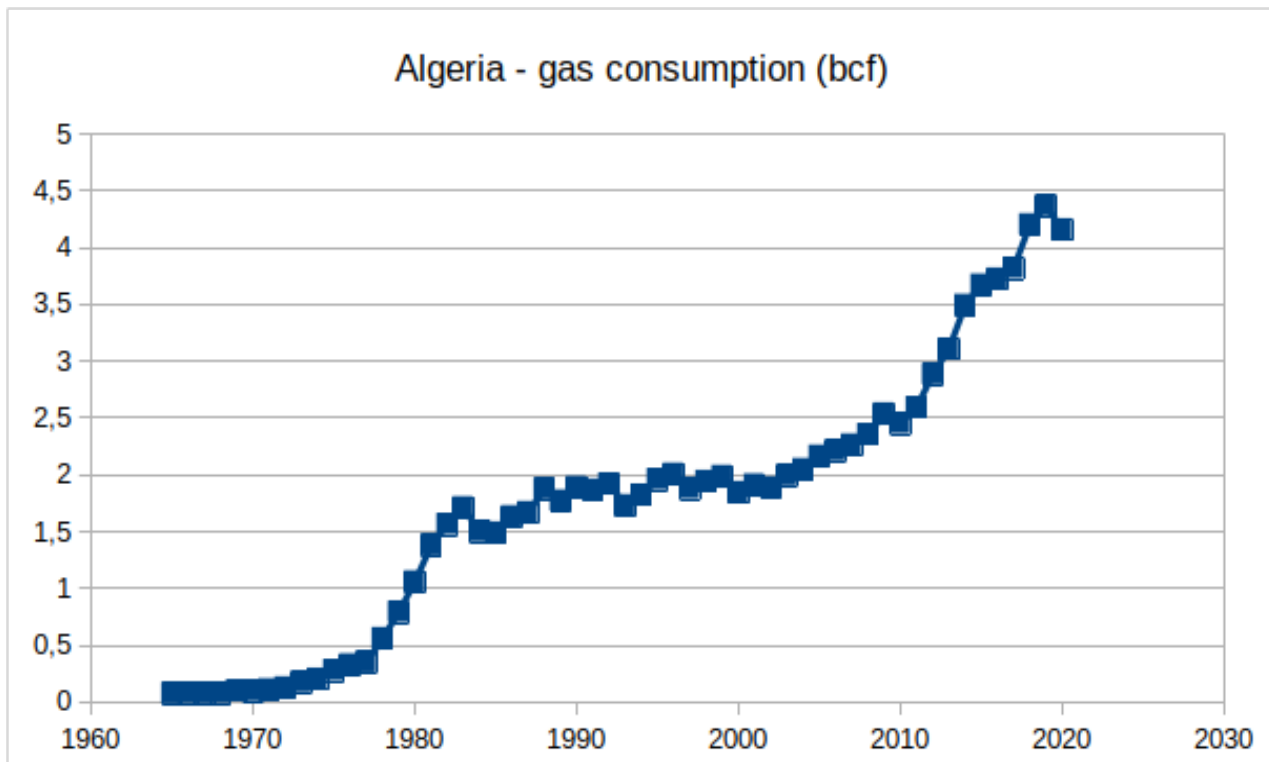


En Europa, y sobre todo en Alemania, se espera que la reciente puesta en funcionamiento del gasoducto NordStream 2 (que circula por el lecho del mar Báltico y comunica a Rusia directamente con Alemania) servirá para paliar los problemas de suministro del país teutón y del sistema gasístico europeo. Esto es en parte cierto, ya que Rusia podrá enviar directamente una mayor cantidad de gas para su consumo en Alemania y así evitar tener que pagar por pasar por otros países como Ucrania, que se quedan con una parte del gas en concepto de peaje. Dejando al margen las funestas consecuencias que tendrá para esos países "intermedios" el hecho de que su influjo de gas se reduzca, lo cierto es que Rusia ya está en su máxima capacidad productiva y a partir de ahora cada año nos va a enviar menos gas. Tal y como se anticipaba en el artículo de 2010. Y si el invierno viene frío, Rusia ya ha dejado claro que va a priorizar las necesidades de su propia población. Lo cual anticipa problemas de suministro este mismo invierno porque este año **los inventarios rusos de gas están casi vacíos**.

Veamos ahora la situación de Argelia.



Como se observa en el gráfico de arriba, desde el año 2000 Argelia se encuentra en una situación de relativo estancamiento jalonado con algunas subidas y bajadas significativas. De manera similar a lo que sucede en el caso de Rusia, aunque más acusado en el caso argelino, el repunte que se observa de 2016 a 2018 obedece más a necesidades de consumo interno que a un incremento de las exportaciones.



En el caso de Argelia se observa, además, un fuerte incremento del consumo desde 2010, lo que va en detrimento de las exportaciones. Esto en particular ha tenido un gran impacto en el caso de España: si en 2018 el 60% del gas natural consumido en España era de origen argelino, en 2020 y principios de 2021 representaba aproximadamente el 27%, aunque ahora roza el 50% (y esto por no hablar de los problemas en la calidad del gas suministrado). Como en el caso de Rusia, también Argelia tiene un incentivo para no hacer pasar su gas por Marruecos para no pagar el peaje y venderlo, más caro, a Europa; y aunque los gasoductos directos a España e Italia tengan sus limitaciones, si las exportaciones disminuyen Argelia va a dar preferencia a esos gasoductos que al que atraviesa territorio marroquí en dirección a España y Portugal. Esto también añade contexto a las actuales hostilidades entre Marruecos y Argelia.

Argelia, por supuesto, no es Rusia, y eso hace que Europa —y particularmente su antigua metrópoli, Francia— se ingieran de manera más directa en los asuntos internos argelinos. Por ese motivo se hablaba hace casi una década de intentar explotar el **gas de shale** en la **zona sur de Argelia**, aunque esos proyectos nunca han llegado a cuajar (seguramente por **el escaso rendimiento** y las grandes necesidades de agua que requiere ese tipo de explotación). Todo indica que Argelia también ha pasado su *peak gas*, pero no es solo eso. Su *peak oil* particular sucedió hacia 2005, y los dos picos combinados han hecho decrecer rápidamente los ingresos de las exportaciones argelinas de hidrocarburos. La inestabilidad social es creciente y recurrente en el país norteafricano, y la sustitución del octogenario Abdelaziz Buteflika en 2019 no ha conseguido apaciguar los ánimos, porque una gran parte del problema es

la escasez de recursos. El riesgo de que esa inestabilidad sea aprovechada por las potencias europeas, en una eventual guerra civil argelina, para **asegurarse militarmente el acceso a los yacimientos de gas natural** (seguramente aliándose con el bando que consideren más fuerte), sigue siendo elevado.

El repaso que acabo de hacer viene a colación porque la realidad es que hace 11 años los problemas que actualmente estamos viviendo en Europa no solo eran previsibles, sino que fueron previstos. Se sabía que iba a pasar, y ahora está pasando. Basta ya, por tanto, de decir que los problemas son coyunturales. No, no lo son en absoluto: son estructurales. No hemos querido tomar medidas más drásticas para evitar lo peor, tan solo incrementamos nuestra capacidad de importación vía marítima y estiramos la situación lo que se podía, cinco años escasos. Y obviamente esto no se ha acabado: ahora viene lo que viene.

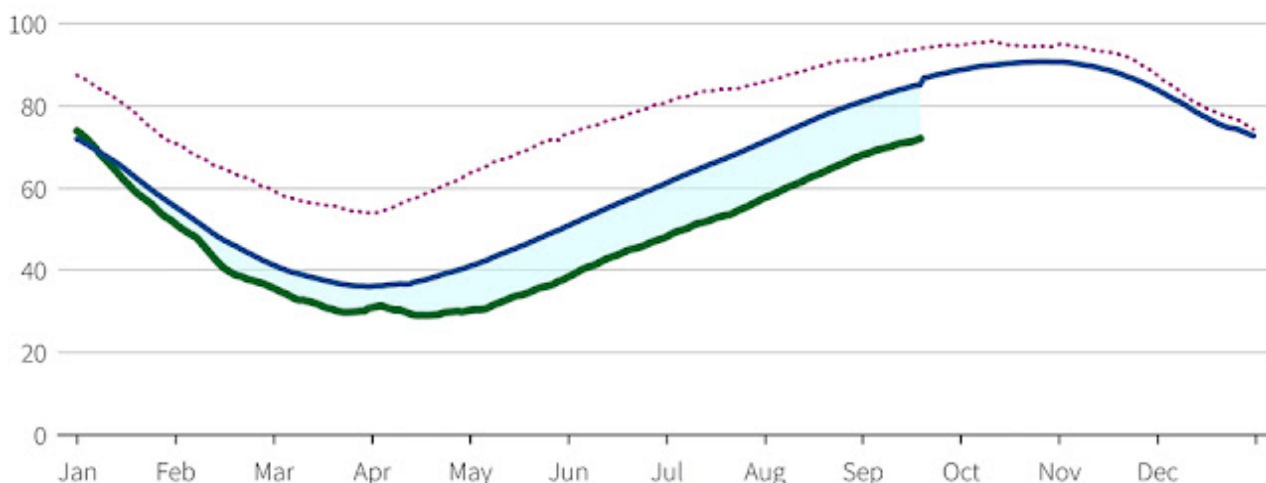
¿Y qué viene? Viene una situación de debilidad extrema y estructural, con el riesgo de hacer colapsar las economías e inclusive las sociedades europeas.

En el momento actual, los inventarios de gas natural en Europa (justo antes del invierno, la estación de mayor demanda) **están en mínimos de 10 años** (y eso que en 2020 se marcaron máximos por el confinamiento durante las primeras etapas de la CoVid-19).

EU Gas storage

Filling levels in %

..... 2020 — 2021 — 10-yr average



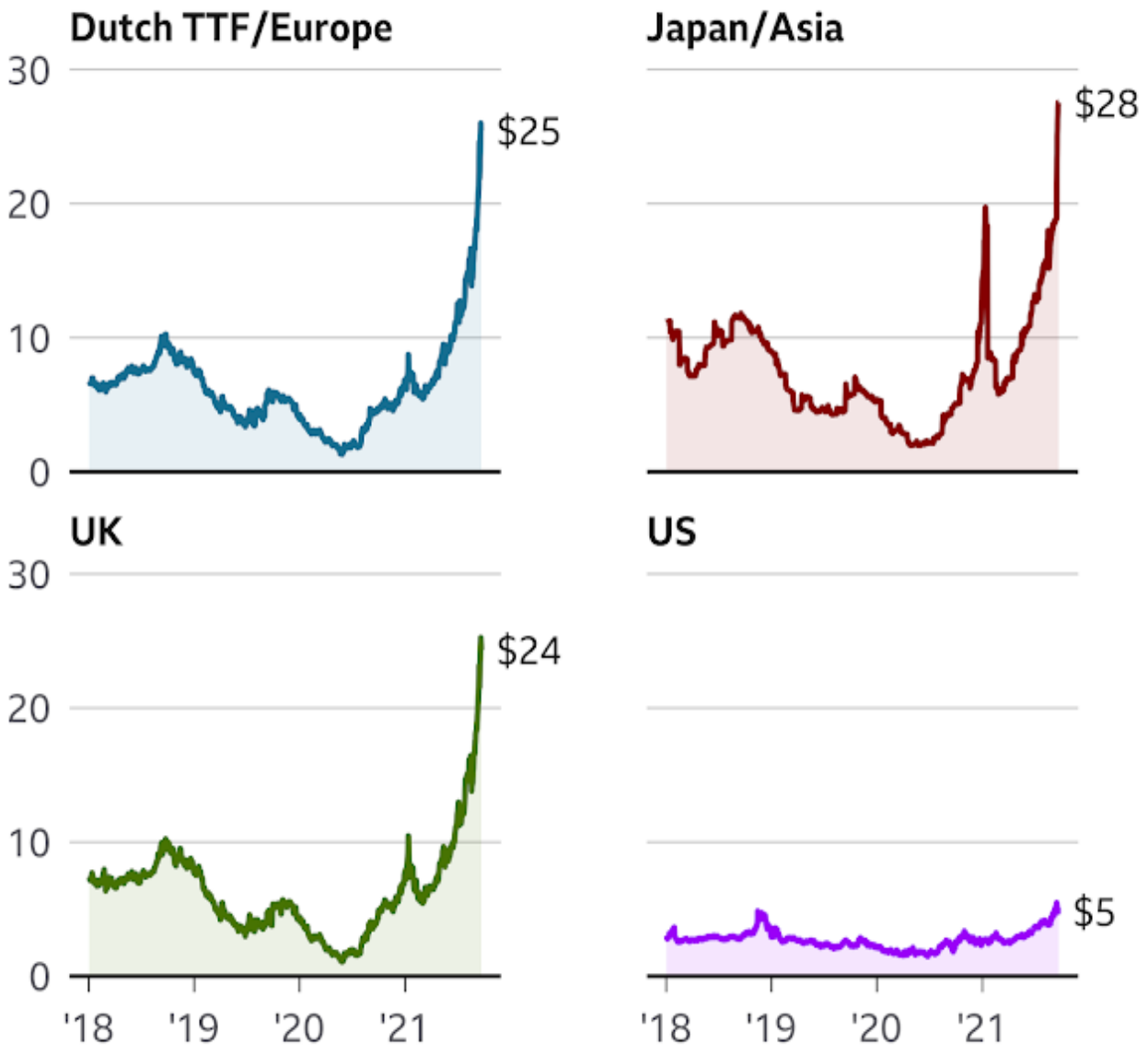
Source: Gas Infrastructure Europe

Europa ha tenido que recurrir a la importación masiva de gas por vía

marítima, a pesar de que sea muy caro. Eso ha sido muy beneficioso para los EE.UU., que ha conseguido una manera de rentabilizar los de otras forma ruinosos yacimientos de *shale gas*. Pero por los grandes costos de operación, como comentamos más arriba, ese gas es mucho más caro y ha disparado los precios. Y no solo en Europa: también en Asia. Solo se mantienen bastante baratos en los propios y sobreabastecidos EE.UU. Esto les puede parecer paradójico a los adalides del libre mercado, pero el problema del gas natural, repitámoslo, es que es de transporte difícil. EE.UU. tiene una capacidad limitada de enviar gas por barco, y Europa tiene una capacidad limitada de recibirlo. Por eso en EE.UU. sigue sobrando gas y en el resto del mundo no se puede aprovechar ese exceso.

Gas prices have spiked around the world

Price in \$ per mmBtu by trading point



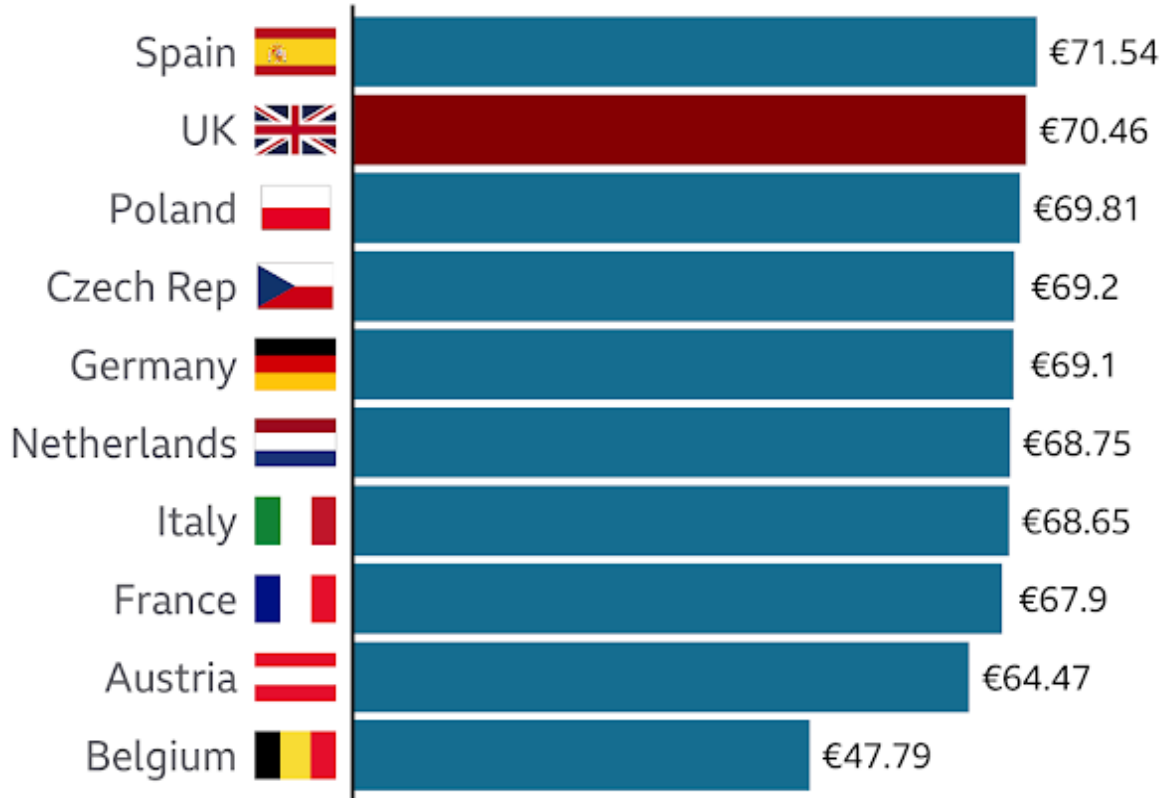
Source: Bloomberg



Si uno mira la evolución del precio del gas en los diversos países de Europa, se ve que en cuestión de un año se ha multiplicado por 5 o más (en el caso de España, hace un año valía 11€/MW·h; actualmente casi 7 veces más, 71,5 €/MW·h). Incluso comparado con los precios de antes de la pandemia, típicamente se ha multiplicado por 3.

Natural gas wholesale prices across Europe

Selected trading hubs, euros per megawatt-hour



Source: Bloomberg. Last update: 23 September 15:00 BST



Estos altos precios del gas tienen un impacto directo el precio de la electricidad. En toda Europa se utiliza el sistema marginalista para fijar el precio de la electricidad en el mercado mayorista (es el mercado donde las compañías productoras le venden la electricidad a las compañías distribuidoras). Con este sistema, pensado para una época de más estabilidad que la actual, el precio de toda la electricidad de un tramo horario se paga al precio del kilovatio-hora más caro que se pone en juego. El problema viene cuando las centrales de ciclo combinado (las que funcionan con gas natural) entran en funcionamiento continuamente. Dentro de la ceremonia de la confusión que impera en la discusión energética hoy en día, a veces se hace creer al público que si hubiera más potencia renovable el precio de la luz bajaría. Esto es falso por diversos motivos. Por un lado, la escasez de materiales que ya ha comenzado (que empezó con **chips y plásticos** y ahora se ha extendido a prácticamente todo) hace que los futuros parques eólicos y fotovoltaicos serán cada vez más caros (como **comentamos con más detalle en su momento**), con lo que sus costes de construcción pero también operativos serán cada vez mayores y la electricidad que se genere con ellos también será más cara. Por otro lado, incluso incrementando enormemente la

actual capacidad de generación de electricidad renovable, se seguirá necesitando una apreciable capacidad de respaldo. Y ya no solo para cubrir la intermitencia de las renovables (el hecho de que no siempre producen energía), sino otro problema tan o más grave: el de la estabilidad de la red eléctrica. Como **comentaba el maestro Beamspot** cuando hablaba de *efectos relativistas*, es muy difícil de mantener la perfecta sincronía de la corriente alterna transmitida por una red de tamaño continental cuando tienes muchas fuentes entrando y saliendo con muchos transitorios y retardos, y al final se necesita contar con centrales que se puedan encender o apagar a voluntad y que puedan entrar con potencia suficiente en cada momento (so pena de causar una catástrofe en la red, peligro que ya se ha bordeado en algunos momentos a nivel de Europa, sin ir más lejos **el pasado 8 de enero**). Por ese motivo, vamos a seguir teniendo una fracción de la electricidad, que puede llegar a ser pequeña pero que siempre va a estar ahí, generada con ciclos combinados, y eso, con nuestro sistema de fijación de precios mayoristas, quiere decir que la electricidad se va a mantener cara mientras el gas sea caro. Es decir, prácticamente siempre a partir de ahora.

No solo la carestía y eventual escasez de gas impacta e impactará en la generación de electricidad y en los usos domésticos: impacta también, y fuertemente, sobre la industria. Una gran cantidad de industrias que utilizan calor industrial consumen muchísimo gas natural, como por ejemplo la industria del cemento o la de la cerámica, por no hablar de otras de escala más modesta como las panaderías (saludos al maestro Félix Moreno por la indicación). En el momento actual, la empresa Fertiberia (dedicada a la fabricación de fertilizantes, que precisan de gas natural para su síntesis) **ha parado su planta de Palos de la Frontera, en principio por un mes**; la razón, los elevados precios del gas natural. **Dos plantas de fertilizantes británicas también han parado**, mientras **China detuvo sus exportaciones de fertilizantes ya en julio**. El parón de este tipo de plantas es generalizado en todo el mundo, y ya **se anticipan nuevos problemas, carestía y escasez en la producción mundial de alimentos**. Se acerca el invierno, y tenemos la despensa medio vacía.

Pero esto no se queda aquí. El **problema del peak oil** sigue estando presente. Es una de las causas detrás del encarecimiento del transporte tanto marítimo como por carretera, y eso indirectamente causa la escasez de conductores de camiones, que es especialmente aguda en el Reino Unido (el Brexit amplifica todos estos problemas en las islas) pero que se va extendiendo al resto de Europa y a los EE.UU. ¿Por qué? Porque al incrementarse los costes de todo, la manera que tienen los transportistas de reducir gastos es reducir el sueldo de los chóferes, hasta que éstos, hartos de las malas condiciones laborales y con sueldos a la baja, deciden dedicarse a otra cosa. De manera insensible el precio del petróleo sigue subiendo y ya se va acercando a los 80\$ por barril,

una primera barrera más física que psicológica, porque a partir de 80\$ las partes menos competitivas de la economía empiezan a sufrir. Teóricamente, **a partir del cálculo del profesor James Hamilton**, el máximo precio que la economía puede tolerar antes de entrar en recesión es alrededor de 120-130\$ por barril, pero por desgracia la maltrecha economía mundial probablemente no podrá soportar ya tanto y entrará en recesión en algún punto no demasiado lejano de los 100\$.

La combinación entre el pico del petróleo/pico del gas (particularmente en Europa, el pico del suministro de gas) garantiza que el proceso de desestabilización económica se acelerará. La falta de una materia agrava la escasez de suministros esenciales para la otra, y la de ésta genera una nueva cascada que repercute en la primera y así sucesivamente. La falta de resiliencia de nuestro sistema económico y productivo, con su absoluta y ciega dependencia en los combustibles fósiles, nos aboca a un proceso de decadencia acelerada. Podemos estar en los primeros compases de un proceso muy rápido que sacudirá a Europa primero y luego al resto del mundo. De momento, **en el Reino Unido se está racionando el combustible** y ya se ven las primeras colas en las gasolineras (de nuevo, el Brexit ha acelerado su caída). Se anticipa que podría haber interrupciones momentáneas del suministro de gas en Europa durante este invierno, particularmente si es frío. Y pase lo que pase se anticipa una intensa crisis económica con graves consecuencias para el Viejo Continente, como **alerta Nafeez Ahmed**.

No queda tiempo para dudar. No hemos hecho caso a las advertencias y ahora vienen ya, atropelladamente, las consecuencias. No hay tiempo, sobre todo para más errores. **Es hora de abandonar grandilocuentes y megalomaniacos planes de transición** que están abocados al fracaso y a causar más destrucción y penalidades. Llegó el otoño y se acerca el invierno. Construyamos ya el refugio, si queremos sobrevivir.

[Fuente: **The Oil Crash**]

24/9/2021

La Biblioteca de Babel

Emilio Silva Barrera

Agujeros en el silencio

**Renglones de memoria contra la impunidad del franquismo
(2000-2020)**

Postmetropolis, Madrid, 2020, 248 pags.

En *Agujeros en el silencio*, Emilio Silva Barrera realiza un recorrido por el debate sobre la memoria histórica a partir de la exhumación de la fosa de los conocidos como "Trece de Priaranza", entre los que se encontraba su abuelo. Llevada a cabo en el año 2000 en la localidad leonesa de Priaranza del Bierzo, fue la primera exhumación científica de una fosa de asesinados del franquismo, y no solo abrió la tierra, sino también el debate social sobre las consecuencias de las violaciones de derechos humanos de la dictadura y la impunidad frente a ellas.

Lo que sigue es una suerte de *podcast* en el que el propio autor relata cómo nació este libro y se recoge su discurso en la presentación del libro el 7 de diciembre de 2020 en el Teatro del Barrio de Madrid, en la que participaron, además de Silva, la periodista Olga Rodríguez y el poeta Juan Carlos Mestre.

A modo de podcast: Agujeros en el silencio

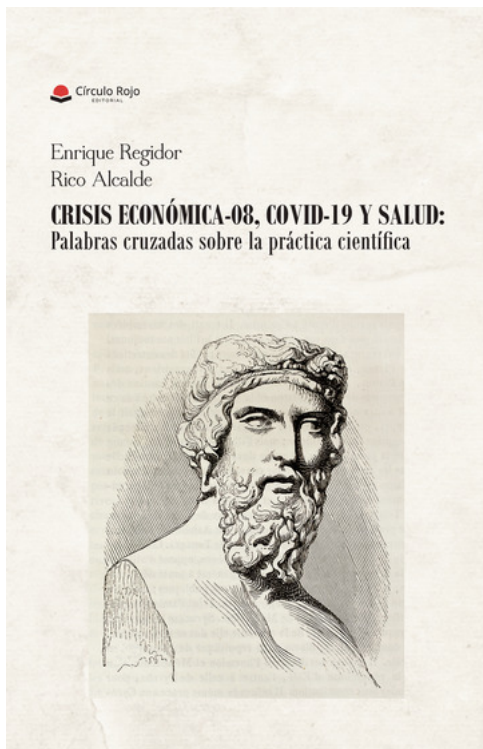
Rosa Ana Alija
10/2021

Enrique Regidor

Crisis económica-08, COVID-19 y salud

Círculo Rojo, Almería, 2021, 388 pags.

Crisis económica, pandemia, salud pública y práctica científica



En 2020 la confluencia de la COVID-19 crisis económica mundial consiguiente ha planteado numerosas cuestiones sobre la práctica sanitaria, la gestión política de la pandemia y la salud pública y la ciencia en general. El reciente libro de Enrique Regidor **[1]** discute esos temas y probablemente será de especial interés para quienes se dedican a la salud pública, a la atención sanitaria o a la investigación en estos campos. Enrique Regidor, profesor en el Departamento de Salud Pública de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, es un investigador cuyas aportaciones a la epidemiología y la medicina preventiva, muchas de ellas publicadas en revistas internacionales de primera línea, han cubierto un amplio espacio.

El concepto de ciencia de Regidor emerge de diversas afirmaciones a lo largo del libro. Que la identificación de las causas de los fenómenos y las explicaciones causales son las tareas principales de la ciencia (p. 176) es un *leitmotiv* que se repite a lo largo del texto. Este enfoque en cierta forma obsesivo de Regidor sobre la causalidad parece no prestar suficiente atención al objetivo general de la ciencia, que es dar cuenta de la realidad, para lo cual es primario describir los elementos que la componen. Antes de enunciar hipótesis para explicar por qué desaparecieron los dinosaurios hubo que descubrir y describir los dinosaurios. Antes de explicar por qué y cómo interaccionan los átomos entre sí o las bacterias con los virus hubo que reconocer la existencia de tales entidades. Probablemente la idea de Regidor según la cual la verificación de hipótesis causales es la tarea principal de la ciencia es compartida por muchos **[2]**, pero es importante ser consciente de que estamos aquí ante una proposición filosófica que rechazan autores

importantes que han teorizado sobre qué es la ciencia y cuáles son sus cometidos. Bertrand Russell, por ejemplo, negaba que la noción de causalidad cumpla algún papel importante en la ciencia **[3]**. En física no se investiga cuál es la causa de los protones o de la fuerza de la gravedad. Tampoco en química se teoriza sobre la causa de que ácidos y sales reaccionen produciendo sales y agua y en biología no se habla de la causa de las mitocondrias o de la mitosis. Lo fundamental en la ciencia es describir la realidad en sus elementos constituyentes y en la forma en que estos se interrelacionan. En las disciplinas científicas esas interrelaciones no siempre se describen como relaciones causales.

Frente a otras formas de conocimiento como la filosofía, la práctica profesional, el arte o el sentido común, la ciencia, dice Regidor, «es la que más se arriesga a entrar en contradicción consigo misma» (p. 22) y «se considera [...] el tipo de conocimiento más adecuado para autocorregirse». Otras formas de conocimiento «también advierten los errores que cometen y los corrigen, pero la ciencia considera que en esto no tiene rival. Tal arrogancia de la ciencia es comprensible» (p. 105), dice Regidor, que a continuación enumera una extensa lista de éxitos científicos que van desde el vuelo de los aviones hasta el poder comunicarnos casi instantáneamente con alguien situado en los antípodas. Según Regidor, la ciencia tal como la conocemos es un fenómeno moderno, se conformó hace apenas un siglo, y la práctica de la salud pública, o la práctica clínica o cualquier otra práctica profesional no son nunca práctica científica, pues la ciencia precisa una recogida de datos sistemática y coherente, que falta en esas prácticas profesionales (p. 213).

Estas afirmaciones dan una idea de lo extrañamente solapada que, según Regidor, estaría la ciencia con «otras formas de conocimiento» como el sentido común o el arte. Pero, por ejemplo, la idea de que la Tierra es esférica, ¿es una idea científica o es sentido común? ¿Y la idea de que es mejor lavarse las manos antes de comer? ¿Y que hay que ir en el automóvil con el cinturón de seguridad puesto? Lo que hoy es «sentido común» apoyado por el conocimiento científico en otros tiempos no lo era y fue probablemente una idea avanzada a menudo en contra del sentido común de la época. Que los negros y demás «salvajes» no son intelectualmente inferiores a los blancos o que las mujeres puedan ser soldados, o ejercer la medicina o la gobernación de un país tan bien como los varones, son ideas que iban contra el sentido común en la Europa del siglo XIX. Ignaz Semmelweis propuso ideas plenamente coherentes con nuestro conocimiento actual de la existencia de gérmenes para explicar el frecuente desarrollo de fiebre puerperal en las parturientas atendidas por médicos que en aquella época no practicaban ninguna medida de higiene. Sus ideas iban contra el sentido común de su época y por ello fueron despreciadas y rechazadas durante décadas **[4]**. De

hecho, la idea de Regidor de que el sentido común, la literatura o el arte son «formas de conocimiento» es un tanto cuestionable. ¿Qué conocimiento está contenido en la *Sinfonía incompleta* de Schubert o en un cuadro de Kandinsky? De la misma manera que podemos decir que la teoría miasmática de la enfermedad es falsa, ¿es acaso posible decir que es verdadera o falsa la novela *El perfume* de Patrick Süskind? A este respecto Regidor trae en su ayuda las ideas de Mario Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras*, ideas que pueden tener mucho interés desde el punto de vista literario pero lo tienen muy poco en cuanto teoría del conocimiento.

La idea de Regidor según la cual la ciencia sería un fenómeno históricamente reciente deja fuera del desarrollo científico, por ejemplo, la invención y perfeccionamiento del calendario solar por las civilizaciones de hace tres mil años o toda la química implícita en las teorías y las prácticas de ceramistas y alquimistas desde hace muchos siglos. Por otra parte, respecto a la idea que Regidor enfatiza, de que la ciencia exige una recolección sistemática de datos, es obvio que en la práctica científica hay generalmente un esfuerzo sistemático por recolectar datos, pero tal esfuerzo muchas veces falta cuando la ciencia avanza por hallazgos casuales, o por el genio de quien sabe hallar conexiones entre fenómenos antes no relacionados. Así, no es imposible que el desarrollo científico, como proceso continuo de formación de hipótesis y esfuerzo mantenido por verificarlas, surja a veces de la práctica profesional, o hasta de los esfuerzos de aficionados a esto o aquello. Regidor dice que, mientras que la vigilancia epidemiológica es rápida, la ciencia es lenta y por tanto inútil para informar la toma de decisiones sobre el desarrollo de una epidemia (p. 210). Esto parece excluir de la ciencia el conocimiento parcial e incompleto. Pero, en realidad, incluso el conocimiento asentado en muchos años de experimentación y teorización es parcial e incompleto. Lo prueban los desarrollos recientes sobre las llamadas partículas elementales y la estructura de la materia, que nos dejan boquiabiertos a quienes aprendimos hace ya mucho aquello de los electrones que giraban alrededor de un núcleo formado por protones y neutrones.

Dice Regidor que Judea Pearl es uno de los autores que más ha contribuido en las últimas décadas al razonamiento contrafáctico y a dotar de formalismo matemático al concepto de causalidad. Pero, lamentablemente, también habría contribuido a crear equívocos al respecto, al utilizar el término «predicción» en sus propuestas y reflexiones (p. 178). Con esta crítica y poco más Regidor despacha a Judea Pearl, autor del reciente *Book of Why* [5], cuyas contribuciones al análisis de la relación causal y a la generación de reglas para verificarla parecen estar entre lo más importante escrito al respecto desde John Stuart Mill [6]. Un aspecto clave, muy interesante y obviamente discutible de lo que Pearl plantea en *The Book of Why* es la afirmación de que la noción de causa podría ser, como otras nociones

primarias en ciencia, indefinible, idea a la que Regidor ni siquiera hace referencia en su libro. Pero lo que sí hace Regidor es defender otra concepción de causa, la noción probabilística según la cual X es causa de Y si la probabilidad de Y dado X es mayor que la probabilidad de Y en ausencia de X, manteniendo todo lo demás constante (p. 51), una noción que fue en tiempos defendida notablemente por Ellery Eells **[7]**. Personalmente me parecía una buena definición de la relación causal, pero la crítica demoledora por Pearl me hizo cambiar de opinión.

Según Regidor, las limitaciones éticas y de factibilidad hacen que la mayoría de las investigaciones científicas no sean experimentales, sino observacionales, lo que llevaría a menudo a los científicos a interpretar erróneamente, como relaciones causales, las relaciones que encuentran. Esta idea parece un tanto cuestionable, ya que hay muchas disciplinas científicas en las que los estudios descriptivos solo raramente llevan a emitir inmediatamente explicaciones causales. En química a menudo se descubren moléculas con propiedades esperadas o inesperadas para las que las explicaciones causales pueden tardar años, si es que alguna vez se llega a ellas. En cualquier caso, para Regidor el experimento, el ensayo aleatorizado controlado, es clave para la atribución de causalidad, y sin tal tipo de ensayo atribuir causalidad es prácticamente imposible. Es muy improbable, dice Regidor, que quienes como él trabajan en investigaciones de tipo observacional encuentren una asociación entre variables que esté libre de sesgo y, por ello, «cualquier interpretación causal que hagamos de esa asociación es pura ficción» (p. 83). Frente a esa idea, una noción a mi juicio clave que se ha venido reafirmando como principio causal desde que John Stuart Mill discutió el concepto de causación y que Judea Pearl ha contribuido a sistematizar es la noción de que, si las variaciones de dos fenómenos están correlacionadas, o bien uno es causa del otro o bien hay un tercer fenómeno que es causa de los otros dos. Este principio, que Regidor no menciona en su libro, se aplica a menudo en estudios observacionales, sobre todo cuando los fenómenos conectados por la noción de causalidad están, digamos, situados en ámbitos de distinto nivel. Por ejemplo, la relación causal entre el cáncer de piel y la radiación, en concreto la luz solar, está fuera de toda duda desde hace muchas décadas, tanto para los carcinomas de células basales o de células escamosas como para el melanoma **[8, 9]**. Por supuesto que no hay ningún ensayo aleatorizado controlado en el que se basen esas atribuciones de causalidad, inferidas a partir de meras observaciones. Si la correlación entre el riesgo de cáncer de piel y la exposición a la radiación solar tuviera que ser explicada por una tercera causa, por un factor de confusión en la jerga epidemiológica, tal factor debería ser a su vez causa del cáncer de piel y de la radiación solar, lo cual no es verosímil. En tales circunstancias la atribución de causalidad es plenamente aceptable. En escenarios de este tipo el escepticismo causal del que Regidor es un entusiasta parece bastante

injustificado. En la investigación actual en salud pública y epidemiología un tema importante es el de los llamados «determinantes sociales de la salud». Existe el convencimiento de que hay factores sociales que influyen sobre la salud y por tanto son causas de salud o enfermedad. Regidor pone serias objeciones a esta noción.

Que la mortalidad tiene un gradiente por clase social, de tal forma que las clases altas tienen por lo general menos mortalidad específica por edades y por tanto tienen más esperanza de vida al nacer, es una idea hoy común en epidemiología, que se remonta a viejas contribuciones, por ejemplo, de Villermé y Farr y a otras no tan viejas de Kitigawa, Marmot y otros muchos autores. Desde este punto de vista la clase social o posición socioeconómica tendría un efecto causal sobre la salud y la enfermedad. Regidor considera, sin embargo, que esta idea no tiene fundamento empírico. Dice que en la actualidad en las personas de menor nivel de ingreso en los países ricos se observan más conductas de riesgo para la salud y mayor mortalidad que en las personas de mayor ingreso, pero eso no ha sido siempre así porque ha habido periodos históricos en los que se observó lo contrario (pp. 64-65). Regidor no dice cuáles fueron esos periodos. Las observaciones que muestran que los ricos viven en general más que los pobres según Regidor solo corresponderían a Inglaterra y EE.UU. (pp. 285 *et seq.*), y es aventurado generalizarlas y afirmar que eso ha sido así en toda época y lugar (p. 299). Según Regidor, es obvio que el cáncer de pulmón, hoy mucho más frecuente en personas de baja posición socioeconómica, que fuman más, debió de ser más frecuente en otros tiempos en las personas adineradas, que eran quienes podían permitirse el lujo de fumar. Y lo mismo sería aplicable a las consecuencias del consumo excesivo de alcohol, que en otros tiempos debió de afectar casi exclusivamente a las clases altas, ya que las clases bajas no podían permitirse abusar del alcohol. Por supuesto que todo esto es obvio y que algunas enfermedades y causas de muerte son hoy más frecuentes en los grupos de alto ingreso. El cáncer de mama es más frecuente en mujeres de clase social alta, pero excepciones como esta, ¿demuestran algo frente a la regla del gradiente inverso de mortalidad, por ejemplo, por enfermedades respiratorias, cardiovasculares o infecciosas a las que se atribuyen el grueso de las defunciones en nuestra época y que son sistemáticamente más frecuentes en los grupos de peor posición social?

Regidor da algunas referencias para respaldar su afirmación de que en otros tiempos la enfermedad y la muerte no tenían un gradiente por clase social (p. 289). Cita, entre otros, un viejo artículo de Antonovsky que a su juicio fue la primera revisión exhaustiva de diferencias de mortalidad y esperanza de vida **[10]**. Según Regidor, Antonovsky afirmó en aquella revisión que antes de la época de la industrialización no parecía haber datos que mostraran diferencias socioeconómicas de mortalidad y que algunos autores afirmaron

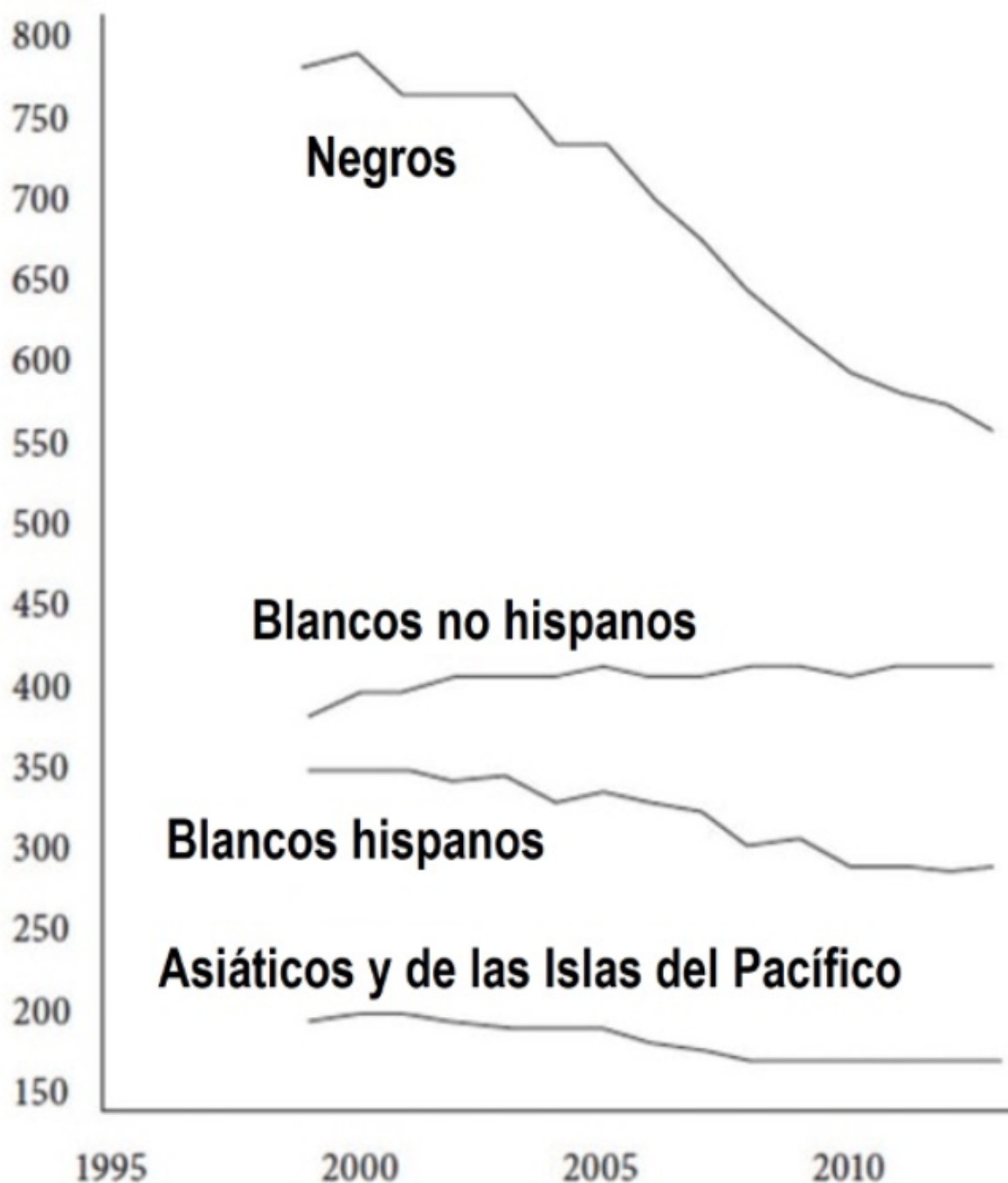
incluso que los nobles tenían mayor mortalidad que los plebeyos. Es cierto que Antonovsky dice eso que Regidor dice que dice, pero Antonovsky dice también que los datos para basar esas afirmaciones —según las cuales la mortalidad de los aristócratas habría sido mayor que la del pueblo llano— son dudosos. A partir del mismo artículo de Antonovsky, Regidor cita a uno de los precursores reconocidos de la estadística sanitaria, William Farr, quien afirmó que las epidemias nacían en las chozas, alimentadas por el hambre, pero luego se arremolinaban y golpeaban duramente en los palacios. Es una cita poética, como afirma Regidor, pero dice poco o nada sobre las tasas de mortalidad. Pero volvamos al artículo de Antonovsky, que, de hecho, comienza dando las estadísticas de mortalidad de mujeres en el desastre del *Titanic*, en el que en primera clase se ahogaron 4 mujeres de las 143 (2,8%) que viajaban; en segunda clase se ahogaron 15 de 93 (16,1%), y en tercera clase se ahogaron 81 mujeres de 179 (45,3%). Tras este comienzo tan sugerente de un gradiente de mortalidad por clase social, Antonovsky repasa treinta y tantos estudios sobre la relación entre clase social o nivel socioeconómico medido de distinta forma en ciudades o áreas geográficas diversas y en distintas épocas de los siglos XIX y XX en EE.UU., Inglaterra, Gales, Alemania, Francia, Austria, Dinamarca, Hungría, Holanda y Japón. En todos los casos, excepto en Holanda, los estudios mostraban el gradiente de mortalidad por clase social. Antonovsky concluía el artículo diciendo que las estadísticas mostradas no daban ninguna razón para rechazar las inferencias sobre el gradiente de mortalidad por clase social que sugería el desastre del *Titanic*. «Pese a la multiplicidad de datos e índices usados en los [...] estudios citados, y a pesar de la variedad de poblaciones examinadas, la conclusión ineludible es que la clase a la que se pertenece influye en la probabilidad de permanecer vivo», concluía Antonovsky (el texto entrecomillado anterior es mi traducción). En resumidas cuentas, la lectura del artículo de Antonovsky no me lleva de ninguna forma al mismo sitio al que llega Regidor. Tiene razón este cuando afirma que no hay que fiarse de lo que otros dicen sobre algo, sino que es mejor comprobarlo uno mismo.

Ya que Regidor menciona el comentario «poético» de William Farr sobre la mortalidad epidémica (p. 290), viene a colación mencionar que Farr describió la mortalidad de los mineros en Inglaterra, Escocia y Gales y mostró cómo era sistemáticamente mayor que la de los varones no mineros **[11]**. En una controversia con Chadwick sobre las causas de mortalidad en Gran Bretaña, Farr defendió la idea de que muchas defunciones se debían a la desnutrición **[12]**. Farr estaba de acuerdo con Chadwick en que los certificados de defunción presentaban en muy pocos casos la desnutrición como causa de muerte, pero a su juicio la desnutrición era un elemento subyacente en muchas defunciones que se atribuían a otras causas. Es de suponer que la desnutrición sería menos frecuente entre los aristócratas y potentados de la época. Los epidemiólogos saben de sobra que diversas enfermedades son

mucho más graves en presencia de desnutrición. La tuberculosis que tantas muertes causó hasta bien avanzado el siglo pasado se cebaba principalmente en las familias pobres, malamente alimentadas.

Quienes están familiarizados con la literatura epidemiológica a menudo consideran que la posición socioeconómica a lo largo de la vida es un determinante clave del estado de salud o enfermedad subsiguiente; multitud de estudios lo habrían mostrado claramente **[13]**. Por ejemplo, en el EE.UU. de la primera mitad del siglo XIX, en el estado de Luisiana la esperanza de vida de los blancos era varios años mayor que la de los esclavos negros **[14]**. En 1960, en EE.UU. el grupo étnico de mayor nivel de ingreso eran los japoneses y el de menor ingreso los negros, y entre estos dos extremos se situaban los blancos. Para las mujeres estadounidenses de origen japonés la esperanza de vida al nacer era de 80 años, mientras que para las blancas estadounidenses era de 75 años y para las afroamericanas, de 67 **[15]**. Los datos de mortalidad en EE.UU. en años recientes muestran un claro gradiente por clase social y por grupo racial, siendo la mortalidad de los negros estadounidenses mucho mayor que la de los blancos hispanos o no hispanos, aunque las diferencias se han reducido significativamente en el presente siglo (figura 1).

Figura 1



Tasas de mortalidad por 100.000 personas a edades de 45-54 años en cuatro grupos demográficos de la población de EEUU. Figura preparada a partir de datos de CDC Wonder

En contra de lo que dice Regidor, hay muchos datos directos e indirectos que sugieren que el gradiente de mortalidad por clase social, posición socioeconómica o nivel de ingreso es una constante histórica. Hoy es

conocimiento general que la estatura es un indicador importante del nivel de salud, ya que las poblaciones más altas tienden a tener menor mortalidad **[16 , 17]**. Por registros militares se sabe que los varones examinados para el reclutamiento han ido aumentando de estatura y peso en todos los países en los siglos recientes, y también se sabe que los más bajos y los de menor peso, que obviamente eran los de familias más pobres, a menudo estaban tan enfermos que no servían para el servicio militar y eran declarados exentos **[18]**. También parece que los aristócratas en general eran más altos y más rollizos que los campesinos; hay pruebas abundantes de esto en la pintura y la literatura del Renacimiento y de la Edad Media, en las que a menudo los campesinos son de corta estatura y notablemente flacos, mientras que los nobles aparecen altos, rosados y a menudo regordetes. Es posible considerar que todo esto son datos anecdóticos que no justifican la idea de que, dicho mal y pronto, los ricos viven en general más que los pobres y que eso es una constante histórica. Obviamente cada uno considera anecdótico o sistemático esto o aquello; lo cierto es que para muchos estudiosos de estos temas todo lo anterior es suficiente para respaldar la idea de que la probabilidad de supervivencia tiene un gradiente por clase social. Algunos datos de los que disponemos sobre la evolución de la humanidad tanto en la historia como en la prehistoria también apuntan a esa idea. Como muestran, por ejemplo, los hallazgos de Atapuerca, las bandas de homínidos que vivían como cazadores-recolectores nómadas hace muchos miles de años practicaban habitualmente el canibalismo (probablemente los devorados eran los muertos o capturados en disputas entre bandas). Luego, en algún momento hace unos pocos miles de años, algunas comunidades humanas del valle del Nilo, de la Mesopotamia del Tigris y el Éufrates y de lo que hoy es la India comenzaron a establecerse permanentemente en zonas donde cultivaban la tierra y cuidaban de animales domésticos de los que aprovechaban la leche y la carne. En ese paso, dice V. Gordon Childe, un componente fundamental debió de ser el surgimiento de la esclavitud **[19]**. Pero ¿cómo surgió esta? Según Childe, los primeros esclavos fueron probablemente miembros de grupos que se enfrentaron a las primeras grandes comunidades estables, agrícolas, y fueron derrotados; eran entonces prisioneros de guerra. En la práctica social de cientos de siglos, la esclavitud surgió como alternativa provechosa para los vencedores; era práctico y ventajoso convertir a los prisioneros en esclavos, mejor que matarlos o devorarlos. Pero volvamos a la idea de que la esperanza de vida está en relación con la posición que se ocupa en la vida social. Por supuesto que sería absurdo preguntarse si la esperanza de vida de los que eran devorados por los caníbales era mayor o menor que la de estos. Pero podríamos preguntarnos si los esclavos que trabajaban bajo el látigo en las antiguas civilizaciones construyendo pirámides, palacios o acueductos, o solo hace pocos siglos cultivando algodón o caña de azúcar en las plantaciones del continente americano, vivían en general más o menos que quienes eran propietarios de esos esclavos y gastaban su tiempo en el Senado romano o en

los casinos de Nueva Orleans. Incluso con pocos datos al respecto, no es difícil hacerse una idea de cuál es la respuesta a esa pregunta. En algún sitio, no recuerdo dónde, leí una vez que los miembros de la Academia de Ciencias de la URSS tenían varios años más de esperanza de vida que la población soviética en general. Esto sería un dato más de entre los muchos que apuntan a un efecto causal sobre la longevidad de la posición social y económica que se ocupa en la sociedad.

Otra noción común en epidemiología y medicina social es el efecto perjudicial del desempleo sobre la salud. El efecto perjudicial del desempleo se refiere a que el desempleo tiene efectos perjudiciales para quien lo sufre, aunque hay muchos que entienden también que, cuando aumenta el desempleo en una sociedad, tiende a empeorar la salud. Esta segunda interpretación es falsa, como han demostrado investigaciones diversas en muchos países, que muestran que la mortalidad tiende a disminuir en las épocas de recesión, cuando aumenta la tasa de desempleo **[20-28]**. A quienes arguyen que a esas investigaciones se oponen los hallazgos de autores como Harvey Brenner, David Stuckler o Ralph Catalano, que «demostraron» que las recesiones aumentan la mortalidad, habría que explicarles que las investigaciones de estos autores tienen serios defectos que las hacen inválidas **[29-31]**, pero eso no cabe de ninguna forma en esta reseña. Pese a que muchos pensaban que la Gran Recesión y las medidas de austeridad tomadas por muchos gobiernos supondrían un hundimiento de los indicadores de salud, esas expectativas no se cumplieron de ninguna manera **[26, 32, 33]**. Hay que reconocerle a Regidor el mérito de haber conseguido que se reconozca que era un disparate el artículo de Cabrera de León y sus coautores, quienes mantenían que tras la recesión de 2008 las defunciones en España habían aumentado de tal manera que el exceso de muertes correspondiente era mayor al producido por la guerra civil española **[34, 35]**. Tal disparate, publicado en agosto de 2018 en el *American Journal of Public Health*, era simplemente fruto de que Cabrera de León y sus coautores usaron una serie ajustada de tasas de mortalidad anuales del Instituto Nacional de Estadística (INE), en la que a partir de cierto año el INE había cambiado el estándar de ajuste por edades. El artículo de Cabrera de León fue publicado acompañado de una nota de otros autores españoles **[36]** que apuntaban el error de Cabrera de León, pero también venía acompañado de un comentario de Sandro Galea, el decano de una escuela de salud pública, y Roger D. Vaughan, un coeditor de la revista **[37]**, que enfatizaban la importancia del artículo de Cabrera de León. Evidentemente, el director del *American Journal of Public Health* no supo ver que quienes estaban realzando la importancia del artículo de Cabrera de León estaban simplemente tragándose un error garrafal. Es obvio que muchas cosas que se publican en las revistas científicas tienen errores mayúsculos, como subraya Regidor, pero también que la ciencia tiene capacidad de autocorrección; claro que las correcciones a veces

son muy rápidas, pero otras veces tardan mucho tiempo.

Regidor critica la idea de que la mortalidad subió durante la crisis económica de 2008 a pesar de que aumentó el desempleo, pero también niega que haya un nexo causal en la relación entre desempleo individual y empeoramiento de la salud. Pero son cosas distintas. Es perfectamente posible que en una recesión aumente el desempleo y ello haga empeorar a corto, medio o largo plazo la salud de quienes quedan desempleados, y que, a la vez, a corto plazo mejore la salud del resto de la población, con un efecto neto de mejora de la salud de la población en general **[29]**. De hecho, esto parece ser lo que ocurre según muestran muchos estudios. Regidor dice con razón que muchas investigaciones sobre la relación entre desempleo y salud solamente muestran una asociación que no puede considerarse causal, porque la mala salud puede ser, y de hecho es, causa de pérdida del empleo, y entonces A que causa B se toma como si B causara A. Regidor cita tres estudios en los que se ha investigado la salud en sujetos que han sufrido el desempleo por causas que no pueden considerarse asociadas a la existencia previa de enfermedad, por ejemplo, cierres de empresas, que muestran similar mortalidad y morbilidad en quienes sufrieron el despido y en el grupo control. Regidor concluye que no hay nada que sugiera que el desempleo es perjudicial para la salud. Sin embargo, Regidor no cita en el libro el estudio de Sullivan y Von Wachter **[38]** que mostró fuertes diferencias de morbilidad y mortalidad entre trabajadores que habían perdido su empleo por el cierre de empresas y un grupo similar de controles. Tampoco cita un estudio en el que un grupo de la Universidad de Michigan del que formé parte investigamos simultáneamente, con datos de EE.UU., la potencial influencia del desempleo individual y del desempleo contextual (medido por la tasa estatal de desempleo) y hallamos una fuerte influencia del desempleo individual como predictor de mortalidad, ajustando por el estado de salud previo a la aparición del desempleo **[39]**. Que Regidor no desconoce estos estudios lo puedo afirmar, porque yo mismo se los pasé. Citar los estudios con conclusiones que nos gustan e ignorar los que no nos gustan, lamentablemente, es mal de muchos. Por lo demás, un estudio que no halle algo no demuestra que ese algo no existe. Como dice a menudo mi coautor Ed Ionides, la lente del telescopio puede estar mal puesta o sucia cuando se estaba realizando la observación. Charles Darwin decía que un principio básico de la investigación es buscar con especial interés los datos que van en contra de lo que uno supone, de su teoría previa, y, en caso de encontrarlos, prestarles especial atención. Claro que de esa actitud muchas veces lo que se desprende es un reforzamiento de la teoría previa, cuando el supuesto dato contradictorio resulta explicado por alguna causa obvia. Otras veces los datos que no encajan con la teoría previa serán el fundamento del desarrollo de una teoría nueva.

En su línea de negación de la influencia de los factores socioeconómicos sobre la salud y enfrentándose a una larga tradición que se remonta a Durkheim, Regidor niega que haya pruebas de una relación causal entre desempleo y suicidio (p. 164). Sin embargo, hay muchos estudios que muestran que, en general, los suicidios aumentan en las épocas de recesión económica, cuando aumenta el desempleo, aunque las investigaciones que diferencian entre suicidios en varones y en mujeres parecen demostrar que este es un fenómeno sobre todo masculino **[21, 24, 40-43]**. Y como las recesiones son, como Regidor afirma en su libro, fenómenos que pueden considerarse experimentos naturales, el carácter causal de la conexión entre suicidio y desempleo parece muy plausible, a no ser que pensemos que hay algún factor de confusión (¿quizá una influencia astral?) que hace que ocurra a la vez una recesión económica y un aumento de los suicidios. Las enfermedades mentales, entre las cuales los síndromes depresivos ocupan un lugar clave, son también más frecuentes en desempleados **[44]**. Y, en quienes padecen depresión, el suicidio es más frecuente. Las investigaciones de Christopher Ruhm han mostrado también que los trastornos mentales y en concreto la depresión, evaluados por encuestas o por ingresos hospitalarios, aumentan en los periodos recesivos y disminuyen en las épocas de expansión económica **[45]**. Discrepo, pues, de Regidor en su opinión de que no hay pruebas que indiquen un nexo causal entre desempleo y suicidio. Las hay y a mi juicio son bastante sólidas.

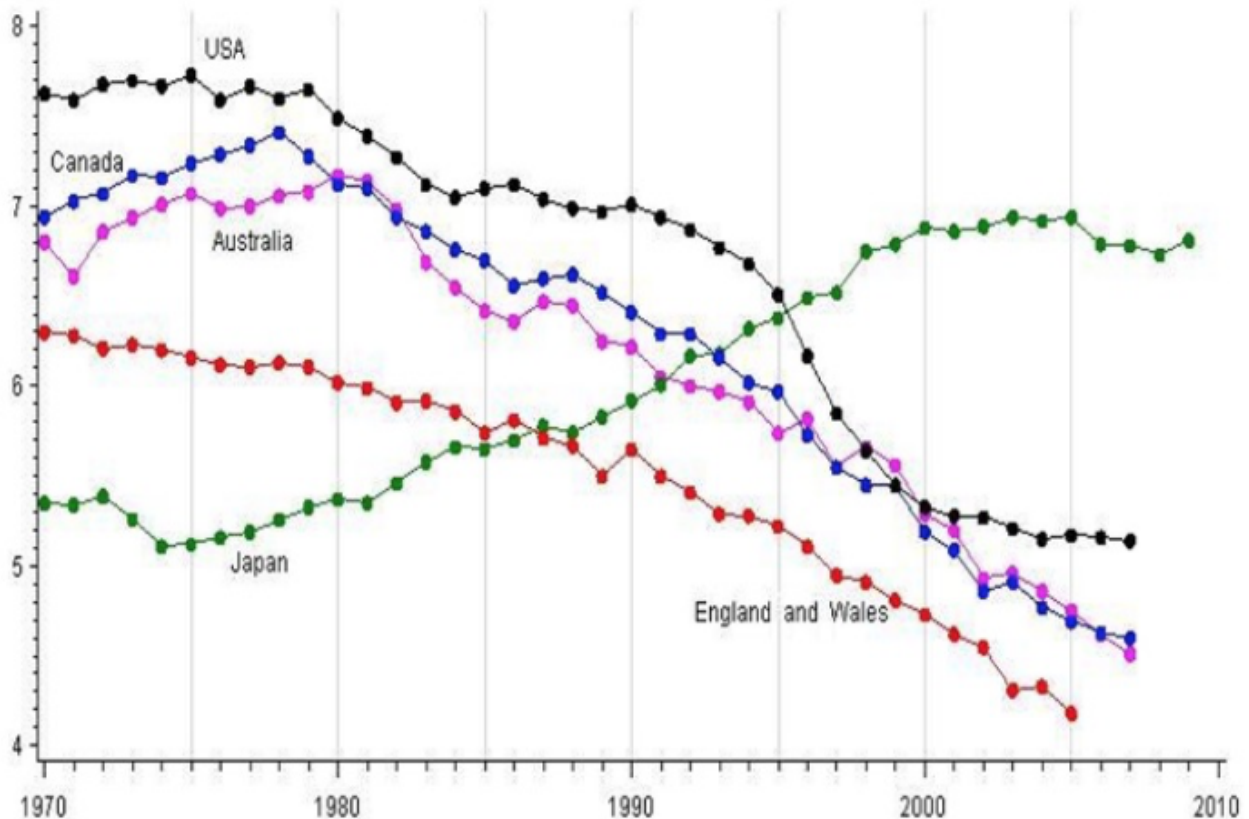


Figura 2. Ventaja de esperanza de vida al nacer de las mujeres con respecto a los varones en EEUU, Canadá, Australia, Japón e Inglaterra y Gales Según datos de la Human Mortality Database (www.mortality.org/)

Refiriéndose a las diferencias de esperanza de vida en favor de las mujeres, Regidor afirma de forma sorprendente que aumentaron durante el siglo XX (p. 66), lo cual parece cierto solo en casos excepciones, como el de Japón (figura 2). Dice también, sorprendentemente, que «las mujeres constituyen el grupo prioritario en las propuestas de intervención para la reducción de la diferencia en salud entre hombres y mujeres». Pero en salud pública nadie ha propuesto, que yo sepa, que se haga algo para reducir la esperanza de vida de las mujeres para volverla similar a la de los varones.

Regidor discrepa de la práctica, hoy habitual, que considera los conflictos de interés como elementos que debilitan la credibilidad de autores cuyas investigaciones apoyan o se oponen a determinada tesis científica (pp. 33-35) A juicio de Regidor todos tenemos ideas, prejuicios y creencias que influyen en cómo interpretamos los datos. Pero esas ideas, según Regidor, no tienen ni más ni menos importancia que el que quien hace los juicios obtenga beneficios directos de esta o aquella industria cuyos intereses se ven perjudicados o beneficiados por las conclusiones de la investigación. Por tanto, declarar los conflictos de interés monetario no debería ser requisito de

ninguna investigación. En este tema imagino que serán muchos los que, como yo, estarán en desacuerdo con Regidor. Considerar los conflictos de interés como importantes para determinar en qué medida pueden o no estar sesgadas las ideas de los investigadores sobre este o aquel tema ha sido una práctica científica aceptada y consensuada desde hace muchos años. Pueden darse docenas de referencias que muestran cómo los intereses económicos apoyan las líneas de investigación que les son favorables y hacen todo lo posible por desprestigiar las que les son desfavorables [46, 47]. Todo ello crea falsas certidumbres e introduce en la opinión pública, en el «sentido común», ideas sin fundamento. Un ejemplo muy ilustrativo es el de la supuesta carcinogenicidad de los edulcorantes, que surgió de investigaciones promovidas por la industria azucarera, preocupada por la posible caída de las ventas de azúcar [48, 49]. La investigación posterior no ha podido demostrar ninguna carcinogenicidad de edulcorantes como la sacarina o el aspartamo, mientras que los perjuicios para la salud del consumo de azúcar son obvios, por ejemplo la caries dental y la diabetes [50]. La industria azucarera hizo todo lo posible por ocultar estos perjuicios y «descubrir» los perjuicios causados por los edulcorantes.

Regidor rechaza usar los modelos animales para estimar riesgos en seres humanos porque «no existe ninguna garantía» de que los estudios en animales puedan extrapolarse con éxito al hombre (p. 89). Esta afirmación parece darse de bruces con la realidad de que el hombre es un mamífero cuya biología y fisiología son casi idénticas a las de los demás mamíferos. ¿Por qué si una sustancia es cancerígena o hepatotóxica en, digamos, ratones no habría de serlo en seres humanos? ¿Habría quizá que hacer un ensayo aleatorizado con seres humanos para comprobarlo?

Regidor hace varias veces referencia en el libro (pp. 248, 245, etc.) a la «libertad económica», cuya restricción se plantea a veces como medida de salud pública. Tal libertad, por ejemplo para la descarga en un puerto de mercancías y pasajeros de un barco en el que se ha producido un brote epidémico, fue cercenada ya desde hace siglos por las autoridades sanitarias que, pese al conocimiento imperfecto sobre la naturaleza y forma de transmisión de esas enfermedades, intuían que una cuarentena podía estrangular la transmisión [51]. La libertad económica, es decir la ausencia de normas, por ejemplo, sobre un nivel mínimo de salarios o condiciones higiénicas en los lugares de trabajo, es sistemáticamente defendida por los partidarios del libre mercado y el capitalismo y atacada por sus opositores. Rosa Luxemburg, por ejemplo, comparaba la «libertad económica» a la libertad de un zorro en un gallinero. Siguiendo con la defensa de la libertad individual frente al interés social y yéndose a la orilla alarmista que en otros muchos casos rechaza, Regidor considera como indicio ominoso del futuro que podría venir el que la medicina preventiva pueda estar convirtiéndose en

fundamento de políticas autoritarias que supuestamente favorecerían la salud pública a costa de infringir la libertad de determinados ciudadanos. Así, cita (p. 87) la prohibición de fumar en presencia de menores en locales cerrados o en vehículos, prohibición que, dice, ya existe en algunos países (no dice cuáles). El paso siguiente sería prohibir fumar en los hogares y alentar la delación vecinal de los infractores de este tipo de normativas que, por otra parte, están basadas en las dudosas pruebas científicas del carácter nocivo de la exposición de los no fumadores al humo de los fumadores. Los científicos que apadrinan estas medidas, «en lugar de resistir y enmudecer dada la incertidumbre fáctica, se convierten en cómplices de los estados policiales que estamos creando» (p. 88). Lamentablemente, la pandemia de COVID-19 parece haber dado ya indicios bastante inequívocos de que las políticas autoritarias para estrangular la pandemia fueron efectivas. Con todas las incertidumbres respecto de las cifras, las muertes causadas por la pandemia en EE.UU. probablemente se acerquen en agosto de 2021 al millón, mientras que con una población cuatro veces mayor las cifras de defunciones son solo unos pocos miles en China. El autoritarismo sanitario es muy distinto del autoritarismo político, aunque en el caso de China vayan de la mano. Pero no es así por ejemplo en los países nórdicos, donde el autoritarismo sanitario noruego y danés en la pandemia de COVID-19 se ha opuesto al liberalismo sanitario sueco, asociado a cifras mucho mayores de mortalidad pandémica. Otro país que al parecer ha aplicado exitosamente el autoritarismo sanitario para afrontar la pandemia ha sido Nueva Zelanda. No parece que aplaudir el autoritarismo sanitario puesto en vigor temporalmente por las autoridades para afrontar una crisis sanitaria ponga a los profesionales sanitarios en un mismo barco con Stalin y Mao, aunque tal ha sido la idea de muchos seguidores de Donald Trump en EE.UU. o de Bolsonaro en Brasil.

Pese a considerar que una virtud de los científicos debe ser su parquedad, ya que «la prudencia y el silencio deben ser la columna vertebral del comportamiento de los científicos» (p. 17), Regidor parece creer que es perfectamente admisible que, cuando firman en conjunto un artículo, los científicos han de hacer la vista gorda si el texto incluye afirmaciones con las que no están de acuerdo. Esa idea no parece muy edificante. Lamentablemente, la presión por publicar es agobiante y en muchos campos científicos el número promedio de autores de un artículo está creciendo como la espuma. En medicina y salud pública este fenómeno es a menudo escandaloso, con artículos de una o dos páginas firmados a veces por grupos de hasta una veintena de autores. Ser tolerante con el fenómeno de los artículos firmados por muchos que no cumplen realmente los requisitos para ser considerados autores de la investigación y con la idea de que no importa firmar cosas con las que no se está del todo de acuerdo es ir a favor de las peores tendencias hoy en desarrollo en diversos campos de la actividad científica.

Casi toda la segunda mitad del libro de Regidor está dedicada a la discusión de lo ocurrido durante la pandemia de COVID-19 y mucho de lo que dice Regidor sobre lo ocurrido desde que comenzó la pandemia parece razonable y plausible. Regidor se queja de que muchos pronunciamientos de científicos sobre la pandemia y la actitud a tomar ante ella fueron inoportunos, infundamentados y, en algunos casos ya comprobados, por completo erróneos. Con la pandemia en plena expansión y una falta de datos apropiados para estimar con un mínimo de exactitud los parámetros básicos de su evolución, era fácil desbarrar y hablar sin ton ni son. La idea de Regidor de que los científicos deben por principio estar callados podría haber ahorrado muchas tonterías en este contexto. Pero el principio parece un tanto exagerado, porque si todos los que saben al menos un poco de algún tema se quedan callados, ¿de quién habrían de obtener información las autoridades que intenten obrar de forma racional? ¿De los astrólogos o de quienes practican la güija o consultan la bola de cristal? Muchos científicos sienten exactamente el impulso contrario, el deber de hablar si creen saber sobre algo. Bertrand Russell, Albert Einstein, Leo Szilard, Herman Muller, Linus Pauling y James Hansen son algunos de los muchos nombres que podrían citarse al respecto. La pandemia de COVID-19 solo tiene precedentes claros y muy lejanos en la pandemia de gripe de 1918, y la comunidad científica estaba en muy mala posición para hacerle frente; no es de extrañar que produjera a la sazón muchos disparates.

Hay en el libro de Regidor diversas consideraciones sobre ética y legalidad (pp. 258 *et seq.*) que no parecen especialmente clarificadoras ni útiles. Si negros y blancos antirracistas en EE.UU. hubieran seguido la idea de Regidor de que en un régimen democrático lo que hay que hacer es acatar la ley y nada más, los negros en EE.UU. hubieran seguido sufriendo la segregación racial que, de acuerdo con la legalidad vigente en la década de 1960, se mantenía en restaurantes, locales de espectáculos, en el transporte público y en las instituciones educativas. Las relaciones entre legalidad y ética son mucho más complicadas de lo que Regidor sugiere.

En este libro Regidor ha presentado sus ideas en forma de diálogo con Rico Alcalde, un *alter ego* de sí mismo. Este artificio expositivo no hace a mi juicio que la lectura sea más amena ni es tampoco útil para clarificar los temas, sino que más bien embrolla las discusiones y desdibuja las ideas que defiende el autor. Las referencias al final del libro y numeradas por capítulo, y las larguísimas notas también al final, en otra sección, también entorpecen la lectura, ya de por sí difícil por las muchas erratas y frases agramaticales o con errores obvios. Regidor no parece consciente de que el verbo inglés *to assume* y el sustantivo derivado *assumption* que tanto se usan en inglés no son en general equivalentes al verbo castellano «asumir» y a nuestro sustantivo «asunción». Así usa continuamente «asunción» como equivalente a

«supuesto» y «asumir» como sinónimo de «suponer». Este uso puede llevar a desagradables ambigüedades. Por ejemplo, hablando en buen castellano suponer que tu cónyuge te engaña y asumirlo son cosas muy distintas. Casi siempre que en el libro de Regidor dice «sino» debería decir «si no», y son incontables los casos en los que dice «transmisión área» cuando debería decir «aérea». Hay que imaginar a menudo lo que Regidor intentó decir, porque, por ejemplo, dice «empleados» donde es obvio que debería decir «desempleados», o «casualmente» en vez de «causalmente», o «existencia» en vez de «asistencia».

En años recientes se ha puesto de manifiesto la credulidad socioepidemiológica de muchos académicos y profesionales del campo de la salud pública. Un ejemplo extremo de esa credulidad fue la publicación del artículo de Cabrera de León y la exaltación de su supuesto valor científico por autores que ocupan posiciones de liderazgo intelectual en el campo de la salud pública. Quienes piensan que de los estudios observacionales pueden extraerse fácilmente conclusiones causales a partir de las cuales se deducen políticas obvias para favorecer a los grupos con peores indicadores de salud [52] se han enfrentado una y otra vez a cuestionamientos y refutaciones por investigadores mucho más conscientes de las dificultades planteadas por el salto desde la observación a la explicación. Ejemplos de ello son la controversia ya antigua sobre las ideas de Wilkinson [53, 54], comentarios más recientes sobre la interpretación de los estudios epidemiológicos [52, 55] o la polémica sobre estudios observacionales y ensayos controlados de la que un editorial en el *New England Journal of Medicine* [56] fue el elemento central. Si la credulidad causal está, digamos, en un extremo del espectro metodológico en epidemiología, el escepticismo causal de Enrique Regidor, con quien colaboré como coautor en varios artículos, está justamente en el otro extremo. Entremedias hay todo un campo de hipótesis causales para cada una de las cuales existe un grado específico de fuerza probatoria de los datos. La tarea científica en ese campo es separar la paja del grano, sin tirar al niño con el agua sucia. Este libro de Regidor hace aportaciones interesantes a diversas polémicas y probablemente será una lectura estimulante y a menudo provocadora para quienes trabajan como profesionales, investigadores o docentes en atención sanitaria o en salud pública. Lástima que sus defectos formales dificulten la lectura y que en el ancho campo epidemiológico entre la credulidad extrema y el escepticismo a ultranza Regidor ocupe un extremo. En este caso podría ser apropiado recordar aquella idea de sentido común (aunque parece venir de Aristóteles) según la cual en el término medio está la virtud.

Para concluir este comentario quizá valga la pena mencionar que resulta sorprendente que un libro que discute tanto la práctica científica, que tantas veces critica las afirmaciones alarmistas y que recomienda que los científicos

sean extremadamente prudentes y permanezcan callados, no diga nada sobre el cambio climático. En relación con este tema, hace varias décadas unos pocos científicos consideraron necesario no solo hablar, sino hacerlo tan alto como fuera posible para prevenir a la humanidad de una amenaza a su juicio importantísima, existencial. Y aunque en principio esos científicos eran pocos y eran muchos, en cambio, quienes veían esos avisos de catástrofe con escepticismo, con el paso del tiempo los argumentos de los proponentes del cambio climático ganaron credibilidad en la comunidad científica, que hoy muy mayoritariamente considera que el que esté ocurriendo un calentamiento atmosférico y dicho calentamiento sea consecuencia de las actividades humanas son tesis probadas y demostradas con una seguridad cercana al 100%. ¿Qué opina Regidor de todo esto? No lo sabemos, pero quizá lo indica la última página del libro, donde Regidor afirma que los meteorólogos «saben que solamente pueden hacer predicciones a corto plazo» (p. 384); lo cual no es correcto, porque la Organización Meteorológica Mundial y los muchos meteorólogos que participan en instituciones científicas que han investigado sobre el cambio climático han hecho predicciones a largo plazo, con una perspectiva de décadas. Esas predicciones están implícitas en la afirmación de que estamos en un proceso de incremento de las temperaturas medias de la atmósfera y los mares, que es fruto de las actividades humanas y que, según las tendencias actuales, en algunas décadas habrá elevado en varios grados centígrados las temperaturas medias de la Tierra. La teoría del cambio climático implica varios enlaces causales que desde una perspectiva escéptica podrían considerarse no demostrados, ya que no están basados en experimentos concluyentes ni tampoco en ensayos aleatorios controlados. Pero la comunidad científica ha ido más allá y, de forma abrumadoramente mayoritaria, ha aceptado esa teoría. ¿Estará quizá equivocada? Por su escepticismo causal a ultranza, Regidor podría quizá pensarlo.

Notas

[1] Regidor E. *Crisis económica-08, COVID-19 y salud: Palabras cruzadas sobre la práctica científica*. Almería: Círculo Rojo; 2021.

[2] Mackie JL. *The cement of the universe: A study of causation*. Oxford: Clarendon Press; 1974.

[3] Mumford S. *Causation: A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press; 2013.

[4] Buck C, Llopis E, Nájera E, Terris M, eds. *El desafío de la epidemiología: Problemas y lecturas seleccionados*. Washington, D.C.: Organización Panamericana de la Salud (OPS/OMS); 1988.

- [5]** Pearl J, Mackenzie D. *The book of why: The new science of cause and effect*. New York: Basic Books; 2018.
- [6]** Mill JS. *A system of logic, ratiocinative and inductive: Being a connected view of the principles of evidence and the methods of scientific investigation*. New York: Harper; 1846.
- [7]** Eells E. *Probabilistic causality*. Cambridge England ; New York: Cambridge University Press; 1991:413.
- [8]** English DR, Armstrong BK, Kricger A, Fleming C. Sunlight and cancer. *Cancer Causes & Control*. 1997;8(3):271-283.
- [9]** Armstrong BK, Kricger A, English DR. Sun exposure and skin cancer. *Australasian Journal of Dermatology*. 1997;38(Suppl 1):S1-S6.
- [10]** Antonovsky A. Social class, life expectancy and overall mortality. *Milbank Mem Fund Q*. 1967;45(2):31-73.
- [11]** Farr W. Mortality of miners. In: Buck C, Llopis E, Nájera E, Terris M, eds. *The challenge of epidemiology: Issues and selected readings*. Washington, D.C.: Pan American Health Organization (PAHO/WHO); 1988:67-71.
- [12]** Hamlin C. Could you starve to death in England in 1839? the Chadwick-Farr controversy and the loss of the "social" in public health. *Am J Public Health*. 1995;85(6):856-866.
- [13]** Nieto FJ. Commentary: Understanding the pathophysiology of poverty. *International Journal of Epidemiology*. 2009;38(3):787-790.
- [14]** René AA, Daniels DE, Jones W, J., Moore FI. Mortality in the slave and white populations of Natchitoches parish, Louisiana, 1850. *J Natl Med Assoc*. 1992;84(9):805-811.
- [15]** Cairns J. A history of mortality. In: *Matters of life and death - Perspectives on public health, molecular biology, cancer, and the prospects for the human race*. Princeton, N.J.: Princeton University Press; 1997.
- [16]** Davey Smith G. The conundrum of height and mortality. *Western Journal of Medicine*. 2002;176(3):209-210.
- [17]** Subramanian SV, Perkins JM, Ozaltin E, Davey Smith G. Weight of nations: A socioeconomic analysis of women in low- to middle-income countries. *Am J Clin Nutr*. 2011;93:413-421.
- [18]** Steckel RH. Alternative indicators of health and the quality of life. In: Madrick J, ed. *Unconventional wisdom: Alternative perspectives on the new economy*. New York: Century Foundation Press; 2000:189-206.
- [19]** Childe VG. *Los orígenes de la civilización* (trad. Eli de Gortari). México DF: Fondo de Cultura Económica; 1971.

[20] Eyer J. Prosperity as a cause of death. *International Journal of Health Services*. 1977;7(1):125-150.

[21] Ruhm CJ. Are recessions good for your health? *Q J Econ*. 2000;115(2):617-650.

[22] Gonzalez F, Quast T. Macroeconomic changes and mortality in Mexico. *Empirical Economics*. 2010;40(2):305-319.

[23] Tapia Granados JA. Macroeconomic fluctuations and mortality in postwar Japan. *Demography*. 2008;45(2):323-343.

[24] Tapia Granados JA. Recessions and mortality in Spain, 1980-1997. *European Journal of Population*. 2005;21:393-422.

[25] Tapia Granados JA, Diez Roux AV. Life and death during the Great Depression. *Proc Natl Acad Sci USA*. 2009;106:17290-17295.

[26] Tapia Granados JA, Ionides EL. Population health and the economy: Mortality and the Great Recession in Europe. *Health Economics*. 2017;26(12):e219-e235.

[27] Haaland VF, Telle K. Pro-cyclical mortality across socioeconomic groups and health status. *J Health Econ*. 2015;39:248-258.

[28] Lin S. Economic fluctuations and health outcome: A panel analysis of Asian-Pacific countries. *Applied Economics*. 2009;41:519-530.

[29] Tapia Granados JA. Economic growth, business fluctuations and health progress. *International Journal of Epidemiology*. 2005;34:1226-1233.

[30] Tapia Granados JA. Macroeconomic effects on mortality: Issues, controversies, and directions for research. In: Scott R, Buchmann M, eds. *Emerging trends in the social and behavioral sciences*. 2017. New York: John Wiley; 2017:1-16.

[31] Tapia Granados JA, Ionides EL. Statistical evidence shows that mortality tends to fall during recessions: A rebuttal to Catalano and Bruckner. *International Journal of Epidemiology*. 2016;45(5):1683-1685.

[32] Regidor E, Vallejo F, Tapia Granados JA, Viciano-Fernández FJ, Fuente L, Barrio G. Faster mortality decline in low socioeconomic groups during the economic crisis in Spain: A cohort study of 36 million people. *Lancet*. 2016;388:2642-2652.

[33] Tapia Granados JA, Rodriguez JM. Health, economic crisis, and austerity: A comparison of Greece, Finland and Iceland. *Health Policy*. 2015;119(7):941-953.

[34] Cabrera de León A, Rodríguez IM, Gannar F, et al. Austerity policies and mortality in Spain after the financial crisis of 2008. *Am J Public Health*. 2018;108(8):1091-1098.

- [35]** Regidor E, Mateo A, Barrio G, Fuente L. Mortality in Spain in the context of the economic crisis and austerity policies. *American Journal of Public Health*. 2019;109(7):1043-1049.
- [36]** Hernández-Quevedo C, Lopez-Valcarcel BG, Porta M. Short-term adverse effects of austerity policies on mortality rates: What could their real magnitude be? *American Journal of Public Health*. 2018;108(8):983-985.
- [37]** Galea S, Vaughan RD. Making the invisible causes of population health visible: A public health of consequence. *American Journal of Public Health*. 2018;108(8):985-986.
- [38]** Sullivan D, Wachter Tv. Job displacement and mortality: An analysis using administrative data. *Q J Econ*. 2009;124(3):1265-1306.
- [39]** Tapia Granados JA, House JS, Ionides EL, Burgard SA, Schoeni RF. Individual joblessness, contextual unemployment, and mortality risk. *American Journal of Epidemiology*. 2014;180(3):280-287.
- [40]** Luo F, Florence C, Quispe-Agnoli M, Ouyang L, Crosby A. Impact of business cycles on US suicide rates, 1928-2007. *Am J Public Health*. 2011;101(6):1139-1146.
- [41]** Lin SJ. Unemployment and suicide: Panel data analyses. *Soc Sci J*. 2006;43:727-732.
- [42]** Jin RL, Shah CP, Svoboda TJ. The impact of unemployment on health: A review of the evidence. *CMAJ*. 1995;153:529-540.
- [43]** Bollen KA. Temporal variation in mortality: A comparison of US suicides and motor vehicle fatalities 1972-1976. *Demography*. 1983;20:45-59.
- [44]** Tapia Granados JA, Christine PJ, Ionides EL, et al. Cardiovascular risk factors, depression, and alcohol consumption during joblessness and during recessions in CARDIA young adults. *American Journal of Epidemiology*. 2018;187(11):2339-2345.
- [45]** Ruhm CJ. Good times make you sick. *Journal of Health Economics*. 2003;22:637-658.
- [46]** Dunlap RE, McCright AM. Organized climate change denial. In: Dryzek JS, Norgard RB, Schlosberg D, eds. *Oxford handbook of climate change and society*. New York: Oxford University Press; 2011:144-160.
- [47]** Angell M. *The truth about the drug companies: How they deceive us and what to do about it*. New York: Random House; 2004:305.
- [48]** Kearns CE, Schmidt LA, Glantz SA. Sugar industry and coronary heart disease research: A historical analysis of internal industry documents. *JAMA Intern Med*. 2016;176(11):1680-1685.
- [49]** Kearns CE, Apollonio D, Glantz SA. Sugar industry sponsorship of germ-free rodent studies linking sucrose to hyperlipidemia and cancer: An historical analysis of internal documents. *PLOS Biol* 2017;15(11):e2003460.

[50] Carroll AE. If you drink soda, choose artificially sweetened. *New York Times*. July 30, 2015, 2015:A3. Available from: www.nytimes.com/2015/07/28/upshot/the-evidence-supports-artificial-sweeteners-over-sugar.html.

[51] Foster KR, Jenkins MF, Toogood AC. The Philadelphia yellow fever epidemic of 1793. *Scientific American*. 1998;279(2):88-93.

[52] Glymour MM, Osypuk TL, Rehkopf DH. Invited commentary: Off-roading with social epidemiology: Exploration, causation, translation. *American Journal of Epidemiology*. 2013;178(6):858-863.

[53] Kaplan GA, Pamuk ER, Lynch JW, Cohen RD, Balfour JL. Inequality in income and mortality in the United States: Analysis of mortality and potential pathways. *BMJ*. 1996;312:999-1003.

[54] Wilkinson RG, Pickett KE. Income inequality and population health: A review and explanation of the evidence. *Soc Sci Med*. 2006;62:1768-1784.

[55] Harper S. A future for observational epidemiology: Clarity, credibility, transparency. *American Journal of Epidemiology* 2019; 188(5):840-845.

[56] Pocock SJ, Elbourne DR. Randomized trials or observational tribulations? *New England Journal of Medicine*. 2000;342(25):1907-1909.

José A. Tapia
9/2021

... Y la lírica

Roque Dalton
Hora de la ceniza

Finaliza Septiembre. Es hora de decirte
lo difícil que ha sido no morir.

Por ejemplo, esta tarde
tengo en las manos grises
libros hermosos que no entiendo,
no podría cantar aunque ha cesado ya la lluvia
y me cae sin motivo el recuerdo
del primer perro a quien amé cuando niño.

Desde ayer que te fuiste
hay humedad y frío hasta en la música.

Cuando yo muera,
sólo recordarán mi júbilo matutino y palpable,
mi bandera sin derecho a cansarse,
la concreta verdad que repartí desde el fuego,
el puño que hice unánime
con el clamor de piedra que eligió la esperanza.

Hace frío sin ti. Cuando yo muera,
cuando yo muera
dirán con buenas intenciones
que no supe llorar.

Ahora llueve de nuevo.

Nunca ha sido tan tarde a las siete menos cuarto
como hoy.

Siento unas ganas locas de reír
o de matarme.

30/9/2021

Campañas

Fundación Iniciativa Social Iniciativa Sevilla #21oct21



La *Iniciativa Sevilla 21 Octubre 21* de Hombres contra las violencias machistas celebrará un Foro internacional de debate sobre la revisión de los modelos de masculinidad y la justicia de género, que incluye un encuentro de la Agenda feminista para hombres. Las actividades finalizarán con una manifestación de Hombres contra las violencias machistas que recorrerá las calles de Sevilla y conmemorará el 15º aniversario de la primera marcha con este objetivo, celebrada también en Sevilla.

Es una iniciativa pensada para reivindicar la necesidad de que hombres, adolescentes y niños se impliquen en la lucha por la igualdad y contra las violencias machistas, en alianza con el movimiento feminista e impulsado por entidades sociales diversas. Organizado en torno a tres ejes (lo personal, lo social y lo público), el encuentro abordará debates tan diversos como la paternidad, los cuidados, las masculinidades trans, las políticas públicas o la igualdad laboral.

Organizado por la Fundación Iniciativa Social en colaboración con una decena de entidades, cuenta también con la colaboración de administraciones e instituciones públicas.

Web info



Redes sociales

<https://fundacioniniciativasocial.es/iniciativa21oct21/>

<https://twitter.com/Fistuit>

<https://www.facebook.com/fis.face>

<https://www.instagram.com/fis.tagram/>

Juan Blanco
10/2021

Informaciones

Antonio Giménez Merino

Más allá del Convenio 189 de la OIT

Propuestas y estrategias de las organizaciones independientes de trabajadoras para una regulación digna del trabajo del hogar y de los cuidados en España



SEMINARIO

MÁS ALLÁ DEL CONVENIO 189 DE LA OIT

PROPUESTAS Y ESTRATEGIAS DE LAS ORGANIZACIONES INDEPENDIENTES DE TRABAJADORAS PARA UNA REGULACIÓN DIGNA DEL TRABAJO DEL HOGAR Y DE LOS CUIDADOS EN ESPAÑA

01/10/2021 Aspectos internacionales
15/10/2021 Derecho de extranjería
05/11/2021 Déficits de normativa laboral
26/11/2021 Formas de contratación

Salón de Grados, Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona
Av. Diagonal, 684, 08034, Barcelona

17/12/2021 Propuestas y recomendaciones

Sala Vallespí, Edificio Francesca Bonnemaison
Carrer de Sant Pere Més Baix, 7
08003, Barcelona

10h - 14h

Actividad gratuita. Asistencia presencial (aforo limitado) o virtual

Inscripciones en:



Para más información:
seminario.c189@gmail.com

Actividad con reconocimiento de créditos

SINDIHOGAR SINDILLAR MICAELA COLECTIVO MARESME DRET DRET

Instituto de las MUJERES UNIVERSITAT DE BARCELONA

El viernes 1 de octubre, comienza en Barcelona un ciclo de debates en torno a la situación de las trabajadoras del hogar y de cuidados en España, a propósito de la ratificación del Convenio 189 de la OIT que obliga a incorporar nuevos derechos para este colectivo. Los debates girarán en torno a aspectos internacionales, de extranjería y laborales, a partir de las reivindicaciones de las propias trabajadoras organizadas a lo largo del país. El objetivo último es formular una propuesta regulatoria que tenga en cuenta los problemas reales

que afectan a estas trabajadoras, para lo cual tendrán un protagonismo activo, al lado de juristas y organizaciones de mediación sociolaboral.

Las sesiones, públicas, pueden seguirse presencialmente o en *streamming*, previa inscripción a través del formulario QR que aparece en el cartel o escribiendo directamente al mail seminario.c189@gmail.com

10/2021